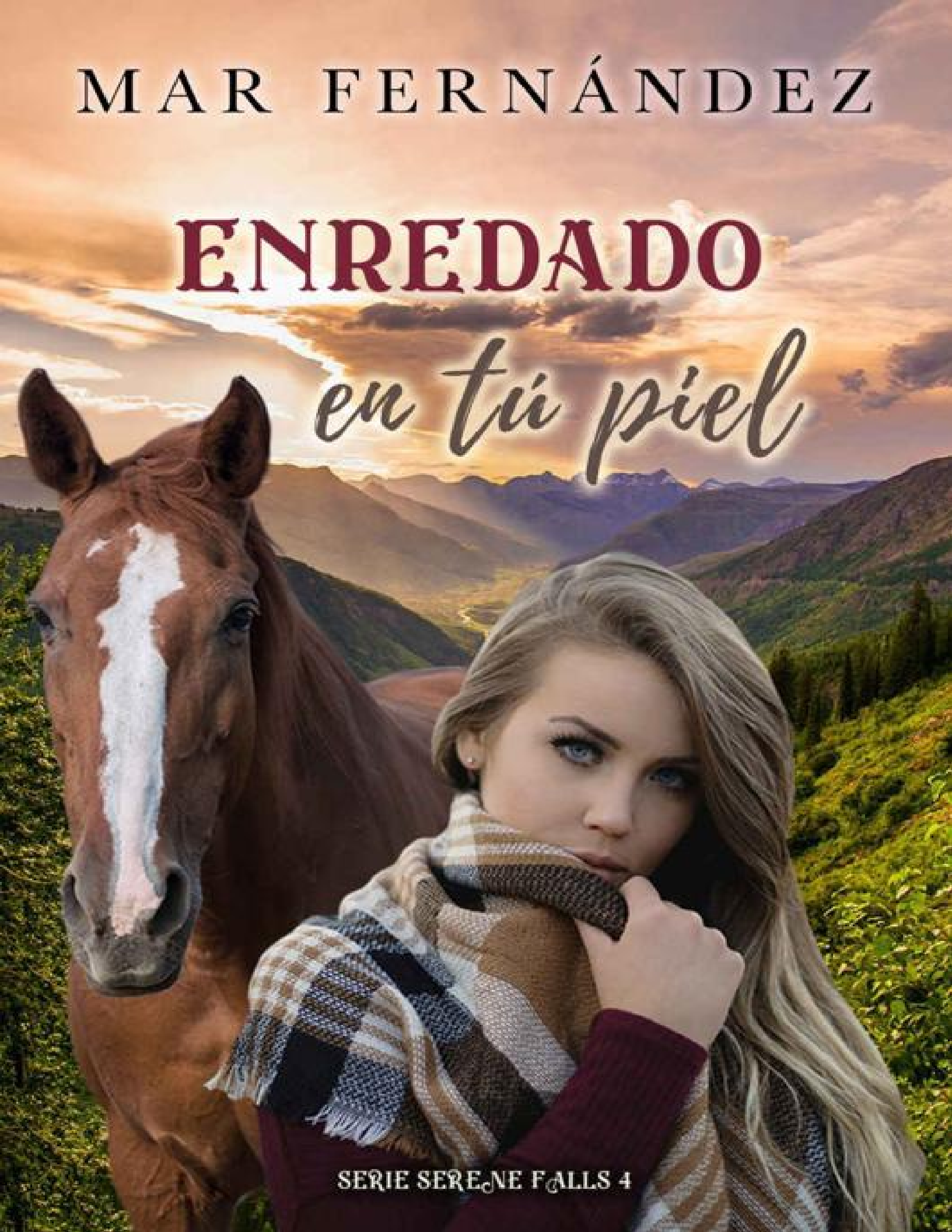
MAR FERNÁNDEZ

ENREDADO en tu piel



SERIE SERENE FALLS 4

Enredado en tú piel

Serie Serene Falls 4



MAR FERNÁNDEZ

ENREDADO EN TÚ PIEL

(Serene Falls 4)

Copyright © 2024 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: *violetamtcorreccion@gmail.com*
Maquetación: *valeriemillerescribe@gmail.com*
Imágenes: Pixaway.com

All Rights reserved
1ª edición en Septiembre 2024
www.safecreative.org
Número de registro: 2404187684745

Sello: Independently published

“Y cuando me besa, sostiene mi cara con ambas manos como si fuese la luna.” Ron Israel" .

Ron Israel

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO
MAR FERNÁNDEZ
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

Taller Lambert, Dallas

El taller hervía de actividad en aquella mañana de viernes, con el constante sonido de herramientas como música de fondo. Addison estaba concentrada bajo el capó de un coche, resolviendo un complicado problema de motor, cuando su teléfono móvil comenzó a sonar sobre la mesa cercana, interrumpiendo su concentración. Con un suspiro resignado, se deslizó hacia la mesa y contempló la pantalla, donde se dibujaba una larga hilera de números. Aunque desconocía la identidad de la persona que llamaba, el prefijo de Serene Fall le provocó un sobresalto en el pecho. Dudó durante unos interminables segundos antes de limpiarse las manos en un trapo y responder la llamada.

—Addison Parker —se presentó con voz firme, aunque su pulso se aceleraba descontrolado. Habían transcurrido más de seis años desde su último contacto con Serene Fall, un pueblo que, aunque lejano, había dejado una huella imborrable en su corazón.

—Buenos días, señorita Parker —la saludó una voz masculina al otro lado—. Soy Gregory Norton, dueño de la funeraria de Serene Fall. Lamento informarle de que su padre falleció ayer de un infarto.

—¿Qué? —exclamó la joven, sintiendo cómo su corazón martilleaba en su pecho mientras buscaba apoyo con la mano libre sobre la mesa.

—Lamento la noticia —continuó Norton, imperturbable—. Fuimos los encargados de ocuparnos de los restos de su padre, y nos costó localizarla. Necesitamos que venga a Serene Fall para hacerse cargo, ya que no hay ningún familiar que pueda hacerlo.

—Sí, claro, lo entiendo —respondió Addison con esfuerzo—. Hablaré con mi hermana y me pondré en contacto con usted en cuanto sepa algo.

Tras colgar, quedó un instante en silencio, asimilando la impactante información. No podía creer que el poderoso Markus Parker hubiera fallecido, y mucho menos que ello supusiera regresar a Serene Fall, un lugar que había jurado no volver a pisar.

—Addison, ¿estás bien? —la voz de Jake, su jefe, la sacó de su ensimismamiento, y al levantar la vista se encontró con sus ojos preocupados.

—Sí, no lo sé —confesó ella, notando cómo sus hombros se hundían.

—Addie, me estás asustando —dijo Jake, posando una de sus grandes manos sobre el hombro de la joven.

—Me acaban de informar sobre la muerte de mi padre —confesó finalmente.

—Vaya —exclamó Jake, incapaz de contenerse, aunque conocía la historia y sabía que Addison llevaba años sin hablar con su padre—. ¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó Jake, intrigado.

—Pues no lo sé —murmuró, abrazándose el cuerpo instintivamente—. Supongo que tendré que hablar con Dakota. Somos sus únicos familiares vivos y supongo que es nuestra obligación hacernos cargo.

—Entiendo —dijo Jake, comprensivo—. Anda, cámbiate y vete.

—Pero tengo mucho trabajo por hacer… —intentó argumentar ella.

—Es una orden —insistió su jefe, con voz tajante que no admitía réplica.

—Gracias, Jake —replicó la joven con gratitud mientras se dirigía hacia los vestuarios, aunque su paso era lento y cansado, como si un fardo de heno se hubiera posado sobre sus hombros.

Una media hora después, llegó a la pequeña pastelería donde trabajaba Dakota, quien en ese momento se encontraba detrás del mostrador. Addison la observó sonreír a una anciana mientras le entregaba una bolsa de papel con el logo del establecimiento a través del escaparate. Dudó durante interminables minutos antes de atreverse a entrar.

Dakota terminó de entregar la bolsa a la señora Olson y se disponía a girarse para entrar en la cocina y ayudar a Rachel con un encargo para un cumpleaños cuando notó que la puerta se abría, dando paso a su hermana. La extraña expresión en el rostro de Addison dejó claro al instante que algo no iba bien.

Dakota dejó a un lado sus quehaceres al ver la inquietud reflejada en el rostro de su hermana y, con un gesto de preocupación, se acercó rápidamente a ella.

—¿Qué pasa, Addie? ¿Qué haces aquí? —preguntó con voz llena de preocupación. Conocía bien a su hermana y sabía que no abandonaría su puesto de trabajo en plena mañana si no sucediera algo grave.

Addison suspiró profundamente antes de responder, mirando a su hermana con una mezcla de tristeza y ansiedad.

—Papá… ha fallecido —anunció con voz entrecortada. No había una forma delicada de decirlo.

Dakota se quedó sin habla por un momento. La expresión de su rostro oscilaba entre el shock y la tristeza. A pesar de la complicada relación que había tenido con su padre en los últimos años, la noticia era abrumadora.

—Lo siento, Addie, pero no puedo evitar sentirme triste —confesó mientras se secaba con los dedos unas lágrimas perdidas en sus mejillas—. Sé que no era fácil, pero sigue siendo nuestro padre —añadió, con la voz entrecortada por la emoción.

—Lo sé, pero… es complicado —musitó Addison, luchando por contener sus emociones, como siempre hacía.

Dakota asintió con comprensión, sabiendo que las complicaciones familiares habían sido una constante en sus vidas. Entonces, notó la mirada inquisitiva de su hermana y supo que había algo más.

—¿Qué sucede, Addie? —preguntó con suavidad.

Addison vaciló por un momento antes de responder a la pregunta de su hermana, mientras su mirada se desviaba hacia un punto lejano más allá del escaparate situado frente a ella.

—Norton, el dueño de la funeraria, me ha dicho que… no hay nadie más que pueda encargarse de los arreglos para el entierro. Tendremos que ir allí —explicó, con un deje de resignación en su voz.

—No puedo hacer eso —afirmó Dakota con voz estrangulada. Pareciera que la estuvieran pidiendo ir al patíbulo.

—Cielo, sé que esto es duro para ti —dijo Addison mientras se aproximaba a su hermana y colocaba su brazo sobre sus hombros—, pero en algún momento tendrás que afrontar la situación —añadió, intentando brindarle consuelo y apoyo.

—¿Y si le veo? —preguntó Dakota expresando sus miedos mientras notaba su cuerpo temblar—. ¿Y si se da cuenta…?

—No pongas la tirita antes que la herida —le aconsejó Addison.

***

Serene Fall

Addison y Dakota se detuvieron frente a la puerta de hierro del pequeño cementerio del pueblo, situado en las afueras. Ambas permanecían tomadas de la mano, como si un muro invisible les impidiera traspasar el umbral. Sin embargo, finalmente reunieron el valor necesario para adentrarse en el camposanto, donde ahora reposaban sus padres.

Con pasos lentos e inseguros, avanzaron sobre el suelo cubierto de hierba de un verde apagado hasta llegar al extremo contrario del cementerio. Allí, junto a una tumba recién excavada en la tierra, se encontraban los vecinos que habían acudido a dar el último adiós a Markus Parker. Estaban alineados frente al nicho, mientras el pastor McCarthy, el párroco del pueblo desde que Addison y Dakota eran apenas unas niñas, pronunciaba las palabras finales.

Las dos hermanas se aproximaron y se colocaron en un rincón, tratando de pasar desapercibidas. El aire estaba cargado de silencio, solo interrumpido por el ocasional sollozo de algún doliente. El lugar estaba impregnado de una atmósfera solemne, con el sol proyectando sombras alargadas sobre las lápidas y el viento susurrando entre los árboles.

Tras las palabras finales del pastor, un silencio pesado pareció descender sobre el cementerio, como si el tiempo mismo se detuviera en honor al difunto. Las dos jóvenes se sintieron envueltas en esa quietud, con las miradas de los presentes, clavadas en ellas, lo que provocó que la incomodidad tensara sus cuerpos. Addison apretó con más fuerza la mano de su hermana, intentando infundirle ánimo. Había olvidado cómo eran los pueblos como Serene Fall. Como solía decir su madre: «pueblo pequeño, infierno grande». Este pensamiento la hizo sonreír levemente, aunque notó las miradas despectivas que recibió a cambio de un gesto tan poco oportuno. Sí, definitivamente estaba claro que no eran bien recibidas en su pueblo natal. Era evidente que su padre se había forjado una buena reputación, y que ella y Dakota eran consideradas «las malas hijas» de Markus Parker.

Después de unos minutos que parecieron una eternidad, el silencio se vio interrumpido cuando alguien se acercó para darles el pésame. Era la señora Keller, propietaria de la cafetería Keller, donde Dakota había trabajado antes de irse de Serene Fall tres años atrás.

Louise se aproximó a ellas con paso lento y una expresión compungida en el rostro. Extendió sus brazos hacia las hermanas, ofreciéndoles su apoyo en aquel momento de duelo.

—Addison, Dakota… Siento mucho el fallecimiento de vuestro padre —expresó la señora Keller con voz suave, sus ojos reflejaban una sincera compasión. Las hermanas asintieron con gratitud, sintiéndose reconfortadas por el gesto de la señora Keller, que tenía un valor mayor considerando el comportamiento reticente del resto de la comunidad hacia ellas.

—Gracias, señora Keller. Significa mucho para nosotras —respondió Dakota con voz emocionada. Tenía un gran aprecio por aquella mujer. Gracias a ella, había descubierto su amor por la pastelería y le había enseñado un oficio.

—Si necesitáis cualquier cosa, ya sabéis dónde encontrarme —dijo la mujer antes de dedicarles una dulce sonrisa y girarse para alejarse.

Addison estaba a punto de instar a su hermana a seguir a la mujer y dejar atrás el nicho de su padre y a la gente que parecía estar más preocupada por juzgarlas que por ofrecer apoyo, cuando, para su sorpresa, frente a ellas se situaron Jared Duncan y Brianna Chapman. Addison no pudo ocultar su sorpresa al ver a ambos juntos, y más aún teniendo en cuenta que lo último que habían visto antes de irse de Serene Fall era la animadversión entre ambas familias.

—Chicas, siento mucho lo sucedido. Os acompaño en el sentimiento —pronunció Brianna con afecto—. Si necesitáis cualquier cosa, sabéis dónde encontrarnos.

Las hermanas asintieron con gratitud ante las palabras de Brianna, sorprendidas por su amabilidad. Jared Duncan, por su parte, permaneció en silencio, pero su presencia allí, junto a Brianna, era un gesto que no pasó desapercibido para Addison y Dakota.

—Gracias, Brianna. Jared —respondió Addison agradecida.

Después de un breve intercambio de miradas cargadas de significado, Brianna y Jared se despidieron con una sonrisa y se alejaron, dejando a las hermanas Parker con una sensación de asombro y gratitud.

—¿Qué crees que significa esto? —preguntó Addison a su hermana en un susurro apenas audible, mientras observaba cómo Brianna y Jared se alejaban.

Dakota estaba a punto de replicar a las palabras de su hermana y explicarle que poco antes de que ella se fuera Jared y Brianna habían sorprendido a propios y extraños enamorándose perdidamente el uno del otro, pero sus palabras se quedaron congeladas en su garganta cuando descubrió quiénes se habían situado ante ellas para darles el pésame. Era nada más y nada menos que Harper Duncan y Liam Mayers. Sintió cómo un sudor frío recorría su cuerpo y se sintió agradecida cuando Addison, como si hubiera adivinado cómo se sentía, enlazó su brazo con el suyo para sostenerla.

—Os acompañamos en el sentimiento —dijo Harper con amabilidad.

—Siento vuestra pérdida —añadió Liam, notando la palidez en el rostro de la pequeña de los Parker—. Dakota, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—Perfectamente, *sheriff* Mayers —respondió Addison por su hermana—. Es solo la emoción del momento —intentó excusar el comportamiento extraño de Dakota.

A pesar del intento de Addison por calmar a su hermana, Dakota sintió que el corazón le latía con fuerza contra las costillas, y sus manos comenzaron a temblar ligeramente. La presencia de Liam Meyers le recordaba un pasado que hubiera preferido dejar atrás para siempre.

—Gracias, Liam, Harper. Lo apreciamos —respondió Addison con un gesto de agradecimiento, aunque notando la incomodidad de su hermana.

—Si necesitáis algo, no dudéis en llamarme —dijo Liam con una mirada significativa hacia Dakota antes de despedirse y alejarse con Harper.

Una vez que se hubieron marchado, Dakota dejó escapar un suspiro de alivio, sintiendo que la tensión que había atenazado su cuerpo comenzaba a disminuir. Addison la abrazó con ternura, comprendiendo el torbellino de emociones que estaba experimentando su hermana.

—Estoy bien, Addie. Solo me ha sorprendido verlo aquí —dijo Dakota, tratando de tranquilizar a su hermana y a sí misma.

—Lo sé, pero todo estará bien. Estamos juntas en esto —respondió Addison con voz suave, sosteniendo a su hermana con firmeza.

Con un gesto decidido, las hermanas se dirigieron hacia la salida del cementerio, dejando atrás las miradas curiosas y los recuerdos dolorosos.

CAPÍTULO 2

Rancho Parker

Mientras se adentraban en el viejo rancho de sus padres, Addison y Dakota se quedaron mirando la casa con una mezcla de nostalgia y tristeza. La estructura estaba visiblemente deteriorada, con la pintura descascarada y las tejas del tejado rotas. Las ventanas, cubiertas de polvo y telarañas, apenas dejaban pasar la luz.

—Dios mío, ¿cómo pudo llegar a este estado? —murmuró Addison, incapaz de apartar la mirada del desolado panorama ante ellas.

—Nuestro padre nunca se preocupó por mantener la casa en buen estado. Para él, este lugar siempre fue solo un montón de madera y ladrillos, a él solo le importaba su maldito taller —confesó Dakota con tristeza, recordando las veces que trató de convencer a su padre de hacer reparaciones, solo para ser ignorada.

Addison asintió con comprensión, sabiendo cuánto significaba ese lugar para su hermana y cómo el descuido de su padre había afectado al lugar que ambas habían compartido en su infancia. Juntas, exploraron el interior de la casa, encontrando muebles cubiertos de polvo y recuerdos olvidados que yacían en cada rincón.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Dakota con evidente preocupación.

—No estoy segura —confesó Addison, sintiéndose tan perdida y desolada como su hermana, a pesar de la coraza que siempre llevaba puesta para protegerse—. En un par de días tenemos una cita con el abogado de papá para la lectura del testamento.

—¿No podría ser antes? —preguntó Dakota, mostrando evidente nerviosismo—. Tengo que regresar cuanto antes.

—Lo sé, cariño —dijo Addison, acercándose a su hermana para colocar un rebelde mechón de su cabello rubio detrás de su oreja—, pero el señor Morrison no puede atendernos antes. Además, tendremos que ir a San Antonio —añadió Addison, evidentemente molesta.

Dakota sintió que la mala suerte la envolvía mientras se frotaba las manos nerviosamente. Se sentía incompleta, a la deriva, con una urgencia imperiosa de huir hasta Dallas. Pero se había prometido a sí misma ser fuerte, además de que no podía dejar sola a Addison, quien siempre había estado ahí para ella.

—Está bien, esperaré —aceptó finalmente Dakota.

—Gracias, Dakota —replicó Addison agradecida—. Y ahora iremos a echar un vistazo al taller, a ver si puedo adelantar algo para irnos lo antes posible de este maldito lugar —dijo arrugando la nariz, molesta.

—¡No! —exclamó Dakota con voz nerviosa—, prefiero quedarme aquí, si no te importa. Limpiaré algo para poder quedarnos.

—Como quieras —aceptó Addison, aunque sabía que el verdadero motivo por el que su hermana no quería ir a Serene Fall era porque temía encontrarse con el hombre que le había roto el corazón y lo había pisoteado—. Iré a hacer algunas compras.

—Perfecto —replicó Dakota, aliviada.

Poco después, Addison salió por la puerta chirriante y se acercó a su elegante y clásico Mustang del 68 de color negro. Había restaurado el vehículo con sus propias manos, una muestra palpable de su habilidad y pasión por la mecánica. El motor rugió con vida cuando lo encendió, anunciando su poderío, y emprendió el viaje hacia Serene Fall, preparada para enfrentar cualquier desafío.

Treinta minutos más tarde, Addison llegó frente al taller de su padre, pero se detuvo sorprendida al descubrir que ya no era el pequeño y modesto edificio que recordaba. Ahora se erguía un imponente edificio de dos plantas. Intrigada, abrió la puerta y entró, solo para encontrarse con un taller transformado por completo. Su padre había integrado la última tecnología, modernizando cada rincón del lugar.

Mientras exploraba, sus ojos se posaron en unas escaleras que llevaban al segundo piso. Curiosa, subió y se encontró con un lujoso apartamento. La sorpresa la dejó sin aliento. ¿Cómo era posible que su padre se hubiera podido permitir tantos lujos con un taller en un pequeño pueblo como Serene Fall?

Fue entonces cuando los recuerdos de su última conversación con su padre la asaltaron. Se vio a sí misma enfrentando a Markus Parker. Estaba preocupada por las finanzas del taller, no tenía ni idea de dónde estaba sacando su padre tanto dinero en los últimos meses. Había trabajado mano a mano, y las reparaciones que habían hecho a lo largo del último año no coincidían con los registros anotados.

—Mira, niña, no te metas en asuntos que no te incumben —le dijo su padre con voz molesta mientras cerraba con fuerza el libro que tenía sobre la mesa—. Que yo recuerde, el taller sigue siendo mío y haré lo que me venga en gana.

Addison permaneció de pie, con el cuerpo rígido y los puños apretados a los costados, con su mirada azul clavada en el rostro de su padre.

—Papá, quiero saber la verdad, ¿te has metido en un lío? —preguntó preocupada.

La habitación se llenó de tensión mientras el silencio se espesaba alrededor de ellos. El rostro de su padre mostraba una mezcla de sorpresa y resentimiento, como si no esperara que su hija se atreviera a cuestionarlo de esa manera.

—No te incumbe, Addison —respondió su padre finalmente, con voz firme y cargada de malestar.

Addison sintió un nudo en el estómago al percibir la tensión en el aire y la mirada peligrosa de su padre, pero no podía ignorar su preocupación por las finanzas del taller y la aparente discrepancia entre los registros contables y la realidad que ella había presenciado.

—Pero, papá, he estado trabajando contigo en el taller y las cifras no cuadran. ¿De dónde está saliendo tanto dinero? —insistió, buscando desesperadamente una explicación que tuviera sentido.

Su padre suspiró pesadamente, como si lidiara con un dilema interno. Por un momento, pareció que iba a abrirse y compartir la verdad con su hija, pero luego su expresión se endureció y sus ojos esquivaron la mirada de Addison.

—Eso no es asunto tuyo, Addison. Déjalo ya —dijo Markus bruscamente, intentando cortar cualquier posibilidad de discusión.

Sus palabras cortantes y su rechazo a abordar el tema solo aumentaron la frustración y la determinación de Addison por obtener respuestas.

—¡No puedes seguir evitando el tema, papá! —exclamó Addison, con la voz temblando por la emoción—. Necesito saber qué está pasando. Si no puedes ser honesto conmigo, entonces

no tengo más opción que irme.

El rostro de su padre se endureció ante la amenaza implícita en las palabras de Addison.

—No sabes lo que estás diciendo —respondió él, con un tono de advertencia—. Si sales por esa puerta, ya puedes ir al rancho y hacer también tu maleta —la amenazó.

En un principio Addison tardó en asimilar las palabras que acababa de pronunciar su padre, pero tras unos minutos de duda tomó una decisión. Se dio la vuelta y salió del taller sin mirar atrás, sintiendo el peso de la decepción y la traición pesando sobre sus hombros. Esa misma noche decidió marcharse del taller, de su casa y de Serene Fall para siempre.

Ahora, de regreso al presente, Addison reflexionaba sobre aquel día decisivo que cambió el curso de su vida. Aunque el dolor de aquella confrontación aún la acompañaba, también llevaba consigo una sensación de orgullo. Había seguido adelante, construyendo una nueva vida lejos de Serene Fall, y lo había hecho sin la ayuda de nadie.

Después de dejar el taller atrás, Addison decidió hacer una parada rápida en el supermercado local. Mientras caminaba por los pasillos, su mente aún le daba vueltas a lo que había descubierto en el taller de su padre. Sin embargo, cuando se encontró con Erin Hardy, una de sus mejores amigas del instituto, una cálida sensación de nostalgia la invadió.

—¡Addison! —exclamó Erin con entusiasmo, extendiendo los brazos para abrazar a su amiga—. Lamento mucho lo de tu padre. ¿Cómo estás?

Addison devolvió el abrazo con una sonrisa agridulce. El gesto de Erin y sus palabras de condolencia le recordaron el motivo por el que había regresado a Serene Fall después de seis largos años.

—Gracias, Erin. Ha sido difícil, pero habrá que seguir adelante —respondió Addison, agradecida por la preocupación de su amiga.

Las dos mujeres comenzaron a charlar animadamente mientras recorrían los pasillos del supermercado. Recordaron anécdotas del instituto, riendo juntas como si el tiempo no hubiera pasado.

Después de un rato, Erin miró a Addison con curiosidad.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo te va en la ciudad? —preguntó Erin, mostrando interés genuino por la vida de su amiga.

Addison se tomó un momento para reflexionar antes de responder.

—Bueno, al principio fue difícil —confesó Addison con sinceridad—. Era demasiado joven y tonta, y me engañaron en varias ocasiones. Pero ahora tengo trabajo en uno de los mejores talleres de la ciudad; Jake, mi jefe, se porta genial conmigo. Vivo en un pequeño apartamento en una zona comercial y creo que puedo decir que soy feliz —añadió con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Me alegro mucho por ti —dijo Erin con sinceridad—, aunque no voy a negar que te he extrañado —añadió con una nota de nostalgia en su voz.

La conversación continuó entre risas y confidencias, brindándole a Addison un breve respiro de las preocupaciones que la habían abrumado desde su regreso. Aunque su vida en la ciudad era un desafío, momentos como estos le recordaban que aún tenía amigos y raíces en Serene Fall.

***

Rancho Bale

El sol se ocultaba lentamente en el horizonte mientras la familia Bale se reunía alrededor de la mesa para la cena. Fiona y Dexter, los padres, se movían por la cocina, acabando con los últimos detalles de la cena familiar. Mientras tanto, Tricia conversaba animadamente con Lucien, su esposo, mientras ayudaba a poner la mesa.

En ese momento, la puerta se abrió para dar paso a Zachary y Michael, quienes llegaban tras un largo día arreando ganado.

—Chicos, llegáis tarde —les reprendió Fiona, alternando su mirada entre uno y otro—. Vamos, a lavarse si queréis sentaros a mi mesa —añadió antes de continuar con el aliño de la ensalada.

—Mamá, por Dios, que no tenemos cinco años, somos hombres hechos y derechos —refunfuñó Zachary, molesto.

Fiona suspiró con una mezcla de exasperación y cariño mientras observaba a sus hijos. Sabía que siempre serían sus niños, sin importar cuánto tiempo pasara.

—Lo sé, cariño, pero siempre seréis mis pequeños —respondió Fiona con una sonrisa indulgente.

Zachary y Michael intercambiaron una mirada mortificada antes de dirigirse al baño, sabiendo que no valía la pena discutir con su madre en ese momento.

Mientras tanto, Tricia y Lucien continuaban poniendo la mesa, compartiendo risas y comentarios ligeros sobre el día que habían tenido. La calidez del hogar y el aroma tentador de la cena llenaban la cocina, creando una atmósfera acogedora y familiar.

—Por cierto, mamá, ¿al final fuiste al entierro de Markus Parker? —preguntó Tricia, cambiando de tema de conversación.

Fiona asintió con solemnidad mientras servía la sopa.

—Sí, fue esta mañana. Vi a sus hijas, parecían devastadas. Me dio mucha pena verlas así —respondió Fiona, con tristeza en sus ojos—. Sobre todo, porque la gente no fue demasiado amable con ellas.

—¿Y te extraña? —cuestionó Zachary, entrando en la conversación—. Te recuerdo que las dos se largaron de Serene Fall sin mirar atrás. Pobre Markus.

—Ni que fuera un Santo —replicó Michael sin poder contenerse—. Ese hombre no era muy amable con sus hijas.

Michael conocía bien los problemas familiares de los Parker, y a pesar de que nunca hablaba de ello con nadie, seguía manteniendo el contacto con Addison y la consideraba una de sus mejores amigas.

Los ojos de Fiona se llenaron de melancolía al pensar en la joven que alguna vez había sido parte de sus vidas. Fueron muchas las tardes que Addison pasó en el rancho haciendo algún trabajo con Michael, o simplemente disfrutando de un paseo a caballo.

—Sí, Addison… era una niña encantadora —murmuró Fiona, con un tono de voz suave y reflexivo.

—Recuerdo que siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás. Era valiente y tenía un corazón de oro —añadió Tricia, con una sonrisa nostálgica, a pesar de que era varios años mayor que ella.

—Sí, tienes razón. Había algo en su mirada que denotaba determinación, como si estuviera buscando algo más en la vida —agregó Dexter, pensativo.

—Y supongo que lo habrá encontrado en Dallas —replicó Zachary con cierta sorna, pero solo logró miradas molestas—. ¿qué pasa? —preguntó frustrado.

—¿Qué tienes en contra de esa pobre chica? —preguntó Fiona sin comprender la actitud de su hijo mayor.

—Bueno, será mejor que dejemos ese tema y hablemos de otra cosa —intervino Dexter, que no quería que la cena acabara en una discusión sobre un asunto que ni les iba ni les venía.

CAPÍTULO 3

Hidden Valley

Addison y Dakota entraron en la acogedora cafetería de un pueblo cercano a Serene Fall, donde el delicioso aroma del café recién hecho las recibió. Se dirigieron hacia una mesa en una esquina tranquila y se sentaron frente a frente. Después de ser atendidas por la camarera, Addison se removió en su asiento, con una expresión pensativa en el rostro, y comenzó a revolver su café con la cuchara. Dakota la observaba en silencio, esperando a que su hermana mayor hablara.

—Supongo que pronto tendremos que enfrentarnos a lo que viene después de la lectura del testamento —dijo Addison finalmente, rompiendo el silencio.

Dakota asintió, tomando un sorbo de su café antes de responder.

—Sí, será un momento difícil. No sé qué esperar realmente —confesó, dirigiendo su mirada hacia la ventana para observar la tranquila calle principal de Serene Fall.

—Lo entiendo. Pero debemos estar preparadas para cualquier cosa, ¿no crees? —respondió Addison, con firmeza en su voz—. ¿Has pensado en qué vamos a hacer después de todo esto? —añadió.

—No lo sé, Addison —respondió Dakota a la pregunta de su hermana—. Supongo que tendremos que decidir si queremos quedarnos aquí, o si preferimos volver a Dallas y seguir con nuestra vida donde la dejamos. Y creo que ya conoces mi opinión al respecto —añadió con rotundidad.

Addison asintió, comprendiendo la gravedad de la decisión que tenían que tomar y cómo afectaba a su hermana volver allí. Le había costado un mundo convencerla de regresar al pueblo que la vio nacer y sabía que mientras el hombre que le había roto el corazón estuviera allí, Dakota no querría vivir nunca más en el rancho ni en Serene Fall.

—Comprendo cómo te sientes —replicó Addison mientras alargaba el brazo y cogía la mano de Dakota entre sus dedos—, pero tómate tu tiempo, es una decisión importante. Y sea cual sea tu elección, lo haremos juntas, ¿de acuerdo? —dijo con una sonrisa reconfortante.

—De acuerdo, juntas —respondió Dakota, estrechando la mano de su hermana con firmeza.

Después de desayunar, Addison y Dakota se dirigieron al bufete del abogado. Morrison era un hombre de edad avanzada con una larga trayectoria profesional. Addison recordaba al hombre desde que tenía uso de razón. Al entrar en su despacho, decorado con muebles clásicos y oscuros, fueron recibidas con una cálida sonrisa y un gesto amistoso.

—Buenos días, señoritas Parker. Lamento mucho la pérdida de su padre —dijo el hombre con voz serena mientras las invitaba a tomar asiento.

—Gracias, señor Morrison. Apreciamos mucho su amabilidad —respondió Addison, devolviéndole la sonrisa con cortesía.

El abogado Morrison consultó unos papeles sobre su escritorio antes de dirigirse a las hermanas Parker.

—Bien, ahora procederemos con la lectura del testamento de su padre, Markus Parker. —

anunció el abogado Morrison, acomodándose en su asiento detrás de su escritorio—. Según el documento, las propiedades en cuestión son las siguientes: el Rancho Parker, ubicado en Serene Fall, que abarca una extensión de 500 acres, así como el Taller Mecánico Parker, también en Serene Fall.

El abogado revisó brevemente el testamento antes de continuar.

—Además, se estipula que el Sr. Parker tenía una cuenta bancaria con un saldo de $10.000 en el momento de su fallecimiento.

El abogado Morrison continuó detallando cómo Markus Parker dejaba todas estas propiedades y fondos a sus hijas, Addison y Dakota Parker, de manera equitativa. Mencionó los términos legales y las disposiciones específicas del testamento, asegurando que todo estaba en orden según la ley.

Dakota y Addison escuchaban atentamente, asimilando la información y la magnitud de lo que acababan de heredar. La noticia les dejó sin aliento, pero también les llenó de una mezcla de emociones: desconcierto, sorpresa y la más dolorosa, sospecha al no saber de dónde podía haber sacado tanto dinero su padre.

Una vez concluida la lectura del testamento, el señor Morrison les entregó copias del documento.

—Si tienen alguna pregunta o necesitan asistencia adicional, no duden en contactarme. Estoy a su disposición para cualquier cosa que necesiten —expresó el abogado, ofreciéndoles una sonrisa comprensiva—. Y si en dos o tres semanas están de acuerdo con todo, pasaremos a la firma de aceptación. ¿Les parece bien?

—Gracias, señor Morrison. Apreciamos mucho su ayuda en este asunto —respondió Addison, tomando la copia del testamento con manos temblorosas.

—Sí, gracias por todo —añadió Dakota, asintiendo con gratitud.

Con el testamento en su poder y la realidad de su nueva situación asentándose en sus mentes, las hermanas Parker salieron del despacho del señor Morrison.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Dakota, rompiendo el silencio que las envolvía mientras caminaban hacia el coche.

—No lo sé —confesó Addison—. Tal vez deberíamos tomarnos un tiempo para reflexionar sobre todo esto antes de tomar una decisión precipitada —respondió Addison con la mirada perdida en la luna delantera de su coche.

—Puede que tengas razón, pero yo no puedo esperar tres semanas para regresar a Dallas —dijo Dakota con evidente nerviosismo.

—Entiendo tus dudas, pero ¿te das cuenta de las implicaciones de firmar el testamento sin estar seguras? —preguntó Addison, con la mirada fija en el volante mientras ponía en marcha el motor—. Papá nos ha dejado todo, pero no sé si eso es algo positivo o negativo.

Dakota asintió, con una expresión grave en el rostro.

—Lo sé, Addie. Todo esto es… abrumador —respondió Dakota, frunciendo el ceño con preocupación.

Addison suspiró, compartiendo la misma inquietud que su hermana.

—Vamos a tomarnos un tiempo para pensar en esto. No tenemos que tomar una decisión precipitada. Aún tenemos unas semanas antes de la firma final del testamento —dijo Addison, tratando de transmitir seguridad a su hermana.

Dakota asintió, agradecida por el apoyo de Addison.

—Tienes razón. Necesitamos tiempo para tomar la mejor decisión, pero si vamos a estar

aquí unas semanas, voy a tener que hacer un viaje relámpago a Dallas.

—¿Estás segura? —preguntó Addison sorprendida.

—¿Tengo otra salida? —replicó Dakota con una mueca que imitaba una sonrisa.

—Supongo que no —respondió su hermana.

***

Serene Fall,
al día siguiente

En la luminosa cocina del rancho, Addison y Dakota compartían un desayuno tranquilo. El aroma del café recién hecho flotaba en el aire mientras el sol se filtraba por las ventanas, iluminando la estancia.

—¿Qué tienes planeado para hoy, Dakota? —preguntó Addison mientras daba un sorbo a su café.

—He decidido ir a visitar a Brooke Silver. Íbamos juntas al colegio, ¿te acuerdas de ella? —contestó su hermana.

Addison asintió, recordando vagamente a Brooke.

—Sí, creo que sí. ¿Por qué quieres verla? —inquirió, interesada.

—He oído que tiene una inmobiliaria aquí en el pueblo. Creo que podría ayudarnos con ciertos asuntos relacionados con el rancho —explicó Dakota, tomando un trozo de tostada del plato situado frente a ella.

Addison asintió, comprendiendo la lógica detrás de la visita de su hermana.

—Es una buena idea. Yo, por mi parte, he hablado con Patrick Richmond, el encargado del taller de papá. He pensado en pasarme por allí para ver cómo está funcionando todo —comentó Addison.

—Me parece bien, Addie. Así podrás evaluar qué podemos hacer con el taller. Quizás incluso no sea necesario cerrarlo —añadió Dakota, pensativa.

—No es mala idea —replicó Addison—, pero antes tengo que ver el negocio con más detenimiento —No pensaba comentarle a su hermana sus sospechas respecto a que su padre podía haber hecho algo ilícito para conseguir todo lo que les había dejado en herencia.

—¿Nos vamos? —propuso Dakota, levantándose de la mesa, ajena a los pensamientos de su hermana.

—Por supuesto —replicó Addison con entusiasmo.

Después de despedirse en el aparcamiento donde habían dejado el coche, Addison y Dakota enfilaron la calle principal. El bullicio del pueblo las recibió con una mezcla de nostalgia y emoción mientras cada una se dirigía hacia su destino.

Addison se dirigió directamente al taller mecánico. Al llegar al edificio, se detuvo frente a la fachada renovada, observando con atención cada detalle. Las luces brillaban en el interior, y el bullicio de la actividad mecánica resonaba en el aire. Con paso decidido, Addison empujó la puerta y entró al taller.

El aroma a aceite y metal impregnaba el aire, trayendo consigo recuerdos de días pasados trabajando junto a su padre. Mientras recorría las filas de herramientas y maquinaria, una mezcla de nostalgia y determinación se apoderó de ella. Decidida a deshacerse de esos vestigios del pasado, sacudió la cabeza.

Observó cada rincón del taller con ojos críticos, evaluando el valor de cada máquina, cada herramienta. Durante su exploración, se cruzó con varios empleados que trabajaban diligentemente en sus labores diarias. Se detuvo brevemente para observar su trabajo, impresionada por su profesionalismo y dedicación.

De repente, uno de los mecánicos que estaba ocupado trabajando en un motor pareció darse cuenta de su presencia y se acercó a ella. Era un hombre alto, al menos dos cabezas más alto que ella, y su cuerpo estaba lleno de músculos. En el momento en que sus oscuros ojos se encontraron con los de Addison, ella sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Señorita, ¿puedo ayudarla en algo? —preguntó con voz profunda y cortés.

—Solo estoy echando un vistazo al taller. Soy la hija de Markus Parker —explicó, extendiendo la mano en un gesto de saludo—. Mi nombre es Addison.

—Sí, claro, hemos hablado esta mañana. Soy Patrick Richmond —dijo, extendiendo su mano para atrapar la de ella—. Un placer conocerte, Addison. Tu padre hablaba mucho de ti.

—Gracias, eres muy amable —dijo Addison algo incómoda con el comentario.

—Bueno, ¿y qué necesitas saber del taller? —quiso saber Patrick, dispuesto a colaborar con la joven.

La conversación con Patrick resultó ser bastante provechosa. Addison no tardó en comprender el funcionamiento interno del taller y el estado de las operaciones. A medida que recorrían el lugar, Patrick le explicaba cada aspecto del negocio con paciencia y profesionalidad.

—Parece que mi padre hizo algunos cambios significativos aquí —comentó Addison, observando las mejoras realizadas en el taller desde su marcha.

—Sí, Markus siempre estuvo comprometido con modernizar el taller y mantenerlo actualizado. Incluso había planeado expandir el negocio antes de… —Patrick se detuvo, pareciendo reconsiderar sus palabras—. En fin, estamos trabajando para mantener viva su visión y hacer que este taller siga siendo un referente en la zona. Siempre y cuando siga en funcionamiento —añadió, mientras estudiaba la expresión de la joven.

Addison no era estúpida, sabía que Patrick le había lanzado una indirecta, con la intención de que ella le diera alguna pista sobre lo que iba a suceder con el taller, y lo entendía. En ese momento había al menos cuatro hombres trabajando en el local, sin contar con Patrick.

—Bueno, el negocio es de mi hermana también, y siendo sincera, aún no tenemos claro lo que vamos a hacer —confesó con sinceridad—. Pero en una o dos semanas, a lo máximo, prometo hacer una reunión para saber el destino del Taller Parker.

Patrick asintió con comprensión, agradeciendo la sinceridad de Addison.

—Entiendo. Y mientras tanto puedes contar conmigo y con el equipo del taller —mostrando su disposición a colaborar.

Addison agradeció el gesto con una sonrisa, sintiéndose reconfortada por la hospitalidad de Patrick y su equipo. Tras intercambiar algunas palabras más, se despidieron con un apretón de manos, dejando claro que continuarían en contacto.

CAPÍTULO 4

Dakota disfrutó del pequeño paseo por la calle principal de Serene Fall y no tardó en llegar frente al negocio inmobiliario de Brooke Silver. Al entrar en la oficina, fue recibida con una cálida sonrisa por parte de su amiga, quien abandonó la silla situada tras el escritorio y caminó hasta ella para saludarla con evidente entusiasmo.

—¡Dakota! ¡Qué sorpresa verte por aquí! ¿Cómo estás? —exclamó Brooke, acercándose para darle un abrazo—. Siento mucho lo que le sucedió a tu padre. Hubiera ido al funeral, pero estaba de viaje —se excusó.

—Tranquila, no pasa nada —respondió Dakota, devolviendo el abrazo con cariño. Luego se apartó y miró a su alrededor—. Al final lo lograste —dijo mientras observaba la oficina—. Siempre quisiste ser tu propia jefa.

—Bueno, no ha sido fácil —confesó Brooke algo azorada por los halagos de Dakota, pero aquí estamos. Todo salió bien, aunque no tengo tiempo para nada —añadió con humor—. Bueno, ¿y en qué puedo ayudarte? —preguntó a continuación, guiándola hacia su escritorio.

Dakota explicó brevemente su situación y cómo pensaba que Brooke podría ser de ayuda con ciertos asuntos relacionados con el rancho de su familia. Brooke escuchó con atención, asintiendo de vez en cuando.

—Creo que tienes varias opciones viables —dijo Brooke cuando Dakota concluyó—. Podríamos listar el rancho en el mercado o explorar la posibilidad de alquilarlo a largo plazo. Dependerá de lo que creas que es mejor para ti y tu hermana.

Dakota asintió, agradecida por la orientación de Brooke.

—Entiendo. Tomaré en cuenta tus sugerencias y hablaré con Addison. Si te soy sincera, no tengo ni idea de lo que vamos a hacer, pero queremos tener claras nuestras opciones antes de tomar una decisión —confesó.

—Claro, lo entiendo, y no hace falta que te diga que estoy a vuestra disposición.

—Gracias, Brooke.

—Nada de gracias, me debes una cena después de desaparecer de la noche a la mañana sin decir nada.

—Eso está hecho —replicó Dakota, que se sentía culpable.

—Eso espero —replicó Brooke con una sonrisa divertida—, si no iré al rancho y te llevaré a rastras al Whispering Oaks café.

—No hará falta llegar a eso —replicó Dakota sonriendo ligeramente.

Con esa promesa, Dakota salió de la oficina de Brooke y se encontró con una luminosa mañana en Serene Fall. Había quedado con su hermana una hora más tarde, y aprovechando que era pronto, decidió que podía ir a dar una vuelta hasta la cafetería Keller y charlar un rato con Louise. Apreciaba a la mujer, que había sido su mentora, y gracias a ella tenía un buen trabajo en una de las mejores pastelerías de Dallas.

Sin embargo, antes de llegar a la cafetería, Dakota se topó con su peor pesadilla. Darrel Mayers, el hombre que le rompió el corazón casi tres años atrás, apareció de repente frente a ella. Su presencia bastó para revivir emociones enterradas y hacer que el corazón de Dakota latiera con fuerza.

—Dakota… —murmuró Darrel con una mezcla de sorpresa y cautela en su voz.

Ella se quedó paralizada por un instante, sintiendo una oleada de emociones contradictorias. ¿Debería huir o enfrentarse a él? Por un momento, el tiempo pareció detenerse mientras ambos se miraban en silencio, recordando un pasado que aún resonaba en el presente.

Aunque intentó mantener la compostura, su mente revivió momentos compartidos con Darrel: risas, conversaciones profundas y pasión desenfrenada. Sin embargo, esos recuerdos se entrelazaban con el dolor de su última conversación, cuando ella había abierto su corazón y él la había rechazado sin piedad.

Darrel, por su parte, parecía incómodo, como si estuviera luchando contra sus propias emociones. Y a su pesar, sus ojos se posaron instantáneamente en ella, recorriendo cada rasgo de su rostro como si quisiera memorizarlo de nuevo. La luz del sol parecía resaltar aún más el resplandor dorado de su cabello rubio y el brillo de sus ojos azules, provocando un torbellino de emociones dentro de él.

El corazón de Darrel dio un vuelco al recordar las noches interminables que pasaron juntos amándose o simplemente charlando. En ese preciso instante fue consciente de que, a pesar del tiempo transcurrido, la intensidad de su conexión seguía siendo palpable, como una llama eterna que se negaba a extinguirse.

Sin embargo, junto con la emoción de volver a verla, también llegó el remordimiento. Recordó las palabras no dichas, los errores cometidos y el peso de las decisiones que tomó en el pasado. La culpa lo embargó al recordar cómo la había dejado ir, incapaz de enfrentar sus propios miedos e inseguridades.

Y aunque Darrel intentaba ocultar sus emociones bajo una máscara de calma, cada fibra de su ser anhelaba volver al pasado, arreglar lo que estaba roto y encontrar la redención en los brazos de Dakota. Sin embargo, sabía que no era tan fácil. La distancia emocional y el tiempo transcurrido habían dejado cicatrices difíciles de sanar, y no estaba seguro de si alguna vez podrían volver a ser quienes eran antes.

—Hola, Darrel —respondió Dakota finalmente, tratando de mantener la calma a pesar del torbellino de sentimientos que la invadía.

—No sabía que habías vuelto —replicó Darrel, algo más repuesto.

—Sí, vine al entierro de mi padre —confesó Dakota, incómoda.

Darrel, sintiéndose como un completo idiota, se reprendió mentalmente. ¿Cómo podía ser tan insensible? Se pasó los dedos por el cabello en un gesto nervioso.

—Lo siento mucho por tu pérdida —dijo finalmente, intentando enmendar la situación—. Habría ido, pero tenía una reunión en San Antonio —se excusó.

—Gracias, eres muy amable —replicó Dakota, tratando de ocultar el malestar que le provocaba estar frente a él.

—¿Y a dónde ibas? —inquirió Darrel, con la única intención de mantener la conversación, aunque sabía que era algo estúpido de su parte.

—Solo estoy dando un paseo —respondió Dakota, no quería dar demasiadas explicaciones a Darrel.

—Yo tengo una cita con Connor, el constructor. Quiere hablarme de no sé qué proyecto. Hemos quedado en la cafetería Keller —comentó Darrel, como si fueran amigos e hiciera solo unos días que no se veían, no varios años—. ¿Te gustaría acompañarme? —ofreció, aunque sabía que era una petición arriesgada.

—No, creo que es mejor que no —replicó Dakota, decidida a mantener la distancia

emocional—. Tengo asuntos que atender —añadió, aunque su idea original había sido visitar a Louise.

—Bien, como quieras, nos vemos —replicó Darrel, comprendiendo la negativa de la joven. Y con un gesto de despedida, se alejó, dejando a Dakota atrás.

Dakota tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar los alocados latidos de su corazón, y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando una voz pronunció su nombre, sobresaltándola, y al girarse descubrió que se trataba de su hermana.

—¿Estás bien? —preguntó Addison al ver la palidez en su piel.

—Sí, perfectamente —mintió Dakota.

—¿Has acabado con lo que tenías que hacer? —indagó Addison sin apartar la mirada del rostro de su hermana.

—Sí —replicó Dakota escuetamente.

—Entonces, ¿nos vamos? —propuso Addison.

—Claro, vamos —aceptó Dakota.

***

Por la tarde,
ese mismo día

Darrel Mayers permanecía sentado en la butaca tras el escritorio de su despacho en el ayuntamiento. La tenue luz de la lámpara del escritorio proyectaba sombras danzantes por la habitación. En su mano derecha, sostenía una copa de coñac entre sus dedos, haciendo oscilar el líquido ámbar con movimientos suaves y automáticos, mientras su mirada estaba perdida en el licor. Sin embargo, su mente estaba en otro lugar, atrapada en los recuerdos del pasado.

Recordaba con claridad el momento en que vio a Dakota por primera vez, aunque en realidad se conocían desde siempre. Fue en una tarde lluviosa de domingo, después de salir del ayuntamiento, tras haber terminado un informe que tenía que entregar el lunes. Aunque sabía que era tarde y que la cafetería estaría a punto de cerrar, el deseo de una porción de tarta de chocolate lo llevó hasta allí. El chocolate siempre tenía el poder de animarlo.

Al entrar, se quitó la chaqueta empapada y la colgó en el respaldo de una silla, sacudiéndola para deshacerse de las gotas de lluvia. Con gesto apresurado, se pasó los dedos por el cabello húmedo mientras avanzaba hacia el mostrador. Fue entonces, en ese instante, cuando se encontró con Dakota, que lo esperaba con una sonrisa amable. El recuerdo de su cabello dorado, trenzado a un lado, sus ojos azules centelleantes y su sonrisa contagiosa resonaba en su mente como un eco constante.

Darrel se aproximó al mostrador con paso decidido, aunque en su interior se agitaban una mezcla de emociones encontradas. En su estómago, unas burbujas hormigueaban, anunciando una inusual excitación.

—¡Buenas tardes, Darrel! ¡Qué sorpresa verte por aquí! —le saludó Dakota con amabilidad. Su voz resonó en el local con una calidez reconfortante.

—Buenas tardes, Dakota —replicó Darrel, con una sonrisa nerviosa asomando en sus labios—. ¿Podría pedir algo? —preguntó, con una pizca de vergüenza tiñendo sus palabras—. Sé que estabais a punto de cerrar, pero necesito un poco de chocolate con urgencia o moriré de camino a casa —confesó en un tono casi apremiante.

Dakota sonrió, comprendiendo perfectamente su necesidad.

—Nunca es tarde para un poco de chocolate, ¿verdad? —dijo con complicidad—. ¿Quieres que te prepare algo especial?

—¿Harías eso por mí? —inquirió Darrel en voz baja, para que solo ella pudiera escuchar sus palabras.

Dakota sintió que el corazón se le aceleraba cuando su mirada se encontró con los intensos ojos azules de él. Notó cómo sus piernas temblaban al descubrir la intensidad que había en ellos. Siempre había encontrado a Darrel atractivo, pero ahora, frente a frente, a escasa distancia, podía afirmar que era el hombre más guapo que había conocido en su vida.

—¿Dakota? —la llamó él, y su voz rasgada interrumpió sus pensamientos.

—Sí, perdona —respondió ella atropelladamente, intentando recobrar la compostura—. Por favor, siéntate y ahora te llevo un café y algo más.

Darrel asintió con gratitud y se acomodó en una de las mesas cercanas al mostrador. Dakota se retiró por unos momentos para regresar con una generosa porción de su nueva versión de tarta de chocolate, en la que había estado trabajando toda la tarde y que su jefa, la señora Keller, aún no había probado.

—Aquí tienes. Espero que te guste —dijo Dakota, colocando el plato frente a él.

Darrel tomó el primer bocado y cerró los ojos brevemente, permitiendo que los sabores se fusionaran en su paladar. Cuando los abrió de nuevo, se encontró con el rostro expectante de Dakota.

—¿Qué te parece? —quiso saber ella, sin poder ocultar su ansiedad—. Eres la primera persona que la prueba —confesó, notando el rubor que se extendía por sus mejillas.

Darrel saboreó un nuevo bocado de la deliciosa tarta de chocolate mientras dejaba que los sabores se desplegaran en su paladar. La combinación de texturas y la intensidad de los sabores lo dejaron impresionado.

—Está increíblemente deliciosa, Dakota —elogió Darrel con una sonrisa sincera—. Realmente tienes un talento especial para la repostería.

Dakota sonrió, complacida por el elogio.

—Me alegra que te haya gustado —respondió tímidamente—. Espero que a la señora Keller también le guste —añadió.

—Estoy seguro de que sí, es más, apostaría mi sueldo de un mes a que la incluye en su carta de tartas —añadió, guiñándole un ojo.

—Gracias, pero no creo que eso ocurra —replicó Dakota con una sonrisa.

—¿Y por qué no? —preguntó Darrel sorprendido.

—Porque apenas llevo trabajando aquí unos meses —dijo Dakota—, y mi padre dice que nunca conseguiré abrir mi propio negocio, que no tengo espíritu emprendedor —recordó Dakota con tristeza.

—Bueno, no deberías rendirte con tanta facilidad. Si deseas tener tu propia pastelería, deberías luchar por tus sueños —aconsejó Darrel—. ¿Por qué no te sientas conmigo y me hablas más de ese proyecto?

Dakota dudó, echó un vistazo a su alrededor y, finalmente, asintió con un gesto de cabeza antes de ocupar el asiento frente a él. A fin de cuentas, apenas quedaban clientes y los que había ya estaban atendidos.

A medida que conversaban, el ambiente en la cafetería se volvió más íntimo, con la luz tenue y los últimos clientes abandonando el lugar. Darrel se dio cuenta de que ahora estaban

completamente solos, lo que añadía un aire de intimidad a su encuentro. La atmósfera se volvía más cálida y acogedora, y Darrel se sentía cada vez más a gusto en compañía de Dakota.

Durante aquel encuentro, Darrel se sorprendió gratamente al descubrir que Dakota no solo era una talentosa repostera, sino también una persona encantadora y cautivadora. A medida que el tiempo avanzaba y compartían anécdotas y risas, Darrel se dio cuenta de que estaba disfrutando de la compañía de Dakota más de lo que había imaginado.

Cuando finalmente se despidieron, Darrel se marchó del café con una sensación de ligereza en el corazón y una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 5

Serene Fall,
un día después

El aire fresco de la tarde envolvía a Addison y Dakota mientras caminaban por las calles tranquilas de Serene Fall en dirección a la estación de autobuses. Dakota llevaba una pequeña maleta en una mano y en la otra el bolso que contenía sus documentos y algunas pertenencias esenciales para su viaje.

El silencio entre ellas era cómodo, pero cargado de nostalgia. Addison sabía que su hermana tenía asuntos importantes que resolver en Dallas, y, aun así, no podía evitar sentir un nudo en la garganta al pensar en separarse de ella durante unos días.

Al llegar a la estación, se detuvieron frente al letrero de salidas y llegadas. Algunos pasajeros iban y venían, mientras Serene Fall se preparaba para el anochecer.

—Aquí es donde nos despedimos por ahora —dijo Addison con una sonrisa forzada, tratando de ocultar su pesar.

—¡Oh, Addie, por favor! Ni se te ocurra llorar o yo también acabaré haciéndolo —le rogó Dakota—. Volveré pronto, no te preocupes —añadió con una sonrisa trémula dibujada en sus labios, tratando de reconfortar a su hermana.

Ambas se abrazaron con fuerza, compartiendo el calor y el afecto que solo dos hermanas pueden tener. Addison cerró los ojos, tratando de grabar en su memoria cada detalle de ese momento.

—Cuídate mucho. Y llámame cuando llegues, ¿de acuerdo? —pidió Addison, sintiendo un nudo en la garganta que amenazaba con ahogar sus palabras.

—Lo haré, te lo prometo. Y no te preocupes, todo saldrá bien. Te quiero, Addie —respondió Dakota, con voz suave pero llena de cariño.

Se separaron lentamente, y Dakota se dirigió hacia el andén donde esperaba su autobús. Addison permaneció en el mismo lugar, observando cómo su hermana se alejaba poco a poco, hasta que finalmente el autobús se convirtió en un punto en la lejanía.

Respiró hondo, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con brotar, y salió de la pequeña estación, en dirección a ninguna parte. Sabía que su hermana estaba en buenas manos y que pronto volverían a estar juntas, pero, aun así, la sensación de vacío que dejaba su partida era difícil de ignorar.

Sin saber cómo ni por qué, sus pasos la llevaron hasta el taller, que a esas horas ya estaba cerrado. Observó la fachada durante largos minutos, pero finalmente rebuscó las llaves en su bolso y entró.

Addison se dedicó a comprobar los avances que habían hecho los empleados en los coches que había visto la última vez que estuvo allí, maravillándose con la eficacia del equipo. Estaba a punto de salir cuando un repentino sonido de pasos la hizo contener el aliento. Giró sobre sus talones y se encontró con la mirada de un hombre que apareció de la nada, en medio de la nave apenas iluminada. Su presencia imponente y su expresión seria dejaron a Addison sin aliento por un momento.

—¿Quién es usted y qué hace en mi taller? —preguntó Addison, con una mezcla de sorpresa y cautela en su voz.

—¿Tu taller? —repitió el hombre con cierta sorna.

El desconocido se acercó unos pasos más hacia Addison, su mirada penetrante parecía escudriñar cada rincón del local con un aire de superioridad.

—Permíteme presentarme. Soy Peter Morgan, socio de tu difunto padre —declaró, extendiendo la mano con un gesto de formalidad.

Addison miró la mano con desconfianza antes de aceptar el saludo con cautela.

—¿Socio de mi padre? —cuestionó con valentía, a pesar de que por dentro estaba temblando como una hoja—. No tenía idea de que mi padre tuviera socios. Nunca mencionó nada al respecto, y en la documentación del taller tampoco aparece nada.

Peter Morgan soltó una risa áspera y despectiva.

—Tu padre era muy discreto en algunos asuntos, especialmente cuando se trataba de los negocios que ambos teníamos en común —comentó Peter con un tono que revelaba una pizca de condescendencia.

—¿A qué asuntos se refiere? —quiso saber Addison, con una mezcla de curiosidad y preocupación.

Peter Morgan sonrió de manera enigmática, como si disfrutara del desconcierto evidente de la joven, que se reflejaba en su hermoso rostro. Markus no le había dicho que su hija mayor fuera tan atractiva, aunque tampoco era de extrañar, en el ambiente que se movían no era buena idea hablar sobre la familia.

—Oh, querida Addison, hay muchas cosas sobre tu padre que desconoces. Cosas que podrían cambiar tu perspectiva sobre él —respondió, con una mirada que dejaba entrever un misterio oscuro.

—¿A qué se refiere? —inquirió Addison sin poder contenerse.

—Ya hablaremos la próxima vez que nos veamos —replicó el hombre—. Tengo que hacerte una importante proposición…

—No me interesa —le cortó Addison rotunda.

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de él, y dejó parar unos segundos antes de replicar a las palabras de la joven por el simple placer de darle intensidad al momento.

—Bueno, pareces una mujer inteligente. Espera al menos a conocer mi oferta antes de rechazarla.

—Señor Morgan…

—Ahora no —dijo Peter con un tono que no admitía replicas—, en nuestro próximo encuentro. Esperaremos a que tu hermana regrese.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Addison con angustia.

Peter Morgan no dijo nada, simplemente le dedicó una sonrisa divertida antes de girarse y darle la espalda para comenzar a caminar en dirección a la puerta.

Addison se quedó paralizada por un momento, observando cómo Peter Morgan se alejaba con paso seguro hacia la salida. Su mente se llenó de incertidumbre y sospecha, mientras intentaba procesar toda la información que acababa de recibir. ¿Qué asuntos ocultos había estado manejando su padre? ¿Y qué proposición importante quería hacerles aquel hombre? Las preguntas seguían acumulándose en su mente, pero por ahora, una cosa estaba clara: tendría que investigar a fondo para descubrir la verdad. Con paso decidido, Addison se dirigió hacia el despacho, situado al fondo del local, dispuesta desentrañar los secretos de su padre.

***

Dallas

Dakota descendió del autobús con un suspiro de alivio, y al encontrarse fuera de la estación, decidió tomarse un momento para sumergirse en la energía vibrante y bulliciosa de Dallas. Durante su breve estancia en Serene Fall, había anhelado la frenética energía y la diversidad que solo una metrópolis podía ofrecer. Ajustando la correa de su bolso sobre el hombro, se encaminó hacia la parada de taxis con paso decidido, deseando llegar al pequeño apartamento que compartía con Addison, Lisa y Manson cuanto antes.

El taxi la condujo a través del laberinto de calles congestionadas, finalmente deteniéndose frente al modesto apartamento, ubicado a poca distancia del centro. Al entrar, Dakota fue recibida por el cálido abrazo de Lisa, cuya sonrisa irradiaba alegría y afecto.

—¡Dakota, qué alegría verte! ¿Por qué no nos avisaste de la hora? Podía haber ido a recogerte —exclamó Lisa con evidente emoción, envolviendo a su amiga con sus brazos.

Dakota devolvió el abrazo con cariño, sumergiéndose en su calidez antes de separarse y clavar su mirada en el rostro de su amiga, a quien había añorado profundamente. Luego, permitió que su mirada vagara por el lugar que tanto había extrañado aquellos días, sintiéndose reconfortada por la familiaridad que el hogar le proporcionaba.

—¿Dónde está? —quiso saber, separándose de Lisa para mirar a su alrededor con evidente nerviosismo.

—Con Mason, en el salón —informó Lisa—. Creo que está más encariñado con Selene que conmigo —agregó con una sonrisa traviesa.

Dakota asintió con una sonrisa y avanzó hacia el salón, deteniéndose justo en el umbral de la puerta. Allí, contempló la escena con una sonrisa en los labios. Mason, el novio de Lisa, yacía en el suelo, dedicado a construir una torre con bloques de madera multicolores junto a Selene.

En ese instante preciso, la pequeña, con apenas año y medio de edad, giró su rostro hacia Dakota, fijando sus ojos azules en ella antes de que una amplia sonrisa iluminara su rostro. Sin titubear, Selene se puso de pie con torpeza y corrió hacia Dakota con los brazos extendidos. Dakota la recibió en un cálido abrazo mientras disfrutaba del suave aroma infantil que emanaba de ella.

—¡Hola, cariño! Te he echado mucho de menos —susurró Dakota, depositando un beso suave en la mejilla de Selene.

La pequeña rio con alegría mientras Dakota la sostenía en sus brazos. Sus pequeñas manos exploraban su rostro con ternura. Dakota se sintió abrumada por el amor que fluía entre ellas, un vínculo tan fuerte que trascendía cualquier distancia o separación.

—Estoy tan feliz de tenerte de vuelta, Dakota —dijo Lisa con una sonrisa sincera—. ¿Y Addison? —preguntó curiosa.

Dakota dejó escapar un suspiro y su expresión se ensombreció ligeramente antes de dejar a la niña en la alfombra, donde no tardó en volver a jugar con Mason.

—La verdad es que no va a volver por ahora —confesó—. Y yo tengo que regresar a Serene Fall. Lo del testamento y arreglar el resto de asuntos relacionados con papá nos llevará un poco más de tiempo del que pensábamos.

Lisa frunció el ceño, confundida.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó.

Dakota bajó la mirada, sintiéndose un poco avergonzada.

—No podía pasar ni un segundo más sin Selene —confesó, con la voz cargada de emoción—. Me la voy a llevar conmigo —añadió finalmente.

Lisa y Mason intercambiaron miradas de sorpresa y preocupación.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Lisa, con una mirada inquisitiva—. ¿No te da miedo tener que enfrentarte a… bueno, a él?

—Ya lo he hecho, el otro día nos encontramos —confesó Dakota.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lisa preocupada.

—Nada —contestó Dakota, aunque en realidad todo su mundo pareció cambiar cuando sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Y si se da cuenta de que Selene es su hija? —rebatió Mason.

Dakota frunció el ceño, considerando la pregunta de Mason. La idea de enfrentarse a esa posibilidad había estado danzando en su mente desde que tomó la decisión de llevarse a la niña consigo.

—Lo he pensado —admitió con cautela—. Pero no puedo dejar que el miedo me paralice. Selene es mi responsabilidad y haré lo que sea necesario para protegerla, pero no pienso seguir escondiéndome.

Lisa colocó una mano reconfortante sobre el hombro de Dakota.

—Estamos contigo, ya lo sabes —dijo Lisa con tono decidido—. Y haremos todo lo posible para apoyarte y asegurarnos de que Selene esté segura. Ya sabes cuánto la queremos —añadió con emoción.

Dakota sintió una oleada de gratitud hacia sus amigos. Había sido muy afortunada al conocer a Lisa, y luego a Mason, que se habían convertido en su familia de no sangre, como les gustaba denominarse.

—Gracias, de verdad. Significa mucho para mí tener vuestro apoyo, y más en estos momentos difíciles —expresó Dakota con gratitud y emoción, sintiendo un peso levantarse de sus hombros.

Selene, ajena a la conversación de los adultos, seguía jugando felizmente en el suelo con los bloques de madera, completamente absorta en su propio mundo de fantasía.

—Voy a hablar con Addison —dijo Dakota mientras buscaba su móvil en su bolso—. Le prometí que la llamaría cuando llegara —añadió.

Lisa asintió comprensivamente.

—Entendido. Mientras tanto, Mason y yo cuidaremos de Selene.

Con un gesto de agradecimiento, Dakota se dirigió hacia la habitación que compartía con Addison, con el corazón lleno de determinación y el deseo de asegurar un futuro mejor para su pequeña familia.

CAPÍTULO 6

Rancho Parker,
al día siguiente

Addison estaba concentrada en su tarea, intentando arreglar un escalón del porche donde ya se había tropezado unas cuantas veces. Con una mano aferraba la madera del paso, mientras con la otra sostenía el martillo. El sonido de cada golpe resonaba en el aire, acompañado por el suave chirrido de los grillos en la distancia. El sol se filtraba entre las hojas de los árboles, creando un juego de luces y sombras en el suelo polvoriento.

De repente, el sonido de cascos golpeando el suelo la sacó de su concentración. Levantó la mirada y vio a Michael Bale, su mejor amigo en el instituto. Siempre le había sido más fácil relacionarse con el género masculino, ya fuera por su naturaleza o por haberse criado prácticamente en el taller de su padre.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver cómo se acercaba, y dejando a un lado el martillo y el dichoso escalón, se incorporó y caminó hasta él.

—¡Michael! —exclamó emocionada—. ¡Qué sorpresa verte por aquí!

Michael detuvo su caballo frente al porche y descendió ágilmente del animal.

—¡Hola, Addison! —saludó Michael con entusiasmo, acercándose para abrazar a su amiga—. Espero no llegar en mal momento.

—Nunca es un mal momento cuando aparece un viejo amigo —respondió Addison, devolviendo el abrazo con calidez—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó curiosa.

—Bueno, las malas lenguas de Serene Fall andan diciendo que las hijas de Markus Parker habían regresado para su entierro, y he venido a comprobarlo con mis propios ojos —dijo con humor mientras le guiñaba un ojo con complicidad.

—Pues esas malas lenguas no se equivocan —replicó Addison con el mismo tono de humor—, y van a tener que soportarnos unas semanas más.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Michael curioso.

Addison señaló el escalón que estaba reparando, con una mueca entre divertida y resignada.

—Intento arreglar este viejo porche, aunque la carpintería no parece ser una de mis virtudes —comentó con una risa—. ¿Quieres echarme una mano?

—Por supuesto, estaré encantado de ayudarte —respondió Michael, servicial—. Pero a cambio quiero que me pongas al día de cómo va tu vida. Hace meses que no te dignas a llamarme, y lo de contestar a los wasap…

—Lo admito, soy culpable —replicó Addison levantando las manos sobre la cabeza, como si estuviera rindiéndose.

Addison y Michael pasaron la tarde trabajando juntos en el porche, intercambiando historias y recuerdos de su tiempo en el instituto. El sol comenzaba a descender en el horizonte cuando finalmente terminaron de arreglar el escalón.

—¡Vaya, parece que hemos hecho un buen trabajo! —exclamó Michael, admirando el porche ahora reparado.

—Sí, esto parece mucho más seguro ahora —respondió Addison, sonriendo agradecida.

Tras guardar las herramientas se sentaron sobre el escalón y se quedaron un momento disfrutando del resultado de su esfuerzo, sumidos en la tranquilidad del rancho y la compañía del otro. Había sido mucho tiempo desde la última vez que habían compartido un momento así juntos.

Addison y Michael disfrutaban de un cómodo silencio mientras el sol comenzaba a despedirse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos. Sin embargo, la tranquilidad se vio abruptamente interrumpida por el sonido del galope de un caballo que resonó en el aire. En un abrir y cerrar de ojos, Zachary Bale, el hermano de Michael, apareció ante ellos montando un imponente purasangre negro.

—¿Qué estás haciendo aquí, Zach? —inquirió Michael, su tono denotaba cierta brusquedad.

Zachary descendió de su caballo con gesto serio antes de responder a la pregunta de su hermano.

—Tu teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, y mamá estaba preocupada. Uno de los trabajadores me dijo que te había visto dirigirte aquí a primera hora de la tarde —explicó con voz firme y directa.

Michael se percató de su teléfono sin batería y masculló una disculpa por lo bajo antes de guardarlo.

—Lo siento, no quería preocupar a nadie —se disculpó—. Solo vine a saludar a Addison —añadió, señalando discretamente a la joven, esperando que su gesto calmara las tensiones.

—¿Y por eso has pasado aquí toda la tarde? —inquirió Zachary, ignorando deliberadamente las señales que le hacía su hermano. No tenía intenciones de ser cortés con Addison Parker.

Ante la situación tensa, Addison se enderezó, decidida a evitar un posible conflicto entre los hermanos Bale.

—Fue culpa mía —intervino con valentía—. Michael me ha estado ayudando con unos arreglos en el porche.

—¿No tienes suficiente trabajo en el rancho? —replicó Zachary, clavando una mirada acusatoria en su hermano, como si esperara una respuesta que confirmara sus sospechas.

Michael exhaló un suspiro, tratando de mantener la calma frente a la actitud desafiante de su hermano. No entendía qué le había pasado a Zachary para comportarse de esa manera tan desagradable.

—Solo quería echar una mano a Addison, no pensé que nos llevaría tanto tiempo —respondió, intentando calmar los ánimos y aliviar la tensión en el ambiente.

Zachary frunció el ceño, evidenciando su descontento ante la situación. Con un gesto ágil, cogió las riendas de su caballo y se subió en él en un movimiento diestro.

—Nos vemos luego, Michael. Adiós, Addison —añadió, dirigiéndose a ella por primera vez desde su llegada. Luego tiró de las riendas y guio al caballo en dirección al rancho Bale, situado a poca distancia.

Michael se sintió avergonzado por el comportamiento de su hermano y se volvió hacia su amiga con una expresión compungida.

—Lo siento —dijo, buscando disculparse por la incomodidad causada.

—¿Por qué? —respondió Addison con calma—. El que ha sido maleducado ha sido tu hermano, no tú, y no es nada nuevo —añadió con la mirada aún fija en la amplia espalda de

Zachary, que se alejaba de ellos.

—Gracias por ser tan comprensiva —replicó Michael, aliviado por su reacción.

—Bueno, te tenía que compensar después de perder tu tarde arreglando mi porche —añadió ella con humor, guiñándole un ojo y rompiendo así la tensión del momento.

***

Dallas

Dakota se arrodillaba junto a la bañera, rodeada de burbujas flotantes mientras su hija, Selena, chapoteaba y se entretenía con sus juguetes de goma. El agua tibia y perfumada llenaba el ambiente con una sensación reconfortante, y Dakota sonreía, deleitándose en cada momento de complicidad con su pequeña.

De repente, Lisa apareció en la puerta del baño, sosteniendo una toalla limpia en sus manos. Sus ojos brillaban con ternura mientras observaba a Dakota y a Selena.

—¿Necesitas ayuda para sacarla del baño? —preguntó con voz suave, ofreciéndole la blanca toalla.

Dakota asintió con una sonrisa de agradecimiento. Con habilidad, sostuvo a Selena, quien protestaba ligeramente por abandonar su juego, y la elevó con ternura hacia la toalla que Lisa sostenía. Con movimientos cuidadosos, ambas mujeres envolvieron a la pequeña en la suavidad reconfortante de la toalla, la cual absorbía el agua de su piel con delicadeza.

Después, caminaron juntas hacia la habitación de Dakota, donde depositaron a Selena sobre la cama para secarla y aplicarle crema hidratante en sus tiernos piececitos. La habitación estaba impregnada de una atmósfera cálida y acogedora, y Lisa aprovechó el momento para preguntarle a Dakota sobre algo que había estado en su mente desde que la joven había regresado un par de días antes.

—¿Qué sentiste cuando volviste a ver a Darrel? —preguntó con curiosidad, manteniendo la mirada fija en el rostro de su amiga, quien, al escuchar sus palabras, elevó la mirada y se encontró con la suya.

Suspiró profundamente antes de responder, dejando que los pensamientos se ordenaran en su cabeza antes de hablar.

—Fue extraño, ¿sabes? —comenzó Dakota, mientras continuaba con los cuidados de Selena. —Pensé que después de tanto tiempo no sentiría nada, que podría tratarle como a un extraño cualquiera.

—¿Y no fue así? —preguntó Lisa interesada.

—No, más bien parecía que nos habíamos visto el día anterior. Incluso sentí esas malditas mariposas revoloteando en mi estómago —confesó Dakota con cierta molestia.

—Debió de ser difícil para ti, pero piensa que ese encuentro también puede servirte para averiguar si aún sientes algo por él y tomar una decisión respecto a Selena. Ya sabes lo que pienso sobre el asunto, no puedes ocultarle la existencia de su hija para siempre —expresó Lisa con delicadeza.

Dakota suspiró, sintiendo un nudo en la garganta ante las palabras de Lisa. Sabía que tenía razón, pero enfrentarse a esa verdad era abrumador. Sin embargo, también comprendía la importancia de que Selena conociera a su padre.

—Lo sé, Lisa. Es solo que… es complicado. No sé si estoy lista para abrir esa puerta —

confesó mientras clavaba su mirada en el rostro dulce de su pequeña, que la miraba con aquellos ojos tan parecidos a los de su padre.

—Lo entiendo, pero tienes que empezar a tomar decisiones antes de que sea demasiado tarde. No solo se trata de Darrel, sino de Selena cuando sea más mayor y empiece a hacer preguntas —respondió Lisa con una sonrisa reconfortante.

—Tienes razón —respondió Dakota con sinceridad—. Debo enfrentar esta situación y tomar decisiones importantes por el bien de Selena. No puedo seguir evitando el tema para siempre.

***

San Antonio

La música resonaba en el club, una mezcla de notas que se entrelazaban con las risas y conversaciones de los asistentes. En una mesa reservada, cuidadosamente situada en un rincón estratégico, Peter Morgan disfrutaba de un exquisito whisky de veinte años, su elección predilecta. A su alrededor, sus imponentes guardaespaldas permanecían vigilantes, fieles sombras que lo acompañaban a todas partes.

Mientras observaba el bullicio del lugar, Peter divisó a Patrick Richmond adentrándose en el club. Patrick, el encargado del taller Parker, avanzaba con determinación. Su rostro serio revelaba la importancia de su encuentro con Morgan. Los ojos fríos de Peter siguieron cada uno de los movimientos de Patrick con curiosidad e interés. Cuando Patrick finalmente llegó a la mesa, Peter hizo un gesto a uno de sus guardaespaldas para que dejaran pasar a su «invitado» y no habló hasta que Patrick estuvo sentado frente a él.

—Patrick —saludó Peter con voz firme—, gracias por venir.

—Siempre que usted me requiera —replicó el aludido con voz monocorde.

—Claro, es una de las cosas que me gustan de ti, lo servicial que eres —replicó Peter con una sonrisa socarrona—. Y bien, cuéntame, ¿qué está pasando en mi taller? ¿Cómo se comporta la hija de Parker? —preguntó directo.

Patrick se acomodó en la silla, manteniendo la compostura a pesar del ambiente tenso que rodeaba la conversación.

—El taller está funcionando según lo previsto, pero la situación con la señorita Parker es un poco más complicada —comenzó Patrick, haciendo una pausa antes de continuar—. Ha estado mostrando cierta reticencia a seguir con la forma de trabajar de su padre, y parece tener ideas propias sobre la dirección que debería tomar el negocio.

Peter escuchó las palabras de Patrick atentamente, su expresión era impasible mientras procesaba la información. La hija de Markus representaba un obstáculo en sus planes, y necesitaba saber cómo abordar la situación de manera efectiva.

—Entiendo —dijo Peter finalmente, su tono revelaba una ligera irritación—. Necesito que la vigiles y mantengas a raya en la medida de lo posible, al menos hasta que ella y su hermana firmen la aceptación de la herencia. No puedo permitir que obstaculice mis planes.

Patrick asintió con un gesto de cabeza, comprendiendo la importancia de la tarea que se le encomendaba.

—Entendido, señor Morgan. Haré todo lo que esté en mis manos para garantizar que la

señorita Parker no interfiera en sus planes —respondió Patrick con firmeza.

Peter asintió, satisfecho con la respuesta. Sabía que podía confiar en él para manejar la situación de manera adecuada, se lo había demostrado en múltiples ocasiones durante los dos años que llevaba trabajando para él.

—Excelente. Mantenme informado —ordenó.

Patrick asintió una vez más y se levantó de la silla antes de hablar.

—Por supuesto, señor Morgan. Le informaré de cualquier cambio —aseguró antes de apartarse de la mesa.

Peter observó a Patrick alejarse mientras su mente ya trabajaba en los siguientes movimientos en el tablero de ajedrez que eran sus negocios. La hija de Markus podría resultar molesta, pero nunca se convertiría en un obstáculo. Si era necesario, estaba dispuesto a deshacerse de ella.

CAPÍTULO 7

Serene Fall,
al día siguiente

Zachary se encontraba en el pueblo, entre los pasillos abarrotados de la ferretería local. El sonido metálico de las herramientas chocando entre sí llenaba el aire, mezclado con el murmullo de las conversaciones de los clientes y el tintineo de la campanilla sobre la puerta al entrar y salir. Su mirada recorría los estantes en busca de las herramientas que necesitaba. Cada pieza que tomaba entre sus manos pasaba por una breve inspección, evaluando su calidad y utilidad.

Los rayos del sol se filtraban tímidamente por las ventanas, iluminando el polvoriento ambiente y creando un juego de luces y sombras. En medio del bullicio del lugar, Zachary se mantenía concentrado en su tarea, ajeno a lo que le rodeaba, hasta que escuchó un nombre que hizo que elevara su cabeza y mirase a través de una de las baldas hasta descubrir a Addison Parker situada frente al mostrador.

—Mire, se me ha roto el grifo —explicaba Addison, mostrando el aparato dañado con un gesto exasperado—. Necesito uno nuevo. He cortado el agua y desmontado el viejo —añadió, depositando el grifo sobre el mostrador con estruendo—. Quiero uno lo más parecido posible.

El empleado de la ferretería examinó el grifo con atención mientras asentía con la cabeza antes de hablar.

—Entiendo, señorita Parker. Déjeme ver qué puedo encontrar para usted —dijo el empleado con una sonrisa amable antes de desaparecer tras el mostrador para buscar el repuesto adecuado.

Zachary dudó, sin saber si esperar a que ella acabase para salir de su escondite, o simplemente dejar la cesta con las herramientas en una esquina y regresar más tarde. No tenía ninguna gana de saludar a la amiga de su hermano, y más después del rapapolvo que le había echado Michael el día anterior en la cena tras su supuesto comportamiento grosero con ella. Sin embargo, cuando entró Brooke Silver, la dueña de la inmobiliaria, y comenzó a hablar con Addison, algo en su conversación lo retuvo en el sitio.

—Me alegra volver a verte —dijo Brooke tras el saludo inicial—. Precisamente estaba pensando en llamar a Dakota. El otro día me comentó que estabais barajando la idea de vender el rancho, y tengo algunas ideas al respecto.

—Sí, me habló de ello —confesó Addison—, y posiblemente sea lo mejor, aunque está en un estado lamentable —añadió con una sonrisa triste—. Dudo de que alguien pudiera estar interesado en el lugar.

—Pues creo que te equivocas —replicó Brooke divertida—. Ni te imaginas la gente que está interesada en comprar un rancho en esta zona, y el de tu padre tiene una buena situación y agua todo el año.

—No lo sabía —confesó Addison.

—Pues yo sí —afirmó Brooke divertida—, aunque claro, es parte de mi trabajo —añadió guiñándole un ojo de manera juguetona.

—Bueno, en cuanto regrese Dakota y hablemos, te llamaremos —replicó Addison.

—Bien, pues yo me marcho. Estaba buscando a alguien, pero parece que no está aquí —dijo Brooke antes de despedirse y caminar con paso acelerado hasta la puerta.

Zachary había sido testigo involuntario de la conversación, pero parecía que los planetas se habían alineado a su favor. Llevaba meses buscando un rancho en venta, después de varios años ahorrando, y la decisión de las hermanas Parker de vender el rancho que colindaba con el de sus padres era como un regalo divino. Ahora bien, lo complicado sería convencer a Addison de venderle el rancho a él, teniendo en cuenta que nunca se habían llevado demasiado bien.

Mientras tanto, el empleado regresó al mostrador, donde Addison esperaba con evidente impaciencia.

—Señorita Parker, me temo que no tengo el grifo que necesita, pero si quiere lo puedo encargar y llegaría esta misma tarde —dijo el empleado servicial.

—Bueno, qué le vamos a hacer —dijo Addison resignada.

—Entonces, ¿lo encargo? —preguntó el hombre.

—Sí, por favor —contestó Addison a la pregunta—, muchas gracias, nos vemos mañana —añadió antes de dirigirse con paso enérgico hacia la puerta.

Addison salió de la ferretería con un sentimiento de alivio al haber resuelto su pequeño problema con el grifo, pero una sensación de soledad la invadió mientras caminaba por la transitada calle principal del pueblo. Desde la partida de Dakota, había estado sintiendo un vacío que no podía llenar con sus tareas diarias.

Decidió aprovechar el viaje para visitar a Erin en la clínica veterinaria, tal vez podrían almorzar juntas y pasar un rato agradable, algo que necesitaba desesperadamente en ese momento. Mientras caminaba, los rayos del sol y una leve brisa acariciaban su rostro, lo que agradeció enormemente.

Al llegar frente al edificio, dudó por un momento, pero finalmente decidió entrar. Encontró a Erin ocupada atendiendo a un perro que parecía haberse lastimado una pata en la sala de espera.

—Hola, Erin —saludó Addison con una sonrisa.

Erin levantó la vista y su rostro se iluminó.

—¡Hola, Addison! ¡Qué sorpresa verte por aquí! Dame unos minutos y hablamos —añadió mientras cogía al pequeño animal entre sus brazos para llevarlo a una sala donde poder inspeccionar mejor su pata.

Addison se sentó en una de las sillas y esperó pacientemente hasta que Erin se liberó de sus obligaciones y la sala quedó libre.

—Perdona la espera.

—Por favor, no te disculpes, soy yo la que no debería haber venido sin avisar. Lo que pasa es que desde que Dakota se fue, me siento muy sola, y eso que solo hace un par de días —confesó Addison con una sonrisa triste—. Por eso vine a invitarte a almorzar, ¿puedes? —preguntó esperanzada.

Erin asintió con entusiasmo.

—¡Claro que sí! Será genial. Dame unos minutos, Brianna debe estar a punto de llegar y he acabado mi turno.

—Por supuesto, no te preocupes —replicó Addison—. La verdad es que no tengo nada mejor que hacer —añadió con humor.

—Perfecto, pues te veo afuera en unos minutos —respondió Erin con una sonrisa antes de entrar en la trastienda para quitarse el delantal y coger su bolso.

Addison se quedó esperando en la acera, sintiéndose un poco más animada por la perspectiva de pasar tiempo con su amiga. A pesar de la ausencia de Dakota, sabía que aún tenía a personas importantes en su vida que estaban ahí para ella.

***

Rancho Parker

El sol se ponía en el horizonte cuando Zachary estacionó su *pick-up* frente a la casa del rancho Parker. El polvo se levantaba ligeramente bajo las ruedas del vehículo, mientras apagaba el motor y se bajaba del mismo con determinación.

Con paso firme, se dirigió hacia la parte trasera de la camioneta, donde estaba su caja de herramientas. Mientras la levantaba del compartimento de carga, escuchó pasos aproximándose. Levantó la vista y se encontró con la mirada sorprendida de Addison.

—Zachary, ¿qué estás haciendo aquí? —inquirió ella, con una mezcla de sorpresa y desconfianza en su voz.

Zachary dudó, al notar el evidente malestar de Addison, pero si había llegado hasta allí era por un motivo y no pensaba echarse atrás a pesar de la mirada molesta que ella le dedicaba en ese momento con sus intensos ojos azules.

—Estuve esta tarde en la ferretería para recoger unas herramientas y el dueño me pidió que te trajera el grifo —inventó sobre la marcha, ya que había sido él quien había pedido al hombre que le diera el encargo de Addison.

—¿El grifo? —repitió la joven, con una expresión de desconfianza reflejada en su rostro.

Zachary asintió, intentando mantener la compostura a pesar del creciente nerviosismo que crecía en su estómago. Cuando había ido hasta allí lo había hecho decidido a suavizar su relación con Addison, pero ahora no estaba tan seguro de que hubiera sido tan buena idea.

—Sí, el grifo. El dueño de la ferretería dijo que era urgente que lo recibieras hoy mismo —respondió Zachary, esperando que su explicación fuera suficiente para calmar el evidente malestar de la joven.

—Está bien, pues… gracias —concedió ella con esfuerzo.

—Podría instalarlo por ti, si quieres. No tomará mucho tiempo y me aseguraré de que funcione correctamente —se ofreció Zachary, esperando que su gesto fuera bien recibido.

Addison frunció el ceño, claramente indecisa sobre si aceptar la oferta de Zachary. La idea de dejarlo entrar en su casa le resultaba incómoda, pero también necesitaba el grifo instalado con urgencia.

—Está bien, puedes entrar —concedió finalmente, cediendo ante la necesidad práctica de la situación.

Zachary asintió con gratitud, reconociendo el gesto de confianza de Addison. Con cuidado, cargó la caja de herramientas y el grifo, y la siguió hacia la casa. Era consciente de que esta podría ser una oportunidad para suavizar su relación, o al menos eso pretendía con su gesto.

Unos minutos después Zachary se encontraba agachado, concentrado en instalar el grifo en el fregadero de la cocina. Desde su perspectiva, no podía evitar echarle miradas furtivas a las piernas de Addison, que lucían atrayentes bajo el sencillo vestido de color rosa que cubría su cuerpo. Trató de mantenerse enfocado en su tarea, pero la presencia de Addison cerca de él lo distraía más de lo que quería admitir. «¿Pero que narices me está pasando?», se preguntó

apartando la mirada de la mujer.

Mientras trabajaba, decidió romper el incómodo silencio con una charla intranscendente para distraer su mente de lo atractiva que le estaba resultando Addison en ese momento. Era como si la estuviera viendo por primera vez, lo cual lo desconcertaba.

—¿Y cómo ha sido tu vida en Dallas todo este tiempo? —preguntó, intentando sonar casual, y a la vez distraer su mente calenturienta.

Addison se detuvo un momento, sorprendida por la pregunta inesperada. Estaba organizando algunos documentos antiguos de la casa en la mesa cercana y, al escuchar a Zachary, dejó momentáneamente su tarea para centrarse en la conversación. Mientras consideraba su respuesta, Zachary salió de debajo de la pila y se estiró todo lo largo que era antes de volver su atención al grifo. Addison no pudo evitar fijarse en el cuerpo musculado de Zachary y sus fuertes brazos, que se veían aún más definidos mientras instalaba el grifo.

—Dallas es… diferente —respondió Addison, con una nota de cautela en su voz.

Zachary asintió, procesando sus palabras. Sin embargo, antes de que pudiera profundizar en la conversación, un viejo resentimiento se interpuso entre ellos, como había ocurrido tantas veces antes.

—Diferente, sí. Pero eso no significa que sea mejor. Supongo que Serene Fall se te quedó pequeño —replicó, con un deje de malestar en el tono de su voz.

Ella frunció el ceño, notando el cambio en el tono de la conversación, y se cruzó de brazos, preparándose para la inminente batalla.

—Creo que eso no es asunto tuyo. ¿Nunca te han dicho que no deberías meterte donde no te llaman?— respondió Addison con firmeza.

Zachary apretó los labios, conteniendo la respuesta afilada que amenazaba con escapar de sus labios. Inhaló profundamente, luchando contra la creciente necesidad de responder mordazmente a Addison. Pero no quería arruinar lo que había empezado con la instalación del grifo.

—Lo siento. No era mi intención... —comenzó Zachary, pero fue interrumpido por el sonido del tono de su teléfono, que rompió el tenso momento en el que se encontraban.

Addison también pareció sorprendida por la interrupción.

—Tengo que cogerlo, será mejor que me vaya —dijo Zachary, agradecido por la inesperada llamada. Guardó sus herramientas rápidamente y se encaminó hacia la puerta con paso firme, con la sensación de que la discusión había sido evitada por poco.

Addison lo observó mientras se alejaba, sintiendo una mezcla de alivio y pesar, aunque no podía explicar de dónde provenía este último sentimiento. Ella y Zachary eran como el agua y el aceite, nunca se mezclaban, y no entendía por qué su corazón latía con fuerza ante la presencia de uno de sus peores enemigos reconocidos.

CAPÍTULO 8

Serene Fall

La luz tenue de la lámpara sobre la mesa de la cocina creaba una atmósfera acogedora mientras Darrel cenaba en casa de su hermano Liam y su esposa Harper. El aroma tentador de la comida casera llenaba la habitación, pero lo que más disfrutaba Darrel era de la compañía de su sobrina Abigail. La pequeña reía y jugueteaba alrededor de la mesa, trayendo una chispa de alegría al hogar.

Cuando Harper anunció que era hora de que Abigail se fuera a la cama, Darrel sintió un ligero pesar, pero sabía que era importante para la niña descansar. Observó con ternura cómo Harper la levantaba en brazos y se dirigía hacia la habitación de la pequeña, situada en la parte superior de la casa.

Con el ruido lejano de la risa de Abigail sonando de fondo, Liam giró su rostro y clavó la mirada en la expresión perdida y taciturna de su hermano. Al verlo así, decidió descubrir lo que le sucedía, sabiendo que algo parecía atormentarlo.

—Darrel, te noto distraído, ¿estás bien? —preguntó Liam cauteloso mientras se servía otro vaso de agua.

Darrel, que hasta el momento había estado sumido en sus propios pensamientos, giró su rostro y se encontró con la mirada preocupada de su hermano.

—Sí, estoy bien —murmuró Darrel, pero su tono de voz no convenció a Liam.

—Por favor, Darrel, no intentes engañarme —expresó Liam molesto—, recuerda que soy el *sheriff*. ¿Qué está pasando? Puedes contarme lo que sea, sabes que siempre estaré aquí para ti —añadió con sinceridad.

Darrel se tomó un momento antes de hablar, con su mirada fija en el mantel de la mesa. Liam era la única persona que conocía la relación que había mantenido con Dakota, y sabía que podía confiar en él.

—Se trata de… ella. No puedo sacármela de la cabeza desde que regresó —confesó Darrel en voz baja, revelando la preocupación que lo había estado atormentando en los últimos días.

Liam asintió comprensivamente, su gesto mostraba empatía. Sabía por experiencia lo complicado que podían ser los sentimientos del pasado, especialmente cuando se entrelazaban con el presente de manera inesperada.

—Se cómo te sientes, Darrel, y lo sabes, yo pasé por algo parecido cuando Harper regresó a Serene Fall.

—Lo sé, Liam, nadie como tú puede entender cómo me siento en estos momentos. No es fácil volver a ver a alguien que fue importante en tu vida y que reaparece de repente —admitió Darrel, agradecido por la comprensión de Liam en aquellos momentos. Hablar de ello al menos aliviaba un poco el peso que sentía en el pecho—. Sí, puedo encontrarme con ella, comportarme educadamente e incluso sonreír en su presencia, pero el problema es que no puedo dejar de preguntarme si cometí un error al dejarla ir —confesó con su voz cargada de dudas y remordimientos.

La confesión de Darrel resonó en el aire, cargada de la angustia que había estado atormentando su mente. Liam pudo percibir la lucha interna de su hermano y se tomó un momento para responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Entiendo tu dilema, pero recuerda que las decisiones que tomaste en el pasado no definen quién eres ahora. Quizás te sería de utilidad hablar con Dakota sobre todo esto —sugirió Liam con cierta cautela—. Puede que encuentres las respuestas que estás buscando o al menos claridad en tus sentimientos.

Darrel asintió, considerando la sugerencia de Liam.

—Sí, tal vez sea hora de tener esa conversación —respondió Darrel, sintiendo un pequeño destello de esperanza en su corazón.

—Y recuerda, independientemente de cómo resulte todo esto, siempre estaré aquí para ti —dijo Liam con una sonrisa reconfortante que pretendía brindarle el aliento que Darrel parecía necesitar.

—Gracias, Liam. Tus palabras significan mucho para mí —dijo Darrel con emoción, apreciando sinceramente el apoyo de su hermano—. Intentaré hablar con Dakota lo antes posible.

—Eso espero, hermanito —replicó el *sheriff* con una leve sonrisa de reafirmación.

Justo en ese momento, el sonido de pasos interrumpió su conversación. Harper entró en la cocina y caminó hasta la mesa con una expresión curiosa al descubrir la intensidad en el rostro de Liam. Conocía bien a su esposo y sabía cuándo algo lo emocionaba.

—¿De qué estabais hablando vosotros dos? —preguntó Harper, arqueando una ceja mientras intercalaba su mirada entre uno y otro hermano.

Darrel y Liam intercambiaron una mirada rápida, y Liam respondió con una sonrisa juguetona.

—Oh, solo estábamos recordando viejas anécdotas de la infancia, ¿verdad, Darrel? —sugirió Liam, guiñándole un ojo a su hermano, buscando su complicidad.

Darrel asintió, siguiendo el juego de Liam.

—Sí, exactamente. Solo algunas tonterías de cuando éramos niños —confirmó Darrel, tratando de mantener el tono ligero de la conversación.

Harper pareció satisfecha con la respuesta y se unió a la conversación con entusiasmo, compartiendo algunas de sus propias anécdotas. Pronto, el ambiente se llenó de risas y bromas, y la tensión anterior se desvaneció en la atmósfera cálida y acogedora de la cocina.

***

Rancho Bale,
al día siguiente

Bajo el cálido sol del mediodía, Zachary y su hermano Michael trabajaban codo a codo con el ganado. El polvo se alzaba con el paso de los animales, creando una atmósfera cargada de ruido y movimiento. Los hermanos se movían con destreza entre las vacas, guiándolas a través de los vastos prados en busca de zonas con nuevo alimento, ya que llevaban varios días pastando en aquel lugar.

Después de una mañana de arduo trabajo, Zachary y Michael decidieron tomarse un merecido descanso. Se reunieron bajo la sombra de un viejo roble, dejando que el fresco viento

de la pradera los refrescara mientras disfrutaban del almuerzo que su madre había preparado para ellos. El aroma de la tierra recién removida y el ganado impregnaba el aire, recordándoles su profunda conexión con la tierra.

Sentados con la espalda apoyada contra el tronco del árbol, los hermanos compartieron una botella de agua fría mientras dejaban que el silencio reconfortante del campo los envolviera. Zachary miró a su hermano con una expresión seria, como si tuviera algo importante en mente.

—Michael, necesito hablar contigo sobre algo que escuché el otro día en el pueblo —comenzó Zachary, su tono sonó grave y cargado de seriedad.

—¿De qué se trata? —preguntó Michael arqueando una ceja. Sabía que su hermano no era muy dado a los chismes del pueblo.

—He oído que Addison y Dakota están considerando vender el rancho de su padre —confesó, observando la reacción de su hermano atentamente.

Michael quedó sin palabras por un momento, sorprendido por la noticia.

—¿Addison y Dakota van a vender el rancho? —inquirió con su voz cargada de incredulidad—. Addie no me ha dicho nada.

—Pues sí, así es —confirmó Zachary, observando la expresión de sorpresa en el rostro de su hermano—. Y he estado pensando… en comprarlo.

Michael arqueó una ceja, sorprendido por la revelación de su hermano.

—¿Comprarlo tú? ¿Por qué? —preguntó Michael con curiosidad.

Zachary suspiró, buscando las palabras adecuadas para explicar su decisión.

—Verás, llevo años ahorrando, con la ilusión de tener mi propio rancho.

—Pero ¿y papá, y yo? —preguntó Michael algo consternado—. Creía que siempre llevaríamos el rancho Bale juntos.

—Lo siento, Michael, no pretendo decepcionarte —confesó Zachary, sintiéndose culpable al ver la expresión triste en su rostro—, es solo que me gustaría tener mi propio rancho y hacerlo prosperar. Y por eso el rancho Parker es el ideal, seremos vecinos —añadió con la intención de convencer a su hermano de lo positivo de su plan.

—Bueno, supongo que no me queda más remedio que aceptarlo —dijo Michael tras varios minutos de reflexión.

—Gracias —replicó Zachary, emocionado por la aceptación de su hermano para seguir su propio camino.

—Y ya sabes, puedes contar conmigo para lo que necesites —añadió Michael, mostrando su disposición para ayudar.

—Pues precisamente por eso he sacado el tema —confesó Zachary con cierta cautela—. Necesito que me ayudes en algo.

—¿En qué? —preguntó Michael, sorprendido por la solicitud de su hermano.

—Bueno —comenzó Zachary tímidamente—. He pensado que, como siempre te has llevado muy bien con Addison, quizás puedas obtener más información sobre la venta. Tal vez puedas averiguar si están considerando otras ofertas o si hay algo que pueda hacer para convencerla de que me venda a mí —sugirió Zachary con esperanza, recordando su infructuoso intento del día anterior, cuando había ido a cambiarle el grifo de la pila a Addison con la intención de sacar el tema de su interés por el rancho.

Michael no pudo evitar que sus labios se curvaran maliciosamente antes de expresar lo que pensaba.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad piensas que porque yo me lleve bien con Addison pasará

por alto los años que lleváis siendo enemigos? —preguntó Michael con humor latente en su voz.

Zachary no pudo evitar fruncir el ceño al escucharlo, aunque tenía que reconocer que tenía razón. Había olvidado cómo o por qué empezó aquel tira y afloja con Addison Parker, que parecía haber durado toda una vida, pero eso no quería decir que no se pudieran poner de acuerdo en los negocios.

—¿Vas a ayudarme o no? —replicó Zachary con más brusquedad de la pretendida.

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de Michael al descubrir el tono hosco en la voz de su hermano.

—Por supuesto que intentaré ayudarte. Mañana sin falta iré a hablar con Addison para ver qué puedo hacer —contestó Michael.

—Gracias, si lo consigues, puedes pedirme lo que quieras —añadió Zachary emocionado.

—Aún no me des las gracias —replicó Michael mientras recogía los restos de su almuerzo y se levantaba del suelo—. Addison es difícil de tratar.

—Bueno, tú tienes mucha mano con ella —replicó Zachary con cierto tono sarcástico, lo que hizo que Michael girara bruscamente hacia su hermano, quien lo seguía de cerca camino a donde pastaban sus caballos.

—¿Estás insinuando algo? —preguntó molesto.

—No, pero siempre he tenido curiosidad. ¿Hubo algo entre vosotros en algún momento? —preguntó, arrepintiéndose al instante.

Los ojos de Michael se abrieron al máximo.

—Me ofende que digas eso —respondió Michael con voz molesta—. ¿Por qué aún hay gente en el mundo que no entiende que puede haber amistad entre hombres y mujeres? —cuestionó frustrado.

—¿Entonces es un no? —insistió Zachary.

—Un rotundo no —respondió Michael.

Zachary asintió, aliviado por la respuesta de Michael. Durante un breve momento, un silencio incómodo se instaló entre los dos mientras continuaban su camino hacia donde pastaban los caballos.

—Lo siento, Michael —dijo Zachary rompiendo el silencio que se había instaurado entre ellos—. No quería incomodarte. Solo era curiosidad, solo eso —confesó.

—Está bien, Zach. Supongo que es natural. Pero entre Addison y yo nunca ha habido nada, siempre ha sido una relación de amistad. Nada más.

Zachary asintió en silencio, comprendiendo la postura de su hermano. Y finalmente ambos se subieron a sus monturas y se dirigieron hacia el ganado, dispuestos a concluir con su tarea del día. El sonido de sus cascos golpeando suavemente el suelo y el suave murmullo del viento entre los árboles crearon una atmósfera de serenidad que envolvió a los dos hermanos.

A pesar de las preguntas incómodas y los malentendidos momentáneos, Zachary y Michael sabían que podían contar el uno con el otro. Su complicidad era un vínculo irrompible que superaba cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO 9

Rancho Parker,
al día siguiente

Addison despertó con una sonrisa radiante dibujada en sus labios. La ilusión se reflejaba en sus ojos mientras se sentaba sobre la cama con una renovada energía cuando descubrió que los primeros rayos del sol se filtraban a través de las cortinas de su dormitorio. El día anterior, una llamada inesperada de Dakota había sacudido la monótona rutina en la que había vivido los últimos días. En apenas unas horas, su hermana y su sobrina estarían en Serene Fall.

Incluso Lisa y Manson se habían animado a pasar unos días con ellas. Habían decidido llevar a Dakota y a la niña en su coche. La idea era evitar el agobio y las complicaciones de viajar en autobús con Selene. Además, la pareja aprovecharía para pasar un fin de semana rural, como estaba segura de que lo calificaría Lisa.

La inesperada visita prometía ser una experiencia memorable, colmada de momentos de diversión, risas y afecto que Addison anhelaba desesperadamente después de tanto tiempo en soledad. Sin embargo, la llegada de sus amigos también significaba preparar un par de habitaciones adicionales en el rancho. Sabía que podría haber utilizado el apartamento encima del taller de su padre, donde todo era nuevo y moderno, pero ese lugar le parecía frío y carente de encanto.

Tras desayunar y ponerse ropa de faena, Addison comenzó a mover el colchón de la cama que quería preparar para Lisa y Manson, cuando el sonido distante de un motor llamó su atención. Dejando a un lado su tarea, se acercó a la ventana y observó con curiosidad. Entre los árboles que rodeaban la casa, divisó el contorno familiar de un vehículo aproximándose por el camino polvoriento. Se trataba de la *pick-up* del rancho Bale, y no pudo evitar fruncir el ceño al pensar que podía tratarse del molesto Zachary Bale, pero una sonrisa se dibujó en sus labios al reconocer a Michael cuando este descendió del vehículo.

En un rápido movimiento se sacudió los *jeans* llenos de polvo y se peinó el cabello con los dedos antes de salir de la habitación y bajar por las escaleras con paso rápido y decidido. Al llegar al porche descubrió a Michael, que en dos zancadas llegó hasta ella.

—Michael, qué sorpresa —exclamó Addison con evidente entusiasmo—. ¿Qué te trae por aquí? —añadió con interés.

Michael le devolvió la sonrisa, extendiendo los brazos para abrazarla cuando ella estuvo a su lado.

—Addison, siempre es un placer visitarte, no necesito ninguna excusa para eso —respondió Michael divertido, su voz era cálida y familiar—. ¿Cómo has estado estos días? —preguntó interesado.

—Bien, aunque mejor ahora que tú estás aquí —respondió Addison divertida, antes de invitarlo a entrar en la casa—. Ven, tengo café caliente listo en la cocina. Podemos ponernos al día mientras tomamos una taza.

Addison condujo a Michael hasta la acogedora cocina, donde el aroma tentador del café recién hecho llenaba el aire. Se sentaron a la mesa, y degustaron en silencio los

primeros sorbos del oscuro brebaje.

—Entonces, ¿has venido solo a verme, o hay algo más? —preguntó Addison curiosa.

Michael tomó un sorbo del café, saboreando su aroma antes de responder.

—Bueno, en realidad vine a hablar contigo sobre algo… importante —confesó él con cierta cautela, sin saber muy bien cómo enfocar el asunto.

Addison frunció ligeramente el ceño, intrigada por la extraña expresión en el rostro de Michael.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? —inquirió, preocupada.

Michael asintió, pensando cuidadosamente en cómo abordar el tema.

—Bueno, la verdad es que me he enterado de que Dakota y tú vais a vender el rancho, ¿es cierto? —preguntó Michael, clavando su mirada en el rostro de su amiga para ver su reacción.

—Sí, lo es —respondió ella con cautela—. Pero ¿cómo te has enterado?

Siempre había sido celosa de su intimidad y estaba segura de no haber comentado nada sobre el asunto con nadie aparte de su hermana y Brooke, y confiaba en la amiga de Dakota.

—Eso es lo de menos —contestó Michael con un deje misterioso en su voz—. La cuestión es que conozco a alguien que podría estar interesado en comprarlo —dijo, manteniendo temporalmente en secreto la identidad de su hermano. Sabía que en cuanto saliera el nombre de Zachary, Addison se cerraría en banda antes de escuchar su propuesta.

Addison arqueó una ceja, intrigada por la misteriosa revelación de Michael. La idea de tener un posible comprador despertó su interés. Aquello podría acortar el tiempo que tendrían que pasar allí, y esa posibilidad la llenó de emoción.

—¿Alguien interesado en comprar el rancho? —repitió para cerciorarse de que así era, no quería hacerse ilusiones infundadas.

Michael asintió con un gesto de cabeza, evaluando cuidadosamente la reacción de Addison antes de continuar.

—Sí, un conocido mío está en busca de una propiedad como la tuya. Es alguien en quien confío, y sé que apreciará todo lo que este lugar tiene para ofrecer —explicó, eligiendo sus palabras con cautela para no revelar demasiado por el momento.

Addison reflexionó sobre las palabras de Michael, sintiendo una mezcla de emociones mientras consideraba la posibilidad de vender el rancho. Por un lado, la idea de deshacerse de aquel lugar le pesaba en el corazón, pero por otro, sabía que no había muchas más opciones si quería seguir con su vida en Dallas.

—Bueno, la verdad es que aún no está nada decidido —confesó Addison con sinceridad—. Es verdad que Dakota ha pedido asesoramiento a Brooke, pero aún no hemos tomado del todo la decisión.

—Comprendo —dijo Michael escuetamente.

—Pero no te preocupes, te prometo que en cuanto sepa lo que vamos a hacer con el rancho, serás el primero en saberlo —le prometió.

—Gracias, Addie —replicó Michael con una sonrisa sincera.

—No me des las gracias aún. Esto es una nimiedad comparado con lo que tengo preparado si no conseguimos vender el rancho y nos toca quedarnos aquí… —respondió Addison con un brillo juguetón en los ojos—. ¡Tengo un plan maestro para convertirnos en millonarias en una semana!

Michael arqueó una ceja, intrigado.

—¿En serio? Cuéntame más —dijo con una sonrisa cómplice.

—Bueno, ¿alguna vez has considerado la venta de huevos de gallina pintados a mano como arte moderno?

Ambos estallaron en sonoras carcajadas ante la absurda idea. Por un momento, olvidaron las preocupaciones y tensiones que los rodeaban, sumergiéndose en la pura alegría del momento compartido. Eran esos momentos de ligereza y camaradería lo que hacía que su amistad perdurara a pesar de la distancia y el tiempo.

***

Serene Fall,
última hora de la tarde

Addison salió del supermercado cargada con varias bolsas, había planeado abastecer la despensa antes de la inminente llegada de Dakota y sus invitados al día siguiente. La oscuridad del cielo contrastaba con las luces intermitentes de Serene Fall, que iluminaban las calles con un resplandor acogedor.

Mientras se encaminaba hacia su coche, algo captó su atención: una tenue luz proveniente del taller de su padre. Frunció el ceño, intrigada, y tras depositar las bolsas en el maletero, se dirigió cautelosamente hacia allí. A esa hora, se suponía que el taller debía estar cerrado.

Cruzó la calle, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho, con una combinación de intriga y nerviosismo recorriendo su ser. Al llegar frente a la puerta, se detuvo y escuchó atentamente.

El murmullo de voces y el tintineo de herramientas metálicas llenaban el aire, confirmando que había actividad en el interior. Addison frunció el ceño, preguntándose quién podría estar trabajando en el taller a esas horas de la noche.

Con pasos silenciosos, se aproximó a la puerta y espió en su interior. La escena que se desplegó ante sus ojos la dejó atónita: tres hombres trabajaban frenéticamente en un coche en el centro del taller. Ninguno de ellos era empleado, algo que Addison había corroborado en esos días. Pero lo que realmente la dejó helada fue descubrir que quien parecía dirigir la operación era Patrick Richmond, el encargado del taller. Aquello no presagiaba nada bueno.

Los hombres estaban ocupados desmantelando un vehículo de alta gama con habilidad, desprendiendo piezas y componentes con una eficiencia que denotaba experiencia en ese tipo de actividades. Addison tragó saliva, consciente de que había descubierto algo muy comprometedor.

Mientras luchaba por procesar la escena, un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de que estaba sola frente a esos hombres, claramente involucrados en actividades ilegales. Justo en ese momento, Patrick se dio cuenta de su presencia y se acercó a ella con una mirada desafiante en los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Addison? —preguntó Patrick, con su voz cargada de hostilidad mientras daba un paso hacia delante, acorralándola contra la pared cercana.

Addison se enderezó con determinación, enfrentando la mirada desafiante de Patrick. No era ninguna cobarde, y no pensaba amilanarse ante él, aunque por dentro estaba temblando como una hoja.

—Creo que esa pregunta debería hacerla yo, ¿no crees? —replicó Addison con valentía

—. ¿Se puede saber qué está pasando en el taller de mi padre? —añadió con un tono lleno de frialdad y desconfianza.

Patrick la miró con intensidad, su expresión mostraba la tensión creciente que estaba surgiendo entre ellos.

—Será mejor que olvides lo que has visto y te marches —le aconsejó Patrick con tono amenazante—. Al señor Peter Morgan no le gusta que se metan en sus asuntos.

La mención de aquel nombre, más el tono de Patrick, envió escalofríos por la espalda de Addison, pero su determinación no vaciló.

—No me iré hasta que me des una explicación —respondió Addison con firmeza, manteniendo la mirada fija en los ojos de Patrick.

El encargado del taller la miró con intensidad, su expresión se mostraba endurecida por la tensión creciente entre ellos. Antes de que pudiera responder, una sombra familiar apareció en la entrada.

—¿Hay algún problema? —intervino una voz masculina que sorprendió a ambos.

Addison se giró hacia Zachary con una mezcla de alivio y frustración. Estaba agradecida por su presencia, pero al mismo tiempo le molestaba su intervención porque le restaba autoridad ante Patrick. No era una jovencita desvalida, sabía cuidarse sola y no necesitaba la protección de ningún hombre.

—Sí, todo está bajo control —respondió Addison, tratando de mantener la calma.

Patrick, por su parte, parecía incómodo ante la presencia de Zachary. Sus ojos se estrecharon con desconfianza, pero no dijo nada mientras retrocedía ligeramente, cambiando su actitud desafiante por una más cautelosa.

—¿Estás bien? —preguntó Zachary con evidente preocupación, pero sin apartar la mirada del rostro de Patrick.

—Sí, gracias—respondió Addison con cierto esfuerzo.

—¿Seguro? —insistió Zachary.

—Sí, todo está bien. Vamos, será mejor que nos vayamos, mañana hablaremos —dijo dirigiendo una mirada molesta a Patrick.

—Claro, jefa —replicó Patrick más relajado.

Patrick fue testigo de cómo ambos se daban la vuelta y caminaban hacia la puerta, los vio alejarse con mirada fría, y solo apartó la mirada cuando la pareja salió del local.

Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos, Zachary rompió el silencio.

—¿Qué demonios estaba pasando allí dentro? —preguntó con tono serio y preocupado.

—Nada que te incumba —replicó Addison con tono hosco mientras caminaba con paso enérgico en dirección a su coche.

—De nada —replicó Zachary con tono sarcástico.

Al escuchar sus palabras, Addison se paró en seco y se giró para enfrentarse a él, y Zachary estuvo a punto de llevársela por delante.

—¿Nunca te han dicho que te metas en tus asuntos? —preguntó Addison, evidentemente molesta.

Zachary se detuvo, mirándola con una mezcla de sorpresa y frustración. Sabía que aquella mujer podía ser terca como una mula. La tensión entre ambos era palpable mientras continuaban batiéndose en un duelo visual. Addison estaba furiosa por la intervención de Zachary, pero una parte de ella también se sentía intrigada por su preocupación.

—Lo siento, no era mi intención inmiscuirme —dijo Zachary, su tono era una mezcla de arrepentimiento y determinación—. Pero me preocupa lo que pueda estar pasando en el taller. No quiero sentirme culpable si algo te sucede.

—Oh, qué noble de tu parte preocuparte por mí —dijo Addison con tono cáustico, sus ojos centelleaban con desafío—. Pero no necesito tu protección, puedo cuidarme sola.

—No se trata de protección. Se trata de que... —comenzó, pero de pronto pareció olvidar lo que iba a decir, perdido en la contemplación del rostro femenino como si lo estuviera viendo por primera vez. En aquel instante descubrió cada matiz de su expresión y la profundidad de sus ojos azules, que se volvieron hipnóticos.

Ambos se quedaron inmóviles, atrapados en un silencio cargado de electricidad. El aire entre ellos vibraba con una intensidad palpable. Cada mirada, cada gesto, parecía contener una conexión más profunda de la que ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir. Era como si estuvieran atrapados en un universo propio, donde solo existían ellos dos y la tensión ardiente que fluía entre sus cuerpos.

Y de repente aquel momento de descubrimiento mutuo fue interrumpido por un ruido repentino que resonó en un callejón cercano, del que poco después salió un gato callejero.

—Bueno, creo que es mejor que me vaya —rompió el momento Addison, confusa por cómo se había sentido cuando sus ojos se habían enredado con los de Zachary. Había notado una tensión sexual recorrer su cuerpo, pero era una completa locura, y más teniendo en cuenta que se trataba del mismísimo Zachary Bale.

—Sí, yo también. Adiós —replicó Zachary, que parecía tan confuso como ella.

Después de intercambiar unas últimas miradas cargadas de tensión, Addison y Zachary se separaron, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Mientras Addison se alejaba hacia su coche, no podía evitar sentir el pulso acelerado y la mente revuelta por la intensidad del momento que acababa de vivir.

Por otro lado, Zachary se quedó de pie en el mismo lugar, observando cómo ella se iba. Su mente bullía con una mezcla de confusión, atracción y preocupación. Acaba de descubrir que había algo más entre ellos que la mera rivalidad, pero ¿qué significaba eso para su complicada relación?

CAPÍTULO 10

Rancho Parker,
unos días después

La tarde descendía sobre el Rancho Parker, tejiendo tonos dorados en el horizonte y adornando el cielo con pinceladas de naranja y rosa. Addison, con una impaciencia contenida, aguardaba la llegada de sus amigos y su hermana, junto con la pequeña Selena.

Perfeccionaba los últimos detalles cuando el sonido de un motor en la distancia la hizo enderezarse y salir al porche. No tardó en divisar el coche que se acercaba por el camino de tierra, levantando una nube de polvo a su paso. Addison esbozó una sonrisa al reconocer el coche de Manson y bajó los dos escalones del porche para aproximarse. Cuando todos estuvieron fuera del vehículo, Addison saludó brevemente a Dakota, Lisa y Manson antes de fijar su mirada en la pequeña Selena, de año y medio, con sus grandes ojos curiosos y una sonrisa traviesa en los labios al ver a su tía Addison.

—¡Addie, Addie! —exclamó Selena con su lengua de trapo, extendiendo los brazos hacia su tía con alegría.

—Parece que alguien está emocionada de verte —dijo Dakota con una sonrisa cómplice mientras Selena se acercaba a su tía.

Addison se arrodilló para recibir a la pequeña en un abrazo apretado, con su corazón lleno de alegría al tener a su pequeña sobrina en sus brazos.

—¡Hola, cariño! ¡Te he extrañado tanto! —confesó Addison, acariciando suavemente la cabeza de Selena mientras esta reía con inocente alegría.

Dakota y los demás se acercaron, y juntos, entraron en la casa.

Addison disfrutó encargándose de su sobrina durante toda la tarde y se sintió algo contrariada cuando Dakota finalmente acostó a la pequeña.

Durante la cena, entre risas y charlas animadas, los adultos disfrutaron de la velada en la acogedora cocina del rancho. Con los platos vacíos y el aroma de la comida aun flotando en el aire, Addison aprovechó un momento de tranquilidad para abordar el tema que la había estado inquietando los últimos días, aunque no se trataba del asunto del taller. Prefería ocultar ese tema a su hermana, al menos por el momento. No quería ponerla en peligro si no era necesario.

—Dakota, hay algo que necesito comentarte —dijo Addison en tono serio, captando la atención de su hermana.

—¿Qué sucede? —preguntó Dakota, poniéndose en alerta.

—Nada malo —la tranquilizó Addison—. Verás, resulta que un amigo de Michael podría estar interesado en comprar el rancho.

Dakota frunció el ceño, sorprendida por la revelación.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó sorprendida, sin saber si sentirse aliviada a apenada ante la idea de tener que abandonar el rancho donde ambas se habían criado.

—Sí, lo mencionó durante una conversación que tuvimos hace unos días. Parece ser que su amigo estaba bastante decidido al respecto —respondió Addison, preocupada por la posible reacción de su hermana.

Dakota reflexionó en silencio por un momento antes de responder.

—Bueno, no voy a negar que me entristece —confesó Dakota—. Pero estaba claro que tarde o temprano tendríamos que tomar la decisión.

—Sí, es verdad. Pero no tenemos que decidirlo ya, aún tenemos que aceptar la herencia y ver qué nos ofrece ese hombre —replicó Addison.

Después de la conversación sobre la posible venta del rancho, el ambiente se relajó y la charla tomó un giro hacia temas más ligeros y agradables. Addison, buscando un poco de diversión, se interesó por los cotilleos de la comunidad de vecinos y pronto Lisa y Manson compartieron las últimas anécdotas.

Resulta que la señora Bree, conocida por su despiste, había confundido la hora y pensaba que era el momento de sacar la basura cuando en realidad era plena tarde. Los vecinos no podían contener la risa al verla en su bata de baño, con un gorro de plástico adornado con patitos de color amarillo, arrastrando el cubo de basura por la calle mientras saludaba efusivamente a todos los transeúntes que pasaban por allí. La escena fue tan cómica que incluso los más serios tuvieron dificultades para contener la risa al recordarla.

—Bueno, será mejor que dejemos a la pobre señora Bree —rogó Lisa, dispuesta a cambiar de tema—. Addison, cuéntanos qué has hecho todos estos días tan solita. ¿Has tenido algún reencuentro emocionante con algún viejo amor? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Addison arqueó una ceja, entre divertida y sorprendida por la pregunta.

—Nada de eso, Lisa. Solo he estado ocupada con el rancho y… otras cosas —respondió sin dar demasiados detalles. Sin embargo, en su mente se presentó el rostro atractivo y serio de Zachary Bale, y un escalofrío recorrió su piel al recordar su último encuentro junto al taller.

—¡Vamos, Addison, no nos dejes con la intriga! —insistió Lisa entre risas—. ¿Quién te ha tenido tan ocupada? —añadió traviesamente.

—¡Oh, por Dios! No digáis tonterías —expresó Addison incómoda—. Ya sabéis que no me interesan los hombres —afirmó rotunda.

—Vamos, Addie, no puedes seguir rehuyendo el amor. Estoy segura de que tu media naranja está ahí fuera esperándote, pero si te escondes, nunca la encontrarás.

La mirada de Addison se desvió hacia la ventana, donde las sombras de la noche comenzaban a extenderse lentamente sobre el paisaje. A través del cristal, podía vislumbrar la oscuridad que envolvía el exterior, contrastando con la cálida luz que iluminaba la cocina.

—Tal vez tengas razón, pero por ahora, me siento bastante satisfecha con mi vida tal como está —respondió Addison finalmente, su tono reflejaba resignación.

Lisa le dedicó una sonrisa comprensiva y alargó su mano para darle un apretón reconfortante en el hombro.

—Te entiendo, cielo. Pero no olvides nunca que el amor puede llegar cuando menos lo esperas, y a veces es necesario abrirle la puerta cuando toca —aconsejó Lisa con sabiduría.

Addison asintió con gratitud, reconociendo las palabras de su amiga. Sin embargo, en su interior, aún no se sentía preparada para abrir su corazón. Desde la muerte de su madre, siendo aún una niña, había sido educada para no mostrar emociones, y esta vieja costumbre estaba profundamente arraigada en su corazón. Aparte de su hermana, su sobrina y sus pocos amigos, había pocas personas más que realmente le importaran.

Después de esa conversación, el ambiente se tornó más distendido. Manson cambió de tema y comenzó a contar anécdotas sobre su última excursión de pesca, arrancando risas en la mesa. Lisa se unió con entusiasmo, agregando detalles coloridos y gestos exagerados que hicieron que la historia fuera aún más entretenida.

Addison sonrió, disfrutando del momento compartido con sus amigos y dejando momentáneamente de lado las preocupaciones que la habían estado rondando últimamente. Por un instante, el rancho Parker se llenó de risas y camaradería, y todos se dejaron llevar por la calidez del momento.

Sin embargo, en un rincón de su mente, seguía latente la preocupación por lo que estaba sucediendo en el taller y la incertidumbre sobre el futuro del rancho. Aunque intentaba no pensar en ello, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar esas preocupaciones y tomar decisiones difíciles.

***

Serene Fall,
esa misma noche

En el Bar Bluebonnett, el bullicio de las conversaciones y el tintineo de los vasos llenaban el aire, creando una atmósfera de camaradería que envolvía a Zachary mientras ocupaba un taburete frente a la barra, sosteniendo una cerveza entre sus dedos. La tenue luz del local delineaba su perfil, destacando los gestos que acompañaban sus palabras mientras charlaba animadamente con su amigo Colt Duncan.

El ambiente era acogedor, con la música de fondo añadiendo una suave melodía a la conversación. Zachary y Colt parecían absortos en su propia burbuja, compartiendo risas y anécdotas entre tragos de cerveza. La atmósfera del bar estaba impregnada de una sensación reconfortante, como si el tiempo se ralentizara dentro de sus paredes, permitiendo que los problemas del día se desvanecieran por un momento en la compañía de buenos amigos y una bebida fría.

Zachary tomó un sorbo de su cerveza y luego miró a Colt con una ceja levantada.

—¿Has oído hablar de las vacas que compró el señor Henderson?

Colt frunció el ceño, pensando por un momento.

—Sí, creo que sí. ¿Por qué lo preguntas?

Zachary sonrió, encogiéndose de hombros.

—Solo me llamó la atención. He oído que son de una raza nueva y bastante rara. Parece que está tratando de diversificar su ganado.

—Eso es interesante —asintió Colt con atención —. Tal vez esté buscando mejorar la calidad o probar algo nuevo.

Zachary asintió, reflexionando sobre la idea.

—Sí, podría ser. Me pregunto cómo le irá con esas nuevas vacas.

Colt se encogió de hombros, con una sonrisa.

—Solo el tiempo lo dirá, ¿verdad? De todos modos, es bueno ver a alguien tratando de innovar en la zona.

Con eso, los dos amigos continuaron su conversación sobre las vacas de los Henderson, compartiendo opiniones y especulando sobre el futuro de la granja vecina. Era una charla tranquila y amena, típica de los encuentros en el Bar Bluebonnett entre dos amigos que disfrutaban de la compañía y de compartir una buena charla.

Justo en ese momento, la puerta del Bar Bluebonnett se abrió y entró Patrick Richmond. Zachary frunció el ceño y maldijo en voz baja, con su atención fija en el recién llegado.

Colt, al notar el cambio en la expresión de Zachary, arqueó una ceja con curiosidad mientras seguía la mirada de su amigo hacia Patrick, el encargado del taller mecánico del pueblo.

—¿Cuál es tu problema con ese tipo, Zach? —preguntó Colt, intrigado por la reacción de su amigo.

Zachary suspiró, frunciendo el ceño con disgusto.

—No me gusta cómo trata a Addison Parker —admitió con esfuerzo.

La incredulidad se reflejó en el rostro de Colt al escuchar la confesión de Zachary. Conocía la animadversión entre su amigo y Addison, que era legendaria, y no comprendía por qué Zachary parecía tan enfadado por un asunto que, teóricamente, no le incumbía.

—¿En serio? Pero pensé que no la soportabas —comentó, desconcertado por la revelación de su amigo.

Zachary asintió con pesar, como si estuviera resignado a admitirlo.

—Lo sé, lo sé, pero… —Sus palabras se detuvieron, y parecía luchar por encontrar la manera de explicarse.

Colt esperó con paciencia, observando a su amigo con curiosidad mientras intentaba entender el cambio repentino en su actitud hacia Addison.

Finalmente, Zachary suspiró y continuó.

—No sé cómo explicarlo, Colt. Es solo que… desde que Addison ha regresado he notado algunas cosas…

Colt frunció el ceño, confundido, pero luego sus ojos se achicaron con sospecha mientras clavaba su mirada en las mejillas sonrojadas de su amigo.

—¡No me fastidies! —exclamó de repente—. ¿Te gusta Addison? —preguntó Colt incrédulo.

—Anda, deja de beber o de decir tonterías —replicó Zachary indignado—. Solo es que no quiero que mi hermano se meta en problemas si ella tiene líos con Patrick Richmond —se excusó.

Colt mantuvo su mirada fija en Zachary por un momento más, evaluando sus palabras con escepticismo. Sin embargo, al ver la expresión molesta en el rostro de su amigo, decidió dejar el tema por el momento.

—Está bien, Zach, como quieras —dijo Colt finalmente.

Zachary suspiró aliviado. Sabía que no podría ocultar mucho tiempo cómo se sentía, al menos no a su amigo más cercano, pero hasta no estar seguro de lo que realmente le sucedía con Addison, no pensaba decir nada.

CAPÍTULO 11

Rancho Bale,
al día siguiente

El sol descendía en el horizonte, tiñendo de rojo el atardecer, mientras Zachary se encontraba de pie frente al motor del tractor, con las manos manchadas de grasa y la frente perlada de sudor. Había estado trabajando en el motor durante horas, pero parecía que cada intento por arreglarlo solo empeoraba las cosas.

Frustrado y enfadado, lanzó la llave inglesa con un gesto brusco, viendo cómo rebotaba contra la pared y caía al suelo con un sonido sordo mientras dejaba escapar un gruñido de frustración.

En ese preciso momento, Michael apareció en el umbral y su mirada se posó de inmediato en su hermano. Una expresión de preocupación cruzó su rostro al descubrir su gesto contrariado.

—Zachary, ¿estás bien? —preguntó, avanzando con cautela hacia él, sin querer molestarlo, pero preocupado por su bienestar.

Zachary lo miró, sorprendido por su aparición.

—No puedo arreglar este maldito motor —confesó finalmente con voz áspera y su tono cargado de desaliento—. No importa cuánto lo intente.

Michael se acercó y observó el motor mientras se rascaba la cabeza. Siempre intentaba echar una mano a su hermano en todo lo que podía, pero la mecánica escapaba a su conocimiento.

—Lo siento, hermano, pero en esto no te puedo ayudar —confesó sincero—. ¿Y si llamamos a Addison? —propuso de pronto—, quizás pueda echarnos una mano —añadió con optimismo.

Zachary frunció el ceño, negándose de inmediato a la sugerencia.

—No, no quiero que Addison se involucre en esto —respondió con vehemencia—. Puedo arreglarlo por mi cuenta.

Michael suspiró, comprendiendo la terquedad de su hermano, pero aun así preocupado por él. Tenía que encontrar la manera para que Zachary cediera, y de pronto una idea se formuló en su mente.

—Bueno, si llamamos a Addison no es solo por lo del motor —comenzó Michael mientras se apoyaba despreocupadamente contra una de las paredes de madera del granero—, es una manera de acercarte a ella y limar asperezas. Quizás así se plantee venderte el rancho.

—No sé si eso es buena idea —confesó Zachary.

—¿Y por qué no? —cuestionó Michael.

—Porque no quiero presionarla ni incomodarla más de lo necesario —respondió Zachary, aunque en realidad el motivo era otro. Después de lo sucedido entre ellos días antes, le turbaba más de lo que podía admitir encontrarse con ella. No era por miedo, sino por lo que le había hecho sentir.

—Entiendo tu preocupación —prosiguió Michael, ajeno a los pensamientos de su hermano—, pero no pierdes nada con intentarlo, ¿no? Recuerda que Addison es una

experimentada mecánica…

—Michael, te he dicho que no —afirmó Zachary tajante mientras cogía una nueva herramienta y se inclinaba sobre el motor.

Michael se sorprendió por la extraña reacción de Zachary, pero no era de las personas que se dieran por vencidas fácilmente. Se despidió escuetamente de su hermano y salió al exterior. Con resolución, buscó su móvil en su bolsillo y comenzó a teclear con dedos hábiles.

[Michael - 17:22]
Hola, Addison, te mando un SOS, te necesito con urgencia.
[Addison - 17:22]
Sí, dime. ¿Qué sucede?
[Michael - 17:26]
Verás, tengo un problema y creo que tú podrías ayudarme.
Addison - 17:27]
Claro, lo que necesites. Dime de qué se trata.
[Michael - 17:27]
Se ha estropeado el motor del tractor y lo necesitamos para mañana. ¿Podrías venir y echarle un ojo?
[Addison - 17:29]
Claro, lo que necesites, en veinte minutos estoy ahí.
[Michael - 17:29]
¡¡¡Perfecto!!! Te espero en el granero rojo.

Michael sonrió complacido mientras guardaba su teléfono en el bolsillo trasero de sus jeans y se dirigía hacia la pick-up del rancho con la intención de ir a visitar a Tricia y Lucien. No quería estar allí cuando su hermano se enterara de lo que acababa de hacer, porque sabía que intentaría agarrarle por el pescuezo.

Veinte minutos después, Addison llegó al rancho Bale, como había prometido. Se bajó de su coche y cogió una caja de herramientas de la parte trasera. Luego caminó con paso firme hasta el lugar indicado por Michael y entró en el interior. Pero todo su ímpetu se disipó como un terrón de azúcar en agua cuando descubrió que quien estaba trabajando en el motor no era Michael, sino su hermano. Dudó durante interminables minutos, y estaba a punto de huir cuando Zachary se giró con celeridad, como si hubiera intuido su presencia, y clavó sus ojos oscuros en ella.

—¿Qué haces tú aquí? —farfulló, evidentemente molesto.

—Eso me pregunto yo —confesó Addison, dudando sobre cómo proceder.

El aire entre ellos se cargó con una tensión palpable. Addison se mordió el labio inferior, tratando de ocultar la incomodidad que sentía al enfrentarse a Zachary.

—Michael me pidió que le ayudara con el tractor —respondió finalmente, buscando una excusa que justificara su presencia en aquel maldito granero. Mentalmente, anotó asesinar a Michael por aquella encerrona.

Zachary la observó con el ceño fruncido, como si estuviera evaluando cada palabra que salía de sus labios. Era evidente que la presencia de Addison lo había tomado por sorpresa y le incomodaba.

—Gracias, pero no necesitamos tu ayuda, puedo apañármelas perfectamente yo solo —respondió con brusquedad, volviendo su atención al motor del tractor y evitando cruzar miradas

con ella.

—Bien, si eso es lo que prefieres, será mejor que me marche—dijo ella molesta, dando media vuelta para salir del granero.

Zachary se giró abruptamente, observando cómo se alejaba con paso firme hacia la puerta. Alternó la mirada entre la espalda de la mujer y el motor del viejo tractor. Maldijo para sus adentros al percatarse de que estaba a punto de perder la ayuda que tanto necesitaba. Y sin pensarlo dos veces, corrió hacia ella antes de que abandonara el edificio.

Addison estaba a punto de alcanzar la puerta cuando una mano firme se posó en su brazo, deteniéndola en seco. Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada se giró con sorpresa para encontrarse con los ojos oscuros y penetrantes de Zachary, que parecían enfrentar una batalla.

—Espera —murmuró él, su voz sonó más suave de lo que Addison esperaba—. Tal vez… podrías echarle un vistazo al motor. No sería justo rechazar tu ayuda después de que has venido hasta aquí. Por favor —rogó, aunque no estaba acostumbrado a hacerlo.

Addison se quedó mirándolo durante un momento, sorprendida por la suavidad de su voz. Una mezcla de emociones revoloteaba en su interior: incertidumbre, confusión y una pizca de curiosidad. Por un lado, estaba tentada de darse la vuelta y dejar que Zachary se las arreglara solo, se lo merecía por su forma de tratarla. Pero, por otro lado, su conciencia no le permitía dejar tirados a la familia Bale, si en verdad necesitaban tanto el tractor.

Después de unos segundos de silencio tenso, Addison asintió lentamente.

—Está bien —respondió con cautela—, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Zachary sorprendido.

—Que no te entrometerás en mi trabajo —replicó Addison segura.

Zachary asintió con un gesto de su cabeza.

—Te lo prometo —afirmó, apartando la mano de su brazo y dándole espacio para trabajar.

Sin decir una palabra más, la joven se adentró en el granero y se acercó al motor del tractor. Sus manos expertas comenzaron a examinar los componentes con precisión, mientras él la observaba en silencio, sin apartar la mirada de ella.

El tiempo pasó velozmente a la vez que Addison se sumergía en su tarea, mostrando una habilidad sorprendente. Con meticulosidad, fue identificando los problemas y trazando un plan para abordarlos. Zachary, por su parte, permaneció a su lado, dispuesto a brindar cualquier ayuda que ella pudiera necesitar. A pesar de que al principio Addison había expresado su deseo de trabajar sola, pronto se encontró solicitando las herramientas que requería, y, para su sorpresa, Zachary se convirtió en un eficiente ayudante.

A medida que avanzaban en su labor, una extraña sensación de complicidad y entendimiento se fue desarrollando entre ellos, como si el desafío compartido hubiera tejido un vínculo especial entre ambos.

La tarde cedía paso a la noche cuando el motor del tractor cobró vida nuevamente, rugiendo con fuerza. Sin darse cuenta de lo que estaban haciendo, Addison y Zachary se abrazaron, dejándose llevar por la emoción del momento. Zachary giró sobre sí mismo, sosteniendo a Addison en sus brazos mientras ambos reían emocionados.

En un instante de pausa, Zachary se apartó ligeramente para contemplar el rostro sonrojado de Addison. Sus miradas se encontraron, como si estuvieran magnetizadas, y en ese momento, el mundo pareció detenerse a su alrededor.

La proximidad entre ellos se volvió más palpable, el aire vibraba con una tensión que ninguno de los dos podía ignorar. Entonces, sin previo aviso, sus labios se encontraron en un beso suave pero cargado de intensidad.

La unión de sus labios fue como la colisión de dos trenes, una mezcla de deseo contenido y anhelo que finalmente se liberaba. Sus lenguas se encontraron con una suavidad embriagadora, descubriéndose mutuamente en cada roce. En ese instante, el mundo exterior desapareció, dejando solo la sensación eléctrica que fluía entre ellos.

Fue un beso cargado de emociones reprimidas y pasión latente, como si estuvieran dejando escapar todo lo que habían mantenido oculto durante demasiado tiempo mientras las manos de Zachary comenzaron a recorrer su espalda por debajo de su camiseta, con la imperiosa necesidad de tocar su suave piel.

Pero justo en ese instante, cuando la pasión amenazaba con consumirlos por completo, una voz conocida interrumpió el momento mágico que estaban viviendo, dejándolos sin aliento.

—Zachary, Addison, la cena está lista —anunció Fiona, la madre de Zachary, desde la entrada del granero.

El beso se interrumpió abruptamente y ambos se separaron, sorprendidos por la inoportuna interrupción. Addison, con el corazón aun latiendo con fuerza, dio un par de pasos atrás.

—Gracias, señora Bale —dijo cuando Fiona llegó a su altura—, pero no puedo. Dakota y unos amigos de Dallas me están esperando en casa —dijo con voz temblorosa, tratando de recuperar la compostura.

—Es una lástima —dijo Fiona algo decepcionada—, pero otro día tienes que venir a cenar, como en los viejos tiempos —añadió nostálgica.

—Claro, señora Bale, será un placer —replicó Addison con una sonrisa mientras comenzaba a guardar las herramientas en su caja.

—Anda, Zachary, acompaña a Addison hasta el coche —replicó Fiona clavando una mirada molesta en su hijo, que parecía despistado.

—No es necesario —replicó ella apresuradamente, sintiendo la urgencia de alejarse de Zachary, quien la observaba con una mezcla de emociones que ella prefería no analizar en ese momento—. Puedo arreglármelas sola.

Con un último vistazo cargado de emociones encontradas, Addison se apresuró a salir del granero, dejando atrás a Zachary y su madre, junto con la intensidad del momento compartido. Mientras se alejaba, su mente estaba llena de pensamientos turbulentos y el recuerdo del beso que había compartido con Zachary, que parecía haberse grabado a fuego en su piel.

Mientras tanto, Zachary se dirigió a la casa con su madre. Durante el trayecto, Fiona notó el brillo peculiar en los ojos de su hijo y se preocupó por su bienestar.

—¿Va todo bien, hijo? —preguntó Fiona con curiosidad, detectando la extraña tensión en el rostro de él—. ¿Ha habido algún problema entre vosotros? —agregó con cierta sospecha, recordando la inusual actitud de la joven.

Zachary titubeó por un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas para responder. Finalmente, decidió optar por la evasión.

—No, mamá, todo está bien —respondió, intentando ocultar sus propias emociones bajo un tono casual.

CAPÍTULO 12

Serene Fall

Dakota paseaba por el pueblo con Selena en el carrito, disfrutando del cálido día en compañía de Lisa y Manson. Juntos exploraban los rincones más encantadores de la localidad, mientras los vecinos los saludaban amigablemente a su paso. Se dirigían hacia la acogedora cafetería Keller cuando Dakota vislumbró a la única persona que no quería encontrarse.

A varios metros de distancia, Darrel apareció ante ella, y Dakota rezó en silencio para que su camino se desviara.

—¿Pasa algo, Dakota? —preguntó Lisa, notando la tensión en el cuerpo de su amiga.

—Es él, viene hacia aquí —confesó Dakota con la voz entrecortada.

—¿El padre de Selena? —inquirió Manson.

—Sí —respondió Dakota lacónicamente.

Lisa estuvo a punto de decir algo, pero el hombre alto como una torre, vestido con pantalones chinos y una camisa azul, estaba demasiado cerca. Reconoció que era tremendamente atractivo, con su cabello oscuro y sus penetrantes ojos azules.

—Buenos días —saludó Darrel al llegar junto a ellos, mientras Dakota sentía cómo los nervios revoloteaban en su estómago al volver a verlo—. Dakota, qué sorpresa verte por aquí —exclamó, tratando de ocultar la agitación en su voz.

—Hola, Darrel. Sí, hemos decidido dar un paseo por el pueblo —respondió Dakota, luchando por mantener una conversación ligera.

Darrel echó un vistazo a Lisa y Manson antes de posar su mirada en Selena, quien jugueteaba en su carrito con un osito de peluche de color rosa.

—¿Y esta niña tan bonita? —preguntó Darrel con curiosidad.

Dakota sintió un nudo en el estómago al escuchar la pregunta, pero decidió responder con calma.

—Es Selena, la hija de Lisa y Manson —mintió.

—Ah, ¡qué adorable! —exclamó Darrel, inclinándose ligeramente hacia el carrito para observar a Selena más de cerca. Lisa y Manson intercambiaron una mirada rápida, notando la tensión en el aire mientras Dakota mantenía la compostura.

—Sí, es encantadora —respondió Lisa con una sonrisa forzada, tratando de disimular su incomodidad.

Mientras tanto, Dakota luchaba por mantener la calma ante la presencia de Darrel, sintiendo el peso de las emociones pasadas y la incertidumbre del presente.

—¿Y qué os parece nuestro pequeño pueblo? —preguntó Darrel incorporándose para prestar atención a Lisa y Manson.

—Es encantador —respondió Manson con cortesía, tratando de mantener la conversación en terreno neutral.

—Sí, muy bonito —afirmó Lisa—, ideal para pasear y relajarse.

Dakota permaneció en silencio, sintiendo la mirada de Darrel sobre ella. A pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura, las emociones revoloteaban dentro de ella como

mariposas atrapadas en una red.

Darrel asintió, agradecido por las alabanzas de la pareja hacia Serene Fall, pero luego su atención volvió a Dakota, la mujer que llevaba robándole el sueño las últimas noches.

—Bueno, no quiero interrumpir vuestro paseo. Dakota —dijo clavando su mirada en la joven con intensidad—, me preguntaba si podríamos quedar para tomar un café. Me gustaría hablar contigo.

Dakota sintió que un sudor frío recorría su piel, y le costó un mundo que su voz saliera de su garganta para responder.

—¿Hablar de qué? —preguntó con una voz que no reconoció como propia.

—Es un asunto privado —respondió Darrel con cierta cautela.

—Bueno, te llamaré cuando tenga un hueco —contestó Dakota evasivamente.

—Bien, pues esperaré esa llamada —dijo Darrel algo decepcionado—. Y encantado de conoceros —añadió, dedicando una sonrisa amable a Lisa y Manson, antes de despedirse y alejarse, acarició la cabecita de Selena y una sonrisa tierna se dibujó en sus labios.

Dakota suspiró aliviada cuando Darrel se alejó de ellos con paso firme, sin embargo, sabía que enfrentar el pasado no sería tan fácil como simplemente evitar encuentros casuales, y menos ahora que él había expresado su deseo de hablar con ella.

Lisa y Manson intercambiaron una mirada significativa después de que Darrel se alejara, como si estuvieran sopesando algo en silencio. Finalmente, Lisa tomó la iniciativa y se dirigió a Dakota con delicadeza.

—Cielo, ¿puedo darte un consejo? —preguntó cautelosa.

—Sí, claro —replicó Dakota, aún turbada por el encuentro.

—Creo que deberías contarle la verdad. Después de todo, es el padre de Selena —expresó con delicadeza.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó Dakota con espanto, su voz temblaba ligeramente por la emoción—. Aun no estoy preparada. Y tampoco sé cómo se lo va a tomar él cuando se entere que le he ocultado algo así —confesó con evidente carga de culpa.

Manson puso una mano tranquilizadora sobre el hombro de Dakota al notar su angustia.

—Lo entendemos, Dakota. Pero tarde o temprano, Darrel podría descubrir la verdad. Y sería mejor que viniera de ti que de otra persona —afirmó, mientras Dakota se mordía el labio, sintiendo el peso abrumador de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que Lisa y Manson tenían razón, pero el miedo a enfrentar las consecuencias de revelar la verdad la paralizaba.

—Lo sé, pero necesito un poco más de tiempo —murmuró, desviando la mirada hacia Selena, quien jugaba despreocupadamente en su carrito.

Lisa y Manson intercambiaron miradas comprensivas, reconociendo la lucha interna de Dakota. Sabían que esta decisión no era fácil para ella y que requeriría tiempo y valor.

—Por supuesto. Tómate el tiempo que necesites. Sabes que siempre estaremos aquí para apoyarte —dijo Lisa con gentileza, colocando una mano reconfortante sobre el brazo de su amiga.

—Gracias, os debo tanto —confesó Dakota con emoción.

—Oh, vamos, no te pongas sensiblera o me harás llorar —dijo Lisa con humor—. Además, estoy segura de que tú harías lo mismo por nosotros.

—Por supuesto que sí —afirmó Dakota rotunda.

Con esa resolución, los cuatro continuaron su paseo por las tranquilas calles de Serene Fall. El suave murmullo de las conversaciones a su alrededor, junto al tranquilo sonido de los

pájaros, los acompañó hasta la cafetería Keller.

***

Aquel lunes, el taller resonaba con el eco constante de herramientas y motores en funcionamiento. Addison irrumpió en su interior con determinación, su rostro mostraba la preocupación y decisión que la embargaban. Escudriñó el lugar hasta que avistó a Patrick Richmond, concentrado en su tarea junto a su banco de trabajo. Con paso resuelto, se aproximó a él y se detuvo a su lado.

—Patrick, a mi despacho —espetó con voz firme, sin dejar espacio para réplicas.

—¿Qué necesitas, Addison? —respondió él, sin alzar la mirada del motor sobre el que había estado trabajando desde temprano.

—Lo que tengo que decirte no es para oídos ajenos —replicó molesta, consciente de las miradas que se habían posado en ellos.

Patrick guardó silencio por un momento, frunciendo el ceño antes de hablar.

—Está bien —aceptó finalmente, dejando la herramienta sobre la mesa y limpiándose las manos con un trapo antes de seguir a Addison, quien avanzaba decidida hacia la pequeña oficina al fondo del taller.

Una vez dentro, con la puerta cerrada a sus espaldas, Patrick se apoyó despreocupadamente en la misma.

—¿De qué se trata? —preguntó, mirando fijamente a Addison.

—¿Realmente no lo sabes? —inquirió ella, arqueando una ceja, sin dejarse intimidar por su postura ni su mirada gélida.

—No —respondió Patrick, con una sonrisa socarrona.

—¿En serio? —La paciencia de Addison se desvanecía rápidamente—. Me refiero al otro día, cuando estuviste trabajando fuera del horario laboral y trayendo gente desconocida al taller. ¿Tienes algo que decir al respecto? —preguntó, directa.

Patrick frunció el ceño, evidentemente molesto.

—No es asunto tuyo —espetó, cruzándose de brazos.

—¿Cómo que no es asunto mío? —Avanzó un paso hacia él, elevando la barbilla para encontrarse con su mirada desafiante—. Tal vez lo sea si hablo con el *sheriff* —amenazó. Pero Patrick no pareció impresionado.

—Haz lo que quieras, pero te aconsejo que hables primero con Peter. Él es nuestro jefe, ¿recuerdas?

—¿Perdona? —La indignación de Addison era palpable—. La única jefa aquí soy yo, y estoy empezando a cansarme de tu actitud.

—Mira, tengo trabajo —replicó Patrick, acercándose al escritorio para garabatear algo en un papel—. Llama a Peter y deja de molestarme de una vez por todas —agregó antes de salir con paso firme por la puerta.

Addison se quedó mirando la puerta cerrada con frustración, sintiendo la adrenalina aun palpitando en sus venas. Finalmente, se sentó frente al escritorio y descubrió que la nota era un número de teléfono. Luego repasó mentalmente la conversación con Patrick. Sentía una mezcla de emociones: enojo por la actitud desafiante de Patrick, preocupación por lo que había estado haciendo fuera del horario laboral y una determinación renovada para enfrentar la situación de frente, aunque sabía que Peter Morgan era un hombre peligroso y que se iba a meter en un lío al

enfrentarse a él.

Zachary entró en el taller Parker con paso firme. Su mente era una mezcla de emociones y pensamientos tumultuosos. Se encontraba cansado y confuso desde el beso que había compartido con Addison, aunque no sabía bien si se debía a eso o a que apenas había pegado ojo desde la noche anterior.

La sensación de sus labios contra los suyos todavía estaba fresca en su memoria, y una oleada de calor se extendió por su cuerpo al recordarlo. Durante las horas de insomnio no había dejado de preguntarse lo que había significado ese beso para ella, si solo había sido un momento impulsivo o si había algo más profundo.

Al mismo tiempo, una sensación de nerviosismo se acumulaba en el fondo de su mente mientras se acercaba al despacho donde sabía que estaba Addison. La había visto llegar mientras estaba tomándose un café en la cafetería Keller, cuando la descubrió aparcando su coche frente al taller.

Con esos pensamientos en mente, Zachary se dirigió al fondo del local, donde un empleado le había indicado que encontraría a Addison. Abrió la puerta con ímpetu, preparado para enfrentarse cara a cara con la culpable de sus desvelos. Pero su intención inicial de enfrentarse a ella para hablar sobre lo que había sucedido entre ellos se desvaneció al ver el rostro preocupado de Addison.

—Addison, ¿estás bien? Tienes mala cara —preguntó Zachary, su tono sonó preocupado al notar la tensión en el ambiente.

Addison vaciló por un momento, sintiéndose atrapada entre la necesidad de desahogarse con alguien, y la certeza de que no podía contárselo a su hermana porque no quería meter en aquel asunto turbio a Dakota. Y cuando sus ojos se encontraron con los de Zachary, supo que podía confiar en él, aunque fuera la persona que quería mantener lo más lejos posible de su persona después del beso que habían compartido.

—Es una larga historia —explicó Addison, su voz cargada de seriedad.

—Y yo tengo tiempo —replicó Zachary mientras ocupaba una silla frente al escritorio—. Supongo que tiene que ver con lo que vimos la otra noche, ¿no es cierto? —preguntó directo.

Addison respiró hondo, decidida a confiar en Zachary y contarle la verdad. Le explicó lo que había ocurrido con Patrick y sus sospechas sobre actividades en el taller fuera del horario laboral. También decidió hablarle de Peter Morgan y la conversación que habían mantenido unas semanas antes.

—¿Y por qué hablar con Liam no es una opción? —expresó Zachary sus dudas.

Addison dudó mientras se frotaba la frente con los dedos inconscientemente, intentando apaciguar el dolor de cabeza que comenzaba a gestarse.

—Porque, por incomprensible que parezca —confesó con voz cargada de emoción—, no quiero enlodar el nombre de mi padre para siempre. Confío en poder arreglar la situación yo sola.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Zachary preocupado.

—Voy a citarme con ese hombre e intentaré llegar a un acuerdo.

Zachary escuchó atentamente las palabras de Addison, preocupado por la situación en la que se encontraba. Admiraba su determinación para resolver el problema por sí misma, pero no pensaba permitir que se pusiera en peligro.

—No creo que sea buena idea —confesó Zachary tras escuchar su plan.

Addison frunció el ceño, visiblemente molesta por su autoritarismo.

—Gracias por tu preocupación, Zachary, pero creo que puedo manejar este asunto a mi manera —respondió Addison con firmeza.

Zachary no se dejó intimidar por la actitud de Addison y persistió:

—Lo entiendo, pero dos cabezas piensan más que una —dijo Zachary, intentando evadir la negativa de Addison—. Podemos resolver esto juntos de manera más efectiva si trabajamos en equipo.

Addison lo miró con recelo, evaluando sus palabras. A pesar de su renuencia inicial, la idea de que Zachary la ayudara en aquel asunto resultaba de lo más tentadora.

—Está bien, ¿qué propones? —concedió finalmente.

—Ir juntos a esa reunión —afirmó Zachary rotundo.

—Está bien, pero me dejarás hablar a mí —replicó Addison.

—Claro, como quieras —aceptó Zachary, quien por nada del mundo quería hacer algo que hiciera que Addison lo dejara fuera de la ecuación.

CAPÍTULO 13

Serene Fall,
unos días después

Darrel estaba concentrado en un informe de urbanismo mientras los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas entreabiertas, iluminando su despacho con una suave luz dorada. En ese momento, su secretaria, Martha, una mujer de mediana edad con gafas y cabello recogido en un moño, entró con una bandeja en una mano y algunos documentos bajo el brazo.

—Aquí tiene su café, señor Mayers, y los informes de esta mañana —anunció, colocando la bandeja sobre el escritorio con cuidado.

Darrel asintió con un gesto de cabeza en señal de agradecimiento y tomó un sorbo del humeante líquido, dejando que el aroma fuerte y reconfortante lo envolviera.

—Gracias, Martha. ¿Hay alguna novedad importante esta mañana? —preguntó Darrel, su tono mostraba su interés por mantenerse al tanto de los asuntos de Serene Fall.

—Sí, señor alcalde. Parece que el proyecto de renovación del parque central ha recibido una gran aceptación entre los ciudadanos. También ha llegado una petición para aumentar la seguridad en la zona sur, junto al estacionamiento regulado de caravanas, al parecer están sucediendo actos de vandalismo en el lugar y los vecinos próximos están molestos —informó ella.

—Bien, asegúrate de programar una reunión con el comité de ciudadanos y con el jefe de policía para discutir este tema con detalle —instruyó Darrel mientras hacía unas anotaciones en un papel.

—Por supuesto, señor alcalde. Lo haré de inmediato —respondió Martha con diligencia antes de retirarse para llevar a cabo las tareas asignadas.

Cuando Darrel se quedó solo en su despacho, se dejó caer sobre el respaldo de su silla y se pellizcó el puente de la nariz, cerrando los ojos al mismo tiempo. Estaba más cansado de lo que podría admitir, y toda la culpa recaía en Dakota, quien se había colado en sus sueños las últimas noches.

El sonido de la puerta al abrirse rompió la tranquilidad del despacho, y Darrel levantó la mirada para descubrir a su hermano.

—Liam, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí? —preguntó Darrel cuando el aludido tomó asiento frente a él en una de las sillas.

—Bueno, venía a invitarte a cenar esta noche a casa. También vendrá mamá —confesó Liam con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Y no habría bastado con un mensaje de texto? —cuestionó Darrel, entrecerrando los ojos con sospecha—. Está bien, suéltalo —le exigió, sabiendo que en la cabeza de su hermano había algo más.

—¿Soltar el qué? —cuestionó Liam inocentemente, aunque sabía que ya era demasiado tarde para eso; su hermano lo había pillado.

—No te hagas el tonto, nos conocemos —replicó Darrel—. Sé que estás ocultando algo.

—Está bien, me has pillado —dijo Liam, colocando las manos en alto en señal de

rendición—. Verás… es sobre Harper y yo…

—¡Oh, vamos, Liam!, dilo de una vez por todas —le exigió Darrel, perdiendo la paciencia.

—Bueno, vamos a darle un hermanito a Abigail.

—¿De verdad? —exclamó Darrel confuso. Y sin saber muy bien por qué el rostro de la pequeña que unos días antes paseaba Dakota en un carrito se personó antes sus ojos, sonriéndole tierna y confiadamente.

—Pues claro, ¿crees que bromearía con algo así? —replicó Liam, fingiendo sentirse ofendido.

—Supongo que no —respondió Darrel.

—¿No te emociona? —preguntó Liam al ver la expresión triste de su hermano—. Esta vez es tu turno de ser el padrino —le recordó la promesa que le había hecho cuando nació Abby.

—Pues claro —dijo Darrel, pero la emoción no llegó a su voz.

—¿Estás bien? —preguntó Liam preocupado, notando por primera vez la mirada triste de su hermano y las ojeras bajo sus ojos.

Darrel forzó una sonrisa, tratando de ocultar sus preocupaciones bajo una capa de normalidad con la esperanza de engañar a su hermano.

—Sí, estoy bien. Solo un poco abrumado con los asuntos del ayuntamiento —respondió Darrel—. Y eso me recuerda que nos tenemos que reunir antes de que acabe la semana; Martha te avisará.

—Sí, sí, claro, pero ahora no quiero hablar de eso. Me preocupas —confesó Liam, clavando su mirada con intensidad en su rostro demacrado.

Darrel miró a su hermano, Liam, con una mezcla de pesar y anhelo en los ojos. Finalmente, decidió sincerarse; no tenía sentido seguir negando lo evidente. Respiró hondo antes de dejar salir las palabras que llevaba guardadas en lo más profundo de su corazón desde hacía demasiado tiempo, y que había intentado negar en los últimos tres años. Aunque había salido con otras mujeres en ese tiempo, ninguna había logrado llenar el vacío que esa mujer había dejado en su pecho.

—Es Dakota… desde que ha regresado no puedo dejar de pensar en ella —confesó Darrel, con su voz cargada de emoción.

—¿Y aún no has hablado con ella como te aconsejé? —preguntó Liam frunciendo el ceño con malestar.

—Lo he intentado, pero no parece muy receptiva.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —preguntó Liam directo.

—¿Y qué quieres que haga, que la secuestre o algo así? —preguntó Darrel molesto—. Te recuerdo que tú eres agente de la ley y deberías quitarme ese tipo de ideas de la cabeza —añadió ceñudo.

—Fuiste un tonto al dejarla escapar —dijo Liam sin importarle la mirada molesta que le dedicó su hermano —añadió.

—Lo hice por su bien, te recuerdo que tengo ocho años más que… —comenzó Darrel.

—Déjate de tonterías —le interrumpió Liam, quien conocía demasiado bien el argumento que su hermano solía esgrimir. Durante todo ese tiempo, Darrel se había escudado en la diferencia de edad existente entre él y Dakota—. Sí, os lleváis ocho años, pero eso no ha hecho que tu corazón deje de latir por ella, ¿verdad?

Darrel bajó la mirada, sintiéndose avergonzado por su propia indecisión y temores

pasados.

—Tienes razón, Liam. Sigo enamorado de ella, lo supe cuando la volví a ver. Pero agua pasada no mueve molinos —añadió Darrel con pesar.

—No te tenía por un cobarde, hermano —replicó Liam, sin preocuparse por herir los sentimientos de Darrel si eso lo llevaba a reaccionar—. Deberías aprovechar la oportunidad que te está ofreciendo la vida al poner a Dakota nuevamente en tu camino.

Darrel asintió lentamente, sintiendo cómo las palabras de su hermano resonaban en lo más profundo de su ser.

—Tienes razón. No puedo seguir evitando lo que siento por Dakota —declaró Darrel con determinación y una chispa de esperanza encendida en sus ojos—. No voy a esperar a que ella me llame, voy a ir a visitarla al rancho directamente.

Liam le ofreció una sonrisa de apoyo, reconociendo la valentía que se había manifestado en las palabras de su hermano.

—Así se habla —afirmó Liam con un gesto de complicidad.

Darrel asintió con gratitud, sintiendo cómo un peso se levantaba de sus hombros al tomar la decisión de seguir adelante con su decisión de luchar por Dakota, como no había hecho en el pasado.

***

Rancho Parker

El sol de la mañana esparcía tonos dorados por el paisaje del rancho, tiñendo el entorno con una cálida luminosidad. En el porche, Dakota se balanceaba suavemente en el columpio, el cual emitía un suave crujido cada vez que se movía. Cada vaivén parecía llevarla a un estado de serenidad, donde el tiempo se deslizaba con la misma calma que el balanceo del columpio.

Con Selena en sus brazos, Dakota se sentía completa. La mirada de la pequeña, con sus ojos cerrados y sus pestañas oscuras como delicadas mariposas posadas en sus mejillas, era un retrato de serenidad. Los rizos dorados de su cabello se agitaban suavemente con la brisa matutina, como si estuvieran bailando al compás de la melodía del viento. Los labios de Selena, formando una perfecta «o», parecían murmurar sueños dulces mientras dormía plácidamente.

El aroma fresco del campo llenaba el aire, mezclándose con el perfume de las flores silvestres. El suave susurro del viento entre los árboles creaban una sinfonía natural que envolvía el entorno en una atmósfera de paz y armonía.

Dakota se permitió perderse en ese momento de tranquilidad, dejando que el vaivén del columpio y la dulce compañía de Selena la llevaran a un estado de plenitud completa. En ese instante, todo lo demás se desvaneció, y solo existió la sensación reconfortante de estar en casa, rodeada del amor y la belleza del rancho que tanto había extrañado.

Dakota cerró los ojos por un instante, y sin quererlo, se dejó llevar por los recuerdos. De repente, se encontraba reviviendo su primera cita con Darrel. Él la había llevado a una cabaña cerca del lago, que al parecer había sido propiedad de su abuelo.

El bosque susurraba secretos mientras se adentraban en su espesura, y los rayos del sol se filtraban entre las hojas, creando destellos dorados que iluminaban el camino, como si estuvieran guiándolos hacia un destino emocionante pero desconocido. Y de repente, se encontraron frente a una pequeña cabaña construida con troncos de madera.

—Pues bien, ¿qué opinas? —preguntó Darrel, con emoción palpable en su voz.

—Parece un refugio acogedor —respondió Dakota, esbozando una sonrisa—. Aunque no estoy segura de qué haremos aquí.

—Pescar —dijo Darrel, señalando una pequeña barca amarrada en la orilla del lago, situado a pocos metros de donde se encontraban.

—¿Pescar? —cuestionó Dakota, sorprendida—. Nunca lo he hecho en toda mi vida —confesó.

—¿No te agrada la idea? —preguntó Darrel, mostrando la inseguridad en sus facciones, cosa poco habitual en él.

Una sonrisa tierna se dibujó en los labios de Dakota al notar sus dudas.

—Me encanta —dijo para darle el aliento que él parecía necesitar.

—Perfecto, entonces vamos a sacar las cosas del coche. Te prometo que este fin de semana será inolvidable —añadió Darrel con determinación.

Darrel y Dakota pasaron el día explorando el lago y compartiendo risas mientras intentaban pescar. Aunque Dakota no tenía experiencia en la pesca, Darrel se mostraba paciente y dedicado, enseñándole con paciencia los trucos que le había enseñado su abuelo cuando solo era un niño.

Al caer la tarde, mientras el sol se ocultaba en el horizonte, Darrel encendió una pequeña fogata cerca de la cabaña. El crepitar de las llamas y el calor reconfortante llenaron el ambiente, creando un aura de intimidad y complicidad entre ellos.

Sentados frente al fuego, compartieron historias, sueños y secretos, dejando que la magia del momento los envolviera. En la penumbra de la noche, las estrellas brillaban en el cielo oscuro como diamantes dispersos, y el susurro suave del viento entre los árboles parecía ser la banda sonora perfecta para aquel instante mágico.

Fue en ese momento, bajo el manto estrellado y el resplandor de la luna, que Darrel tomó la mano de Dakota con ternura, mirándola profundamente a los ojos.

—Dakota —susurró Darrel con voz rasgada por la emoción y el nerviosismo—. Desde que te vi por primera vez, supe que eras especial y única. Desde ese día no he podido dejar de pensar en ti, en cada momento que compartimos juntos, en cada sonrisa que ilumina mi día. Eres lo más hermoso que me ha pasado en mucho tiempo, y no quiero perderte —confesó con turbación.

El corazón de Dakota latía con fuerza en su pecho, sintiendo la intensidad de las palabras de Darrel. Cuando sus ojos se encontraron, sintió como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies.

—Darrel… —murmuró ella, con su voz apenas en un susurro—. Yo también siento lo mismo. Has llenado mi vida de alegría y amor desde el momento en que te conocí. No sé qué depara el futuro, pero quiero estar contigo, aquí y ahora.

La tensión entre ellos era palpable, como si el aire estuviera cargado de electricidad. Darrel acercó su rostro al de Dakota lentamente, acariciando sus mejillas con su cálido aliento. Dakota cerró los ojos, dejando que el calor del momento la envolviera por completo. Y entonces, sus labios se encontraron en un beso suave pero cargado de toda la pasión y el anhelo acumulado.

El mundo pareció detenerse por un instante mientras se entregaban al dulce sabor de aquel primer beso, uniendo sus corazones en un vínculo que trascendía las palabras. Cuando finalmente se separaron, quedaron mirándose el uno al otro, con una complicidad recién

descubierta en sus ojos.

El gorgoteo de la pequeña en sus brazos hizo que Dakota regresara al presente, rompiendo el hechizo de sus recuerdos. Descubrió el rostro somnoliento de Selena, que la miraba con sus ojos azules, iguales a los de su padre. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar que aquella pequeña era el fruto del amor que había compartido con Darrel, un amor que había quedado atrás, enterrado bajo capas de dolor y arrepentimiento. Un dolor lacerante atravesó su corazón al pensar en lo que podrían haber sido, en la familia que nunca llegarían a ser.

CAPÍTULO 14

Rancho Parker

Addison se sentó ante el antiguo escritorio de su padre, cuya madera gastada contaba historias de generaciones pasadas. Su mirada vagaba por las paredes forradas de madera, impregnadas de la nostalgia de tiempos antiguos. Sostenía el teléfono en la mano, perdida en sus pensamientos mientras la suave luz de la lámpara del escritorio arrojaba destellos de calidez sobre la habitación, envolviéndola en un aura serena y tranquila, que solo era interrumpida por el silencio que reinaba en la estancia.

Finalmente, decidió volver a la realidad y respiró hondo antes de marcar el número de Peter Morgan. El tono de marcado resonaba en el silencio del despacho, y Addison aguardaba con paciencia mientras la llamada se establecía.

Cuando la voz de Peter se escuchó al otro lado de la línea, Addison se enderezó en su silla, preparada para abordar el motivo de su llamada.

—Señor Morgan, buenas noches —saludó con cortesía—. Soy Addison Parker —se presentó con firmeza.

—Vaya, qué sorpresa —resonó la voz potente del hombre al otro lado de la línea—. Esperaba su llamada antes —confesó—, pero más vale tarde que nunca —añadió con evidente diversión—. ¿Qué puedo hacer por ti, preciosa?

El término «preciosa» hizo tensar la mandíbula de Addison, pero decidió contener su reacción y responder a la pregunta.

—¿Podríamos concertar una cita para discutir algunos asuntos importantes relacionados con el funcionamiento del taller?

—Por supuesto, cielo, estaré encantado. Patrick ya me ha mencionado que han surgido algunas discrepancias en los últimos días. Espero que no sean de mucha importancia.

Addison asintió, aunque Peter no podía verla a través del teléfono.

—Entiendo. ¿Qué le parece si nos encontramos mañana por la tarde en el taller? —propuso Addison, deseando resolver sus diferencias lo antes posible.

—Perfecto, pero preferiría que la reunión se llevara a cabo por la noche, sobre las nueve, soy un animal nocturno —confesó Peter con humor—. Espero que podamos aclarar cualquier malentendido y seguir adelante con nuestros negocios como hasta ahora —añadió con tono conciliador.

—Estupendo. Nos vemos mañana a las nueve en el taller. Gracias por su tiempo, señor Morgan —concluyó Addison, sintiendo cierto alivio al lograr fijar la cita.

—Hasta mañana, Addison. Que tenga una buena noche —despidió Peter, y con eso la llamada llegó a su fin.

—Ahora solo tengo que hablar con Zachary —dijo en voz alta sin percatarse.

—¿Qué tienes que hablar tú con Zachary Bale? —preguntó Dakota, que había entrado en ese momento en el despacho.

Addison maldijo su mala suerte. Quería mantener aquel asunto al margen de su hermana y no pensaba permitir que se involucrara. Su deseo era mantenerla fuera de peligro, tanto a ella

como a Selena.

—Sobre su propuesta de comprar el rancho —contestó, intentando salir de esa manera del atolladero donde se encontraba.

—Entonces, ¿estás considerando su propuesta? —preguntó Dakota, sorprendida por las palabras de su hermana.

«Maldita sea», pensó Addison con malestar. Por supuesto que no había barajado dicha posibilidad, pero estaba claro que tendría que fingir que sí si quería mantener cierta intimidad respecto a los asuntos del taller ante su hermana.

—Podría ser —contestó enigmáticamente—, pero antes quiero conocer su oferta.

Dakota frunció el ceño, observando a su hermana con suspicacia. Aunque Addison intentaba mantener su expresión impasible, Dakota podía percibir una tensión apenas perceptible en sus rasgos.

—Pues me alegro, porque estoy deseando acabar con este asunto. La semana que viene tenemos cita con el abogado y al fin podremos regresar a Dallas —replicó Dakota.

—¿Ha sucedido algo con Darrel? —preguntó Addison con preocupación.

—¿Aparte de que el otro día conoció a Selena? —replicó Dakota con tono sarcástico—. No, pero simplemente quiero irme de Serene Fall lo antes posible —confesó, aunque obviando que cada vez que su camino se cruzaba con el de Darrel, su corazón se aceleraba en su pecho y su cuerpo temblaba como una hoja.

—Entiendo tus preocupaciones, pero estas cosas llevan su tiempo y no se puede hacer nada para acelerarlo —respondió Addison con diplomacia, tratando de mantener la calma en su tono de voz—. Si quieres, puedes regresar a Dallas con Lisa y Manson, me dijeron en la cena que pensaban irse en dos días —añadió, con la esperanza de que su hermana aceptara esa opción como válida.

—Ni hablar, no pienso dejarte sola en esto —replicó Dakota obstinada, aunque eso supusiese multiplicar las posibilidades de volver a encontrarse con Darrel otra vez. Serene Fall era un pueblo pequeño.

—Está bien, como quieras —replicó Addison resignada.

—Bueno, voy a bañar a Selene antes de darle la cena —comentó Dakota con una sonrisa.

Addison se levantó de la silla que ocupaba, rodeó el escritorio y besó la frente de Dakota antes de que esta saliera del despacho.

—Dale un achuchón de mi parte —prometió antes de ver salir a Dakota por la puerta.

Al encontrarse sola, Addison tomó su teléfono y comenzó a marcar el número de Zachary, ansiosa por informarle sobre la cita que había concertado con Peter Morgan. Sin embargo, una y otra vez se encontraba con la frustración de que su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Después de deliberar durante varios minutos sobre la mejor manera de proceder, finalmente decidió que lo mejor sería abordar el asunto en persona, dirigiéndose directamente al rancho Bale.

Con paso decidido, salió del despacho y de la acogedora casa que había sido su refugio, y se deslizó en su coche con determinación, encaminándose hacia el rancho Bale. A su llegada, estacionó frente a la robusta casa y se acercó a la puerta con la firme determinación de hablar con Zachary.

Después de unos momentos que parecieron una eternidad, la puerta se abrió lentamente, revelando a Zachary de pie en el umbral. Sus ojos se encontraron, y por un instante, un silencio tenso llenó el espacio entre ellos.

—Addison —dijo Zachary con su voz cargada de sorpresa y algo más que ella no pudo identificar de inmediato—. ¿Qué haces aquí? —preguntó al comprobar la hora tardía en su reloj de muñeca.

—Zachary —respondió Addison, tratando de mantener su voz firme a pesar del tumulto de emociones que la embargaban en ese momento—. Necesitaba hablar contigo, es sobre el taller.

Él asintió en silencio y abrió la puerta más ampliamente, invitándola a entrar. Addison cruzó el umbral y lo siguió por el amplio corredor que recordaba bien, ya que había pasado muchas tardes en aquella casa cuando tenía que hacer algún trabajo para el instituto con Michael. A su paso, se percató de que la casa apenas había cambiado a pesar de los años transcurridos, y una sonrisa nostálgica se dibujó en sus labios, perdida en la maraña de los recuerdos.

En ese momento, Zachary, que iba casi a su lado, giró el rostro y clavó su mirada en el perfil femenino. Se maravilló al descubrir lo hermosa que era cuando Addison se permitía el lujo de sonreír… y eso le hizo recordar el dulce sabor de sus labios. Pero se ordenó mentalmente olvidarse de eso, porque seguramente solo había sido un suceso aislado que no volvería a repetirse. Ella no había dicho nada sobre el beso, y él no pensaba hacerlo tampoco.

—Entra, por favor —la invitó con un gesto de mano.

Addison cruzó el umbral del despacho y se detuvo junto a una de las sillas que rodeaban el imponente escritorio de roble. Una sensación de incertidumbre la invadió mientras se preguntaba cómo debía comportarse en esa situación. Mientras tanto, Zachary cerró la puerta a su espalda con un suave clic, sumiendo a ambos en una intimidad momentánea.

El ambiente del despacho estaba impregnado con el olor a madera antigua y libros. Las paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes campestres y estantes llenos de volúmenes polvorientos. Addison se sintió transportada al pasado, recordando las tardes que había pasado allí junto a Michael, sumergidos en los proyectos del instituto.

En ese instante, Zachary se giró hacia ella, con una expresión seria, pero con un destello de curiosidad en sus ojos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, evidenciando su interés por la situación.

Addison tomó aire antes de responder, sintiendo la emoción palpitar en su pecho.

—He llamado a Morgan hace menos de una hora y hemos concertado una cita para mañana por la tarde para hablar sobre el futuro del taller —contestó con entusiasmo—. Quizás podríamos llevar una grabadora y...

—Espera un momento —la interrumpió Zachary con voz firme—. ¿Acaso te crees que eres una espía o algo parecido? Esto no es una película, es la vida real —advirtió, mostrando su preocupación por el plan propuesto.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó Addison, molesta por la crítica implícita a su propuesta.

Zachary frunció el ceño, su mirada reflejaba una mezcla de incredulidad y preocupación ante la determinación de Addison.

—Lo que tiene de malo es que ese tipo es peligroso, y no pienso permitir que te pongas en riesgo. ¿Has pensado en las posibles consecuencias si se da cuenta de que lo estás grabando? Por no mencionar que probablemente esas grabaciones no serían válidas en un

juicio —advirtió con firmeza.

Addison bajó la mirada, sintiéndose un tanto avergonzada por su arrebato impulsivo. A pesar de su disgusto inicial, sabía que Zachary tenía razón en cada una de sus palabras. No podía permitir que su entusiasmo la llevara por el camino equivocado, especialmente cuando se trataba de asuntos tan importantes como el futuro del taller.

—Tienes razón —admitió finalmente. Luego levantó la mirada para encontrarse con los ojos preocupados de Zachary—. A veces me dejo llevar por mis emociones y pierdo de vista lo que realmente importa. ¿Qué crees que debería hacer?

Zachary reflexionó por un momento antes de responder a su pregunta.

—Bueno, yo intentaría hacer entrar en razón a ese hombre. Dile que comprendes que antes tenía un acuerdo con tu padre, pero que él ya no está y no quieres seguir con el supuesto arreglo entre él y el taller Parker.

—¿Y si no funciona? —cuestionó Addison.

—Pues entonces ya veremos qué hacer, ¿te parece? —respondió Zachary con amabilidad, ofreciéndole el gesto tranquilizador que tanto necesitaba en ese momento.

—¿Tengo otra opción? —replicó Addison con cierto humor, buscando aliviar la tensión del momento con una pizca de sarcasmo.

Zachary sonrió ante el comentario de Addison, agradeciendo su capacidad para encontrar ligereza incluso en momentos complicados.

—Me temo que no, pero en serio, Addison, no estás sola en esto. Estoy aquí para ayudarte en todo lo que necesites —dijo con sinceridad y su voz llena de afecto.

Los ojos de Addison brillaron con gratitud mientras se perdían en los de Zachary. La cercanía entre ellos se volvió palpable, cargada de una energía especial que ninguno de los dos parecía poder ignorar.

Sin pensarlo dos veces, Zachary se inclinó hacia delante y capturó los labios de Addison con los suyos, a pesar de saber que no era una buena idea. Sin embargo, fue incapaz de resistirse a la necesidad que bullía en su estómago, una necesidad que conocía demasiado bien: era deseo.

Addison sabía que debería haberse alejado, interrumpido aquel beso. Pero lejos de obedecer a lo que su cabeza le dictaba, se dejó llevar por el deseo latente en cada poro de su piel. Sin darse cuenta, elevó los brazos y enlazó sus dedos detrás de la nuca de Zachary antes de ceder a la pasión.

Sus lenguas, húmedas y cálidas, se encontraron e iniciaron una batalla de la que ninguna saldría victoriosa, excepto el deseo que parecía haber encendido sus pieles. Pero aquel beso no fue suficiente para ninguno de los dos. Ambos ansiaban la unión perfecta de sus cuerpos, amoldándose el uno al otro en un abrazo apasionado, enredados uno en la piel del otro.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse a su alrededor, dejándolos atrapados en el éxtasis del momento. Sin embargo, antes de que pudieran profundizar más en aquellas caricias, el sonido repentino de la puerta al abrirse los sacó bruscamente de su ensimismamiento.

La figura de Michael apareció en el umbral, pero no pasó de ahí. Se quedó con la boca abierta al descubrir a Addison en brazos de su hermano, con sus labios unidos y sus manos recorriendo mutuamente sus cuerpos. Su expresión reflejaba una mezcla de sorpresa y confusión.

El instante mágico se desvaneció como una ilusión, y Zachary y Addison se separaron con rapidez, avergonzados por haber sido descubierto por Michael en un momento tan íntimo. La tensión se apoderó del ambiente mientras intentaban recomponerse y encontrar una explicación adecuada a lo que acaba de suceder, pero no la tenían.

Ante la mirada atónita de Michael, Addison retrocedió abruptamente, apartándose de Zachary como si hubiera sido alcanzada por una descarga eléctrica. Un torbellino de emociones la invadió, desde la vergüenza hasta la confusión, y sin decir una palabra, giró sobre sus talones y se apresuró hacia la puerta.

—¡Addison, espera! —exclamó Zachary, tratando de detenerla, pero ella ya estaba fuera del despacho y sus pasos resonaban por el corredor, marcando su rápida huida.

CAPÍTULO 15

El silencio que siguió fue ensordecedor, solo roto por el sonido amortiguado de la puerta al cerrarse tras Addison. Zachary se quedó parado en el centro de la habitación, sintiéndose como si estuviera en el ojo de un huracán, con la mirada fija de su hermano clavada en su rostro.

—¿Se puede saber qué narices acaba de suceder? —preguntó Michael, una vez que pudo recobrar el habla.

Zachary tardó unos segundos en recuperarse antes de poder elevar su rostro y encontrarse con la mirada inquisitiva de su hermano menor. La confusión y el desconcierto se reflejaban claramente en los ojos de Michael, quien esperaba una explicación convincente.

—Lo siento, pero no sé qué decirte —respondió Zachary, buscando las palabras adecuadas para explicar lo que su hermano acababa de presenciar. Sin embargo, se dio cuenta de que él tampoco tenía una respuesta clara.

—Pero ¿desde cuándo está sucediendo esto? —preguntó Michael confuso—. Creía que odiabas a Addison, y ella a ti —añadió, con una mueca de desconcierto.

Zachary sintió el peso de la pregunta de su hermano sobre los hombros. Era una cuestión que también había estado rondando por su propia mente desde que sus labios se encontraron por primera vez, aunque Michael no sabía que no era la primera vez que eso sucedía, y daba gracias por ello. Respiró profundamente y cerró los ojos por unos instantes, tratando de organizar sus pensamientos antes de responder a la pregunta de su hermano.

—No lo sé, Michael, simplemente… ocurrió —dijo, como si aquello resumiera todo lo que había sucedido entre Addison y él.

La sorpresa en el rostro de Michael era evidente, pero antes de que pudiera formular otra pregunta, Zachary decidió abordar el asunto de frente.

—Entiendo tu confusión, pero no puedo decirte mucho más hasta que hable con ella. ¿Lo comprendes? —preguntó Zachary esperanzado.

—Sí —respondió Michael—, pero solo espero que todo esto no afecta a mi amistad con Addison —advirtió con mirada seria—. La quiero como a una hermana —añadió.

Zachary asintió con comprensión ante las preocupaciones de su hermano, consciente del vínculo especial que existía entre Michael y Addison.

—Te prometo que haré todo lo posible para aclarar las cosas sin que eso pase —aseguró Zachary con determinación.

Michael asintió, aunque aún parecía incrédulo ante la situación. Zachary sabía que su hermano necesitaba tiempo para procesar lo sucedido, al igual que él mismo. Sin embargo, era consciente de que no podía posponer la conversación con Addison por mucho más tiempo.

Mientras tanto, Addison conducía de regreso al rancho Parker. Su mente era un torbellino que amenazaba con volverla completamente loca. Revivía una y otra vez el momento de aquel último beso con Zachary. Había sido un encuentro lleno de pasión y deseo surgido de la nada.

Cada detalle había quedado grabado en su mente: la sensación de los labios de Zachary contra los suyos, el calor que emanaba de su cuerpo, la forma en que se fundieron en un abrazo

apasionado. A pesar de la sorpresa inicial, Addison no podía negar la intensidad del momento, ni tampoco la chispa que siempre había existido entre ellos, incluso en medio de sus constantes desacuerdos y discusiones.

Pero ahora, mientras el paisaje pasaba rápidamente por la ventanilla de su coche, se sentía abrumada por la incertidumbre. ¿Cómo cambiaría su relación con Michael después de que su mejor amigo había sido testigo de lo sucedido entre ella y su hermano mayor?

Cuando llegó al rancho Parker, su corazón aún latía con fuerza por la emoción y la confusión del encuentro con Zachary. Aparcó el coche frente a la casa principal y se bajó con paso nervioso, sintiendo la necesidad de compartir lo ocurrido con alguien. Fue entonces cuando descubrió a Lisa recostada en el columpio del porche. Parecía relajada, disfrutando del paisaje estrellado ante sus ojos y al verla le dedicó una sonrisa cálida.

—¡Addison! ¿Estás bien? —preguntó Lisa incorporándose preocupada al ver el rostro desencajado de su amiga—. ¿Dónde te habías metido? —añadió, ya que cuando se había marchado no había dicho a donde.

—Necesito contarte algo que acaba de suceder, algo… inesperado —dijo Addison, su voz sonó temblorosa.

Lisa frunció el ceño, preocupada por la expresión seria de su amiga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con urgencia.

Addison inhaló profundamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que le sucedía.

—Es Zachary… —comenzó, pero se interrumpió al darse cuenta de que era difícil poner en palabras la intensidad del momento que acababa de vivir—. Zachary y yo nos besamos —confesó finalmente, dejando las palabras suspendidas en el aire.

Lisa la miró con los ojos abiertos de par en par, sorprendida por la confesión de su amiga. Llevaba pocos días allí, pero sabía que Zachary era el vecino más próximo al rancho, y que Addison se llevaba a matar con él, o al menos había sido así hasta entonces.

—¿Qué? ¿Cómo ha pasado eso? —preguntó, sin poder ocultar su asombro.

—Fue tan repentino, Lisa. La primera vez fui capaz de ignorarlo…

—¿La primera vez? —repitió Lisa abriendo los ojos como platos.

—Sí, esta es la segunda —confesó Addison dejándose caer junto a Lisa evidentemente derrotada—. No era algo que esperara —confesó—, pero la pasión que invadió mi cuerpo fue como un vendaval que arrasó con todo, incluso nuestra animadversión. Y ahora me siento confusa y asustada —confesó.

—¿Y no has hablado de esto con él? —cuestionó Lisa.

—No, la verdad es que no pudimos hablar mucho porque, mientras nos besábamos, apareció Michael —fue entonces cuando los nervios se soltaron como una olla a presión a punto de explotar y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Eh, cielo, tranquila —intentó consolarla Lisa mientras la envolvía en sus brazos—. Si Michael es como me has contado, estoy segura de que nada hará cambiar vuestra amistad.

—¿Tú crees? —preguntó Addison, insegura.

—Por supuesto —afirmó Lisa rotundamente—. Aunque ahora lo importante es averiguar porque os besasteis tú y ese duro vaquero.

—Solo fue un error que no volverá a repetirse —se apresuró a afirmar Addison rotunda mientras se apartaba del abrazo de su amiga y se acurrucaba en una esquina del banco que

ocupaban.

—¿Estás segura de eso? —replicó Lisa con una sonrisa divertida asomando a sus labios.

—Al cien por cien —afirmó Addison, aunque sabía que estaba mintiendo a Lisa y a sí misma.

***

Al día siguiente

Addison estaba concentrada en su lista de compras mientras caminaba por los pasillos del supermercado. De repente, levantó la mirada y se encontró con los ojos de Michael, quien estaba examinando las etiquetas de una selección de productos en el estante de al lado.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Addison al verlo. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse con Michael tras lo sucedido en el despacho con Zachary, pero no había esperado que fuera tan pronto. Ni tan siquiera habían pasado veinticuatro horas.

Michael levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Addison durante unos segundos estudió su expresión antes de dedicarle una sonrisa que alivió en parte la opresión en el pecho de la joven. Luego dejó la lata que sostenía entre los dedos y acortó la distancia que los separaba para quedar frente a ella.

—Buenos días, Addie —saludó Michael con amabilidad.

—Hola, Michael —respondió Addison, devolviéndole la sonrisa con cierta reserva—. Qué casualidad encontrarnos —añadió.

—Sabes que tenemos que hablar, ¿verdad? —preguntó Michael con cautela—. ¿Te gustaría tomar un café? —propuso conciliador.

Addison vaciló por un momento, pero luego asintió con una sonrisa.

—Sí, claro, pero antes tengo que acabar con la compra —dijo señalando el carro a medias que tenía frente a ella.

—¿En media hora en la puerta? —sugirió.

—Perfecto —afirmó Addison, aunque su deseo más profundo era escapar lo más lejos posible. Sin embargo, recordó la conversación que había tenido con Lisa la noche anterior y comprendió que no tenía otra opción.

Media hora después, con las compras ya en el maletero, Addison se acercó a la entrada del supermercado, donde Michael ya la esperaba.

—¿Vamos? —preguntó Michael, y Addison asintió con un gesto de cabeza.

Ambos caminaron uno al lado del otro hacia la cafetería en silencio, como si temieran iniciar la conversación que ambos sabían que debían tener.

Una vez dentro de la cafetería, eligieron una mesa junto a la ventana y se acomodaron. Pocos minutos después, la camarera les sirvió los cafés y se retiró, dejándolos a solas. Addison miró a su amigo, expectante ante lo que su amigo pudiera decirle, aunque era consciente de que el único tema pendiente en ese momento era el incidente con Zachary y el beso.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó Michael, tratando de romper el

hielo—. ¿O es que te da miedo contarme lo que estabas haciendo ayer con mi hermano en el despacho de mi padre?

Addison sintió un rubor cálido subir por su garganta hasta alcanzar sus mejillas mientras recordaba aquel momento.

—Oh, eso… —murmuró, sintiéndose atrapada por las palabras de Michael.

—Sí, eso —replicó él, pareciendo incluso divertido con la situación—. ¿Desde cuándo te gusta mi hermano? —preguntó directamente.

Addison sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. No estaba preparada para esa pregunta tan directa y sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. Tragó saliva antes de responder, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—No, Zachary no me gusta —se apresuró a negar con demasiada vehemencia, buscando desesperadamente una explicación adecuada—. Fue solo un momento, una situación confusa.

Michael achicó los ojos y los clavó en Addison con atención ante su respuesta evasiva. No necesitaba que ella le confesara nada, puesto que ya había hablado con Zachary la noche anterior, pero quería ver como salía de aquella su amiga.

—Entiendo… — dijo finalmente, aunque su tono denotaba cierta incredulidad, intentando ocultar la diversión. —Pero ¿qué pasó exactamente? Porque parece que fue más que solo «una situación confusa».

La mirada penetrante de Michael hizo que Addison se sintiera aún más incómoda. Sabía que no podía ocultar la verdad por mucho más tiempo.

—Bueno, Zachary y yo estábamos conversando sobre la posibilidad de cambiar parte del motor del tractor —se inventó sobre la marcha, intentando liberarse del atolladero en el que se encontraba—. Y de repente, surgió una tensión… y luego… simplemente nos besamos —confesó finalmente, reconociendo lo absurdo de omitir lo ocurrido, ya que estaba segura de que Michael los había visto besarse, a pesar de sus intentos por aparentar desconocimiento.

—Entiendo. Supongo que estas cosas pueden suceder —dijo Michael comprensivo. Ya se había divertido demasiado a costa de su amiga—. Pero ¿qué significó ese beso para ti? —añadió con interés genuino.

Addison se mordió el labio inferior, sintiendo la presión aumentar. No había considerado las implicaciones a largo plazo de aquel beso, y no estaba segura de querer ahondar en el asunto.

—No lo sé —admitió finalmente.

Aunque disfrutaba con el desconcierto de su amiga, Michael también se sentía intrigado por la posibilidad de que algo más estuviera surgiendo entre ella y su hermano mayor. Siempre había deseado que Zachary encontrara la felicidad, incluso si eso implicaba una relación con su mejor amiga.

—Bueno, tal vez sea hora de buscar en tu interior el porqué de ese beso, ¿no crees? No me importaría tener una cuñada como tú, ¿sabes? —añadió Michael, con una chispa traviesa en los ojos.

Addison abrió ampliamente los ojos y le dio un ligero puñetazo en el brazo para empatizar su malestar.

—Y si necesitas un padrino de boda en algún momento , estoy disponible —añadió Michael con una sonrisa pícara.

Addison rodó los ojos, pero también sonrió ante la broma de su amigo.

CAPÍTULO 16

Serene Fall

Dakota llegó al consultorio médico a primera hora de la tarde. Estacionó frente al edificio y colocó a Selene en su sillita antes de entrar. La niña había estado comportándose de manera inusual todo el día, demasiado calmada para su energía habitual. Sin embargo, al despertarla de la siesta, notó sus mejillas enrojecidas y, al tomarle la temperatura, descubrió que tenía fiebre alta. Decidió acudir a urgencias sin dudarlo.

Con paso firme, entró a la sala y proporcionó sus datos antes de sentarse en una de las sillas, siguiendo las indicaciones de la recepcionista. Selene parecía incómoda e inquieta, y Dakota no tardó en mecer su carrito mientras tarareaba una suave canción para calmarla.

Repentinamente, la puerta se abrió y una figura familiar apareció. Dakota levantó la mirada y se sorprendió al reconocer a Amanda Mayers, la madre de Darrel, cuya mano estaba rudamente vendada con una toalla. La mujer parecía más molesta que nerviosa mientras proporcionaba sus datos y se sentaba a esperar su turno. Fue entonces cuando sus ojos se encontraron con los de Dakota, y una sonrisa genuina iluminó su rostro.

—¡Dakota, querida! —exclamó Amanda al acercarse—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! —añadió, extendiendo sus brazos abiertos.

Dakota se sintió momentáneamente desconcertada mientras se levantaba para recibir el abrazo. No esperaba encontrarse con Amanda, la madre de Darrel, en ese lugar, y mucho menos recibir tan efusivo saludo.

—Hola, Amanda. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Dakota, devolviendo el abrazo con educación, aunque con cierta reserva.

—Oh, solo un pequeño rasguño mientras pelaba calabazas para hacer mermelada. Mi amiga Tory insistió en que viniera a urgencias. ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí? Y ¿quién es esta preciosidad? —añadió, clavando su mirada curiosa en Selene, quien en ese momento mantenía los ojos cerrados.

—Es la hija de una amiga —se apresuró a explicar Dakota—. Me la ha dejado para que la cuide, y al despertarse de la siesta, descubrí que tenía fiebre.

Amanda asintió con comprensión y expresó su preocupación por la salud de la niña. Sin embargo, cuando Selene abrió los ojos, una expresión extraña cruzó el rostro de Amanda, quien pareció momentáneamente desconcertada.

Dakota contuvo la respiración al notar el gesto de Amanda, pero se sintió aliviada cuando una enfermera la llamó para llevar a Selene a uno de los boxes para el triaje.

—Espero que la pequeña se recupere pronto —dijo Amanda mientras Dakota se dirigía al lugar indicado por la enfermera—. Si necesitas algo, no dudes en decírmelo —se ofreció.

—Gracias, eres muy amable —respondió Dakota antes de desaparecer tras las puertas abatibles.

Dentro del box, Dakota colocó a Selene en la camilla mientras una enfermera comenzaba a tomar sus signos vitales y a hacerle algunas preguntas sobre los síntomas de la niña. No podía quitarse de la cabeza la extraña reacción de Amanda al ver a Selene. El miedo a que la madre de

Darrel sospechara algo sobre el verdadero origen de la pequeña la atenazó.

Intentando apartar esos pensamientos de su cabeza, Dakota se concentró en calmar a Selene, quien comenzaba a inquietarse por el entorno desconocido. Acarició suavemente su cabello oscuro y le susurró palabras tranquilizadoras, tratando de distraerla de la incomodidad que estaba experimentando.

Finalmente, el médico de turno, tras una revisión cuidadosa, determinó que se trataba de una infección viral común y le recetó algunos medicamentos para reducir la fiebre y aliviar los síntomas. Con las instrucciones del médico en mano, Dakota salió del box con Selene en brazos, agradecida de que no fuera nada grave.

En la sala de espera se encontró nuevamente con Amanda, quien la esperaba cerca de la recepción. Esta vez, Amanda parecía más relajada y sonrió cálidamente al ver a Dakota y a Selene.

—¿Cómo está la pequeña? —preguntó con genuino interés.

—Gracias a Dios, parece que solo es una infección viral. El médico dijo que con los medicamentos debería mejorar en unos días —respondió Dakota con un tono de alivio evidente en su voz.

—Me alegro de escuchar eso. Si necesitas algo, no dudes en avisarme. Estoy aquí para ayudar en lo que pueda —ofreció Amanda con sinceridad.

Dakota agradeció el gesto y se despidió antes de dirigirse hacia la farmacia para recoger los medicamentos que le habían recetado y regresó al rancho, agradecida de volver a su refugio.

Mientras esperaba ser atendida, Amanda Mayers se sumergió en un torbellino de pensamientos sobre el encuentro fortuito con la hermana menor de Addison. La sorpresa de ver a Dakota con aquella niña seguía resonando en su mente, y a pesar de la explicación que le había dado sobre su procedencia, algo dentro de ella dudaba de la veracidad de las palabras de la joven. Además, el latido acelerado de su corazón al encontrarse con los ojos oscuros como el carbón de la niña y el gesto que hacía con su boquita, tan similar al de su hijo Darrel cuando algo lo contrariaba, no ayudaba a calmar su inquietud. «Vamos, Amanda, deja de inventar tonterías», se reprendió mentalmente, tratando de mantener la calma.

Inesperadamente, una voz la sobresaltó, sacándola de su ensimismamiento. Al girarse, se encontró con el rostro preocupado de su hijo pequeño.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó Liam, y Amanda pudo percibir la ansiedad en su voz—. Estaba tomando un café en la cafetería cuando escuché a Sally decir que estabas en urgencias.

—No te preocupes, cariño. Solo fue un pequeño incidente mientras preparaba mermelada. Nada grave —respondió, tratando de restar importancia al asunto para no preocupar a su hijo, mientras maldecía a Sally por chismosa.

—¿Estás segura de que estás bien, mamá? —insistió Liam, observando la toalla manchada de sangre.

—De verdad, estoy bien —afirmó Amanda—. Solo fue un pequeño rasguño —añadió cuando descubrió que Liam miraba el vendaje improvisado con el ceño fruncido—. Pero ¿qué te trae por aquí? ¿No deberías estar en la comisaria? —preguntó, cambiando de tema para desviar la atención de su propia situación.

—Sí, pero me tomé un descanso después de varias horas revisando informes —confesó con evidente aburrimiento—. Pensaba volver a sumergirme entre papeles después de tomarme ese café. Pero me quedaré contigo —afirmó rotundo. No estaba dispuesto a aceptar un no por

respuesta.

—Como quieras —aceptó Amanda resignada. Sabía que Liam podía ser muy cabezota si se lo proponía—. Espera conmigo un momento hasta que me atiendan y luego puedes acompañarme a casa, ¿te parece? —propuso Amanda.

Liam asintió, aunque aún parecía algo preocupado. Se quedaron allí, juntos en silencio, esperando a que el personal médico los llamara.

***

Esa misma noche

Zachary conducía por el polvoriento camino que serpenteaba hacia la carretera principal que conducía a Serene Fall. El sol comenzaba su lento descenso en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos mientras las sombras se alargaban. Sin embargo, apenas era consciente del cambio de luz, ya que se encontraba inmerso en un torbellino de pensamientos y los nervios apretaban su estómago con fuerza.

Al llegar al pueblo, detuvo su vehículo frente al taller y salió del mismo con determinación. Con paso decidido se acercó a la puerta principal y golpeó con los nudillos y se preparó para esperar.

La puerta se abrió lentamente, revelando a Addison al otro lado. Era la primera vez que se veían desde su último beso, y Zachary maldijo en silencio cuando el suave aroma de la joven llegó a sus fosas nasales, desencadenando una reacción en su interior que conocía muy bien.

—Buenas noches —rompió el silencio Addison—, por favor, pasa —le invitó a entrar, apartándose para que él pudiera cruzar el umbral.

—Gracias —replicó Zachary, algo cohibido, mientras seguía a Addison por el centro de la amplia nave. Observaba críticamente su entorno mientras avanzaban. Cada detalle no pasaba desapercibido para él, desde los bancos de trabajo llenos de herramientas hasta las piezas y vehículos a medio terminar.

En ese momento, el sonido de unos pasos resonó en el silencio, y Peter Morgan apareció ante sus ojos. La sola presencia de aquel hombre hizo que Addison sintiera un nudo en el estómago y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo.

Peter, seguido por dos hombres que debían ser sus escoltas, se detuvo en medio del despacho y clavó su mirada sorprendida en Zachary.

—Perdona, cielo —comenzó a hablar—, pero si la memoria no me falla, acepté citarme contigo, no con medio pueblo. ¿Quién es este tipo? —preguntó Morgan con voz evidentemente molesta.

Addison se sintió estúpida al no haber pensado en eso. Cuando se había citado con Peter Morgan, no había considerado que Zachary insistiría en acompañarla, y eso se había convertido en un inconveniente. Boqueó como un pez, buscando desesperadamente una explicación, cuando la voz firme de Zachary rompió el silencio.

—Soy su novio —declaró con determinación.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Peter Morgan, seguido de una mezcla de incredulidad y molestia. Addison se quedó sin aliento por un instante, sorprendida por la declaración audaz de Zachary.

Los dos hombres que acompañaban a Peter intercambiaron miradas, claramente

incómodos con la situación. Peter, por su parte, frunció el ceño, evaluando a Zachary con una mirada penetrante.

—¿Tu novio, dices? —repitió Peter, con un deje de sarcasmo en su tono de voz.

Zachary mantuvo la compostura, sosteniendo la mirada de Peter con firmeza.

—Sí, mi novio —afirmó con determinación, sin titubear.

Hubo un momento de tensión en el aire mientras Peter evaluaba la situación. Addison observaba la escena con nerviosismo, preguntándose cómo se desarrollaría todo.

Finalmente, Peter soltó un suspiro exasperado y sacudió la cabeza.

—Está bien, supongo que no es asunto mío. Pero espero que no interfiera en nuestros asuntos —declaró, dirigiéndose a Addison con un tono que dejaba claro que no estaba del todo satisfecho con la situación.

—No lo hará, se lo prometo —respondió Addison con apresuramiento, esperando poder manejar la situación lo mejor posible.

Zachary exhaló un suspiro de alivio, consciente de que había logrado mantener su posición, al menos por el momento.

—Bien, pues vamos al grano —replicó Peter—. ¿Quieres escuchar mi oferta? —preguntó, clavando sus ojos oscuros en el rostro de la joven.

—Sí, claro —respondió Addison con esfuerzo.

—Bien, el negocio es muy simple. Lo único que tienes que hacer es mirar para otro lado mientras Patrick hace su trabajo y envía las piezas de los coches que yo le proporciono a donde corresponde. De lo único que tienes que preocuparte es de recibir tu dinero a final de mes.

Addison se sintió momentáneamente abrumada por la propuesta de Peter. La idea de estar involucrada en actividades ilegales la llenaba de incomodidad. Sin embargo, sabía que tenía que mantener la calma; Peter Morgan era un hombre peligroso y no podía rechazarle.

—Entiendo la propuesta, señor Morgan, pero necesito tiempo para pensar en todo esto, hablar con mi hermana —respondió Addison con firmeza, tratando de ocultar su turbación.

Peter la miró con una mezcla de impaciencia y desdén, pero finalmente asintió con un gesto breve.

—Está bien, te doy una semana más, pero después de eso no habrá marcha atrás.

—¿Me está amenazando? —preguntó Addison con valentía.

—No, solo te estoy advirtiendo. No renunciaré tan fácilmente a mi negocio. Si no aceptáis entrar en él, tendréis que devolverme el dinero que vuestro padre me debía.

—¿Qué dinero? —preguntó Addison confusa.

—El que le dejé para arreglar este sitio. ¿Acaso crees que pudo costearse ampliar el local y hacer un apartamento arriba con lo que ganaba en el taller? —preguntó con evidente sarcasmo —. Tenéis una semana, ni un día más —advirtió Peter Morgan antes de dirigirse a la puerta de la oficina, seguido de sus hombres. Luego desapareció por la amplia nave.

CAPÍTULO 17

Zachary dudó unos segundos, pero finalmente se acercó a Addison con una mirada preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó, notando la tensión en los hombros de la joven.

Addison respiró profundamente, intentando despejar su mente de las turbias aguas en las que se encontraba sumergida. La situación era abrumadora, pero no podía permitir que el miedo la paralizara.

—Sí, estoy bien —respondió finalmente, forzando una sonrisa que no alcanzaba a iluminar sus ojos—. Solo necesito procesar todo esto.

Zachary la observó con atención, preocupado por su bienestar, pero también consciente de que no podía presionarla más en ese momento.

—Estoy aquí para lo que necesites, Addison. Juntos encontraremos una solución a esto —aseguró con voz firme, tratando de transmitirle confianza.

Addison elevó su rostro y se encontró con los intensos ojos negros de Zachary. Podía ver en ellos la preocupación, y no pudo contener por más tiempo las lágrimas que buscaban salida.

—Lo siento —se disculpó, elevando su mano para secar la humedad de sus mejillas—, no debería llorar.

—¿Y por qué no? —dijo Zachary, apartando su mano para secar él mismo sus lágrimas con las yemas de sus dedos.

—Por qué es un signo de debilidad que no puedo permitirme —confesó Addison, sintiéndose desnuda emocionalmente ante él.

—A veces es necesario llorar —afirmó Zachary con suavidad, acariciando con ternura su mejilla—. No tienes que enfrentar esto sola. Estoy aquí para ti.

Las palabras de Zachary resonaron en el corazón de Addison, ofreciéndole un consuelo que no sabía que necesitaba. Y cuando él extendió sus brazos y la rodeó con ellos, se dejó envolver por la calidez de su abrazo.

—Gracias —pronunció contra la camisa de él.

—¿Por qué? —preguntó Zachary con voz suave, disfrutando de la calidez del cuerpo femenino contra el suyo.

—Por estar aquí, conmigo, y más aún teniendo en cuenta nuestro historial —confesó con una leve sonrisa que él no pudo ver.

—¿Qué historial? —preguntó Zachary divertido, mientras acariciaba el largo cabello castaño de ella.

—Bueno, siempre nos hemos llevado como el perro y el gato. Nunca te he caído bien —contestó Addison, describiendo una situación célebre entre todos los que los conocían.

El rostro de Zachary se iluminó con una sonrisa traviesa mientras continuaba acariciando el cabello de Addison.

—Bueno, eso puede ser cierto, pero quizás las cosas estén cambiando —murmuró Zachary mientras la apartaba de su pecho y colocaba un dedo bajo la barbilla de Addison para obligarla a elevar su rostro y así poder descubrir su expresión.

El corazón de Addison comenzó a latir con fuerza mientras sentía que se perdía en la

inmensidad de sus ojos negros. Una corriente eléctrica pareció recorrer su cuerpo, y antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, sus labios se encontraron con los de él a medio camino.

El mundo parecía desvanecerse a su alrededor mientras el beso se volvía más urgente y profundo. Sus lenguas se encontraron y comenzaron a acariciarse, primero suavemente, luego con una urgencia palpable. Parecía que estaban tratando de expresar lo que habían mantenido oculto, incluso para ellos mismos, en lo más profundo de su ser.

Sin embargo, el sonido del móvil de Addison rompió el hechizo, interrumpiendo el momento mágico que estaban compartiendo. Addison se apartó con un suspiro frustrado, y sacó su teléfono de su bolso, que reposaba sobre una silla cercana.

—¿Diga? —preguntó evidentemente molesta, pero con voz entrecortada, tratando de recuperar la compostura.

La voz de Dakota resonó al otro lado de la línea, llena de preocupación y urgencia, y eso puso en alerta a Addison.

—Addie, ¿dónde estás? —preguntó Dakota con urgencia.

—Dakota, ¿qué sucede? —respondió Addison, con voz cargada de preocupación.

—Se trata de Selene, acabo de llegar de urgencias —contestó Dakota con un tono preocupado.

—¿En urgencias? ¿Qué ha pasado? —inquirió Addison, los nervios eran palpables en su voz mientras comenzaba a recoger sus cosas con apresuramiento.

Zachary, testigo involuntario de la conversación, clavó su mirada en el rostro preocupado de Addison.

—Esta tarde tenía fiebre y me preocupé, por eso fui a urgencias —comenzó a relatar Dakota—. Me han recetado una medicación y ahora parece un poco mejor, pero no quiero estar sola —confesó con voz entrecortada.

—No te preocupes, estoy en el taller… —respondió Addison rápidamente.

—¿Y qué haces a estas horas en el taller? —preguntó Dakota confusa.

—Nada, revisar unos albaranes —mintió Addison—. En veinte minutos estoy ahí —añadió antes de cortar la llamada y guardar el teléfono en su bolso.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha estado en urgencias? —preguntó Zachary, preocupado.

—Mi sobrina… —confesó Addison, para luego cubrirse la boca con una mano al darse cuenta de que había hablado de más—. ¡Mierda! —añadió frustrada.

—¿Dakota ha sido madre? —preguntó Zachary incrédulo.

—Mira, es una historia muy larga —confesó Addison mientras se frotaba la frente con los dedos—, y te prometo que te la contaré la próxima vez que nos veamos, pero ahora tengo que irme al rancho.

—¿Y nosotros? —insistió Zachary, quien no estaba dispuesto a dejarla escapar tan fácilmente.

La mirada de Zachary buscaba respuestas en los ojos de Addison, pero ella desvió la mirada, sintiendo la presión de la situación.

—Nosotros… —comenzó a decir, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Nosotros… tendremos tiempo para hablar más tarde. Ahora mismo, lo más importante es Selene. Lo siento, Zachary —concluyó.

Zachary asintió, comprendiendo la prioridad de la situación, aunque una parte de él anhelaba respuestas.

—Entiendo. Ve con tu familia, pero la próxima vez que nos veamos, acabaremos con lo que empezamos —le advirtió, clavando su mirada cargada de pasión en su rostro.

Addison sintió como si grabara a fuego en su piel la amenaza, y aunque era una mujer que no se dejaba dominar con facilidad, tenía que reconocer que estaba deseando seguir con el intercambio de caricias y deseo que habían protagonizado.

—Puedes estar seguro de ello —afirmó rotunda, y una sonrisa divertida se dibujó en sus labios cuando descubrió la mirada sorprendida de Zachary. Estaba segura de que no se había esperado sus palabras.

Cuando pudo reaccionar, Zachary le dedicó una media sonrisa, y tras despedirse con un gesto de su sombrero se giró y caminó con paso seguro hasta la puerta abierta, por donde desapareció, dejándola sola en el despacho. Una sensación de vacío se apoderó de ella, pero también una chispa de deseo y anticipación que burbujeaba en su estómago.

***

Al día siguiente

Amanda se despertó con el sol que se filtraba por las cortinas, recordándole la visita a urgencias y la mano vendada. A pesar del dolor y la incomodidad, se levantó con determinación, decidida a no dejarse vencer por las adversidades.

Después de ocuparse de sus quehaceres cotidianos en casa, Amanda se vistió con cuidado y decidió que era un buen día para disfrutar de un café en compañía de Louise, una de sus mejores amigas.

Caminó por las tranquilas calles de Serene Fall hasta llegar a la cafetería Keller y al entrar, el delicioso aroma del café recién hecho la envolvió, reconfortándola. Louise estaba detrás del mostrador, ocupada atendiendo a una pareja, cuando elevó su mirada y la descubrió. Le dedicó una sonrisa cálida y le hizo un gesto con la mano para que Amanda ocupara una mesa libre.

Poco después, Louise se liberó, dejando al cargo a una de las camareras y se acercó a la mesa que ocupaba su amiga.

—¡Amanda! —exclamó Louise, clavando su mirada preocupada en la venda que cubría la mano de su amiga—. ¿Qué te ha sucedido? —preguntó con preocupación.

Amanda le ofreció una sonrisa tranquilizadora antes de hablar.

—Solo un pequeño accidente, nada grave —respondió con calma—, fue pelando calabazas —confesó.

—Siempre te digo que tengas cuidado con los cuchillos, vas a tontas y a locas —replicó Louise, visiblemente molesta.

—Oh, vamos, Lu, no me sermonees —replicó Amanda con un tono divertido—. Los accidentes son solo eso, accidentes.

—Como quieras, está claro que darte un consejo es como predicar en el desierto —respondió Louise, frunciendo el ceño.

Durante varios minutos, Amanda y Louise disfrutaron del tranquilo ambiente de la cafetería. El suave murmullo de las conversaciones de los clientes y el aroma reconfortante del café llenaban el espacio, creando una atmósfera hogareña.

Sin embargo, Louise notó la mirada distraída de Amanda mientras revolvía con la

cucharilla su taza vacía.

—Amanda, ¿estás bien? Pareces preocupada —inquirió Louise con tono amable, inclinándose hacia delante con interés genuino.

Amanda se sobresaltó ligeramente, sorprendida por la agudeza de su amiga. Luego respiró profundamente antes de responder.

—Bueno, preocupada no sería la palabra, más bien desconcertada —confesó Amanda tras unos minutos de duda—. Ayer, cuando estuve en urgencias me encontré con Dakota Parker.

—¿Y? —preguntó Louise sin comprender.

—Pues que estaba en urgencias porque la bebé que la acompañaba está enferma.

—¿La pequeña Selene? —preguntó Louise con preocupación—. ¿Era grave? —añadió con anticipación.

—No, tranquila, era algo vírico —confesó Amanda para tranquilizarla.

—¿Y por qué te desconcertó encontrarte con ella? —cuestionó Louise.

—Porque, ¿de dónde ha salido esa niña...?

—Es hija de unos amigos de Dallas, estuvieron unos días aquí, pero se marcharon el lunes pasado —le informó Louise, interrumpiéndola gustosamente.

—¿Y no te parece algo raro que hayan dejado a la pequeña aquí con Dakota? —cuestionó Amanda, a quien cada vez le cuadraban menos las piezas del puzle.

—Bueno, Dakota es una muy buena chica. ¿Qué problema tienes con ella? —preguntó Louise, defendiendo a Dakota, a quien consideraba alguien especial. Había trabajado para ella desde la adolescencia y le había enseñado todo lo que sabía, con la esperanza de que en algún momento dirigiera su negocio, ya que ella no tenía hijos. Pero tres años antes, algo había sucedido y la joven había huido de Serene Fall como alma que lleva el diablo.

—Ninguno, pienso igual que tú, es una buena niña —se apresuró a explicar Amanda, aunque en su interior algo acerca de esa bebé la removía por dentro.

—Pues eso, lo que yo te decía —replicó Louise—. Es una lástima que no tenga pensado regresar —añadió con pena—. Ya conoces mis planes respecto al café, y cada día me siento más mayor —confesó con abatimiento.

—Oh, vamos, Louise. Estás hecha una jovencita —intentó animarla Amanda.

—Sí, claro, una quinceañera —replicó la aludida con una sonrisa.

—¿Y por qué no le haces una proposición a Dakota? —dijo de pronto Amanda—, quién sabe, quizás la tientes lo suficiente para que se quede.

—Es una idea interesante, Amanda. Pero ¿crees que Dakota aceptaría volver después de todo este tiempo? —cuestionó Louise.

—Bueno, no lo sabrás hasta que no lo intentes, ¿verdad? Además, has sido como una madre para ella. Quizás esté dispuesta a escucharte y considerar tu propuesta —respondió, tratando de infundirle confianza a su amiga.

Louise asintió, pensando en las palabras de Amanda. Después de todo, no tenía mucho que perder y mucho que ganar si Dakota aceptaba regresar.

—Creo que voy a hacerlo. Necesito intentarlo al menos. Sería maravilloso tenerla de vuelta aquí, y sé que podría llevar el negocio del café a nuevas alturas con su talento y dedicación —concluyó con determinación.

CAPÍTULO 18

Serene Fall

El despacho del *sheriff* estaba bañado por la suave luz de la tarde, que se filtraba a través de las cortinas entreabiertas, arrojando un resplandor dorado sobre los muebles de madera oscura. Liam se encontraba inmerso en la tarea abrumadora de revisar la montaña de informes que abarrotaba su escritorio. En un momento de agotamiento, se dejó caer sobre su silla y cerró los ojos, masajeándose el puente de la nariz con los dedos, mostrando claramente el peso de la fatiga que lo abrumaba.

Sin embargo, su breve instante de reposo se vio interrumpido cuando la puerta del despacho se abrió con un chirrido. Liam se enderezó de golpe en su silla y alzó la vista, frunciendo el ceño al ver a Patrick Richmond entrar sin llamar a la puerta, mucho menos pedir permiso.

—¡Pero qué demonios...! —exclamó, dejando claro su disgusto por la inesperada interrupción.

Patrick se acercó al escritorio, seguido de cerca por Stacy, la secretaria de Liam, quien se disculpó por la entrada del hombre.

—Stacy, no te preocupes, no es culpa tuya —dijo Liam con firmeza, dirigiendo una mirada de reproche a Patrick antes de que su secretaria regresara a su mesa, situada a poca distancia.

Liam mantuvo un gesto adusto, cruzando los brazos sobre el pecho antes de dirigirse a Patrick.

—Señor Richmond, ¿acaso no sabe que hay que llamar a la puerta antes de entrar en un despacho? —dijo Liam con aspereza.

—Sí, disculpe, me he dejado llevar por el enfado —replicó Patrick—. Lo que pasa es que no puedo más.

—Lo entiendo, señor Richmond, pero esto no es una razón para irrumpir en mi despacho sin llamar. Hay procedimientos que debemos seguir —respondió Liam con firmeza.

—Lo sé, lo sé, pero... es que no puedo más. ¿No puede hacer algo al respecto? —preguntó Patrick con frustración.

—¿Respecto a qué? —preguntó Liam confuso y frustrado a partes iguales.

—Se trata de mi vecino —confesó Patrick —. ¡Es insoportable! Hace un ruido infernal todas las mañanas, y no puedo dormir —se quejó.

—Está bien, cierre la puerta y hablaremos del asunto —replicó Liam resignado mientras cerraba la carpeta marrón que tenía ante sí.

Después del escándalo inicial y de asegurarse de que todos en la comisaría le habían oído, Patrick cerró la puerta del despacho de Liam y luego se giró, clavando su mirada divertida en Liam, que le observaba con evidente sorpresa.

—Señor Richmond, ¿podría iluminarme y decirme qué le parece tan divertido? —dijo Liam, perdiendo la escasa paciencia con la que contaba.

Entonces, Patrick sacó una placa brillante del bolsillo trasero de su pantalón y se la mostró a Liam.

—Siento mi abrupta entrada, pero necesitaba asegurarme de que todo el mundo pensara que mi visita tenía un motivo concreto. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Mi nombre es Richard Edmond y soy un agente infiltrado —confesó en voz baja, revelando su verdadera identidad.

Liam se quedó boquiabierto, sin poder articular palabra durante unos segundos. La revelación era totalmente inesperada. Tardó unos segundos en procesar la información y finalmente su expresión cambió de la sorpresa a la comprensión.

—¿Infiltrado? ¿Y en qué está trabajando en este pueblo? —preguntó Liam en un susurro, manteniendo la confidencialidad del momento—. Serene Fall es un lugar muy tranquilo.

—Estoy investigando una red de ladrones de coches que están vendiendo las piezas en México. Tenemos información de que están operando en esta zona, y necesitaba hablar con usted personalmente para compartir algunos detalles —explicó, mirando fijamente a Liam para asegurarse de que entendía la gravedad de la situación.

Liam asintió lentamente con la cabeza, y, después de un momento de reflexión, extendió su mano hacia Richard.

—Entiendo. Estoy aquí para ayudar en lo que sea necesario —afirmó Liam—. Usted solo dígame lo que necesita.

—Quiero saber todo lo relacionado con las hermanas Parker. A su padre lo tenía controlado, pero su repentina muerte ha complicado mi misión y ahora tengo que intentar ganarme la confianza de las chicas. Tengo la impresión de que no va a ser fácil —confesó Patrick.

Liam frunció el ceño, reflexionando durante un momento antes de hablar.

—Las hermanas Parker... Sí, las conozco bien, como suele suceder en los pueblos pequeños. La mayor no se llevaba demasiado bien con su padre, aunque tampoco me sorprende —expresó Liam, ofreciendo su opinión—. Hace al menos seis años que se marchó, tras una fuerte discusión con Markus por un asunto relacionado con el taller.

—¿Y sabe cuál fue el motivo de esa discusión? —preguntó Richard.

—No, lo siento, pero no —admitió Liam—. No soy un hombre demasiado dado a los cotilleos, pero si es relevante, podría investigarlo —se ofreció.

—No se preocupe, eso ya es cosa mía. Y gracias por su tiempo, *sheriff* Mayers. Me pondré en contacto con usted si necesito ayuda o más información —dijo Richard, levantándose de su asiento.

Liam se puso de pie también y extendió la mano hacia Richard.

—Estoy aquí si necesita cualquier cosa.

Richard asintió con un gesto de cabeza, agradecido, y luego salió del despacho con la promesa de seguir en contacto mientras continuaba con su investigación en Serene Fall.

Cuando se quedó solo, Liam se recostó en su silla, dejando escapar un suspiro profundo. Observó la puerta por un momento antes de desviar la mirada hacia el escritorio, donde seguían las carpetas que tenía por revisar, recordándole que tenía trabajo pendiente. Aun así, un sentimiento de inquietud se apoderó de él mientras reflexionaba sobre la conversación que acababa de tener con Richard.

—Serene Fall es un lugar tranquilo —murmuró para sí mismo—. Espero que Richard

encuentre lo que busca antes de que las cosas se compliquen.

***

Rancho Parker

Dakota disfrutaba del cálido sol de la tarde mientras jugaba con Selene frente a la casa. Las risas de ambas se mezclaban con el suave murmullo del viento entre los árboles, creando una atmósfera serena y acogedora. Pero la paz se quebró abruptamente con el sonido del motor de un coche aproximándose por el camino de entrada.

El corazón de Dakota empezó a latir con fuerza y un escalofrío recorrió su cuerpo al ver que era Darrel quien se acercaba lentamente a ellas. Sus manos se tensaron al instante, y sintió un nudo en la garganta que le dificultaba la respiración.

Selene, percibiendo la tensión en el rostro de su madre, dejó de jugar y se acercó a ella con una mirada curiosa y preocupada.

—¿Mamá, tú bien? —preguntó Selene con su lengua de trapo.

Dakota la miró con ternura, enternecida por su preocupación.

—Sí, cariño, estoy bien —respondió Dakota, acariciando suavemente el cabello de la pequeña.

En ese momento apareció a su lado Addison, cuya expresión mostraba su evidente preocupación.

—¿Quieres que me la lleve dentro? —preguntó, dirigiendo una mirada significativa a la niña.

—Sí, gracias, te lo agradecería —respondió Dakota agradecida.

—Sí me necesitas, solo tienes que silbar —dijo Addison antes de coger a la niña entre sus brazos y dirigirse hacia el porche.

Dakota mantuvo su mirada fija en Addison y la pequeña hasta que ambas desaparecieron en el interior de la casa. Cuando se giró, descubrió que Darrel estaba a pocos pasos de distancia, con una expresión seria en el rostro. Su presencia parecía llenar todo el espacio, y Dakota se sintió atrapada en su influjo.

—Darrel, ¿qué quieres?, ¿qué haces aquí? —murmuró, más para sí misma que para él.

—Dakota, tenemos que hablar —respondió él con voz firme, deteniéndose a pocos pasos de distancia.

Dakota tragó saliva, sintiendo que su mundo se tambaleaba ante la presencia de Darrel. Respiró profundamente, tratando de reunir todo el coraje que pudo encontrar, y finalmente levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules y penetrantes que la observaban con intensidad.

—¿Sobre qué? —cuestionó con fingida seguridad, aunque por dentro estaba temblando como una hoja al viento.

—Sobre por qué te marchaste hace tres años sin despedirte, sin decir nada… Me dejaste destrozado y sin una mísera explicación —declaró Darrel, con el dolor palpable en su voz.

—¿Y pretendes que te la dé ahora? —cuestionó Dakota, enarcando su ceja derecha —. ¿Qué sentido tendría ya? —añadió, desafiante.

Darrel la miró con una mezcla de tristeza y determinación en sus ojos.

—Porque aún importa, Dakota. Porque necesito entender, necesito cerrar ese capítulo de mi vida. No puedo seguir adelante sin saber qué pasó, si fue culpa mía o tuya, sin una explicación —confesó Darrel con sinceridad.

Dakota se sintió abrumada por la intensidad de sus palabras. Tragó saliva, luchando contra la emoción que atenazaba su garganta, y con un esfuerzo sobrehumano logró hablar.

—Lo siento, Darrel, pero no puedo darte una explicación. Simplemente sucedió, la vida es así… —dijo Dakota, su voz era apenas un susurro.

—¡Y una mierda! —exclamó Darrel sin poder contenerse mientras daba un paso más hacia ella, acortando la distancia que los separaba—. Tú me amabas, y yo a ti, y de la noche a la mañana desapareciste. Tiene que haber algo más.

—Lo siento, Darrel, pero no hay nada más. No fue culpa tuya, ni mía. Simplemente las cosas cambiaron entre nosotros y preferí irme —respondió Dakota, aunque hasta para ella sus palabras sonaron huecas y vacías.

Dakota no encontraba la valentía necesaria para confesarle la verdad a Darrel. Recordaba con temor el momento en que se enteró de su embarazo, sabiendo que él había dejado claro su deseo de no ser padre nunca. En aquel entonces, no quería que Darrel pensara que intentaba atraparlo, y ahora, ya era demasiado tarde para rectificar.

Darrel clavó su mirada en su rostro con evidente frustración.

—¿No comprendes que necesito saber qué sucedió? —le recriminó Darrel con evidente dolor—. Necesito entender por qué me dejaste para poder seguir con mi vida.

—Por favor, Darrel, no insistas —rogó Dakota desesperada.

Él aguardó un instante y luego suspiró, resignado.

—Está bien. No puedo forzarte a decirme más de lo que estás dispuesta a revelar. Es lamentable, porque nunca he querido ni querré a nadie tanto como a ti —confesó con emoción vibrante en su voz.

—Darrel, por favor, deja las cosas como están —rogó Dakota, deseando que el nudo en su garganta desapareciera.

—No puedo, porque… desde que regresaste no puedo sacarte de mi cabeza. Te has convertido en una dolorosa obsesión. ¿Y sabes que es lo peor de todo esto? —preguntó mientras se peinaba el pelo con los dedos.

—¿Qué? —preguntó Dakota confusa.

—Que tengo la sensación de que tú aún me amas, puedo verlo en tus ojos.

—¡Eso no es cierto! —se apresuró a negar Dakota.

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Darrel al escuchar sus palabras.

—Puedes engañarte a ti misma, pero no a mí —dijo Darrel con una sonrisa triste dibujada en sus labios—. Nos veremos pronto —añadió antes de girarse y caminar de regreso a su coche.

Dakota clavó su mirada en la espalda de Darrel mientras este se alejaba. Notaba el corazón oprimido, y no sabía si acabaría arrepintiéndose de dejar escapar al único hombre al que había amado. Pero era mejor así. Se intentó convencer a sí misma mientras caminaba hacia el porche y entraba en la casa, en busca del consuelo que solo podía ofrecerle abrazar fuertemente a Selene contra su pecho.

CAPÍTULO 19

Rancho Parker

El desvencijado coche familiar, un viejo Ford Taurus del año 2000 que había sido testigo de innumerables viajes y momentos memorables, permanecía en el centro del granero desde el fallecimiento de Daisy Parker, la abnegada esposa de Markus y madre de sus dos hijas.

Addison, con sus manos embadurnadas de grasa y una llave inglesa en la mano, se encontraba inclinada sobre el motor, inspeccionando cada pieza con atención meticulosa. Estaba decidida a devolverle la vida al viejo vehículo que había pertenecido a su madre durante años.

Mientras se concentraba en el motor, un leve sonido la sacó de su estado de concentración. Levantó la cabeza, frunciendo el ceño y observo a su alrededor, aunque el sonido parecía provenir de su espalda. Con cautela, Addison se enderezó y luego se giró lentamente.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó temerosa, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

El silencio que siguió a su pregunta fue ensordecedor. Addison se quedó allí, con los sentidos alerta, tratando de discernir si el sonido había sido solo su imaginación o si realmente había algo o alguien allí detrás.

Su corazón latía con fuerza mientras esperaba una respuesta, preguntándose qué podría estar acechando en las sombras, temiendo que se tratara de uno de los hombres de Morgan, que había ido a darle un recordatorio de lo que su jefe esperaba.

—Addie, tranquila, soy yo —dijo Zachary saliendo con las manos en alto al ver la llave inglesa que Addison sostenía en alto.

—Zachary, qué susto me has dado —confesó ella, dejando la llave inglesa en una mesa próxima antes de llevarse la mano al pecho para ralentizar los alocados latidos de su corazón.

—No quería asustarte —afirmó el joven mientras caminaba hacia ella con paso seguro pero tranquilo.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? —quiso saber Addison, algo más recuperada del susto inicial.

—¿Tú qué crees? —preguntó Zachary con una sonrisa seductora mientras acortaba la escasa distancia que los separaba y enlazaba su estrecha cintura con su brazo—. Llevo dos días esperando una llamada tuya, una visita, y nada…

—He estado muy ocupada —se excusó Addison, con el corazón acelerado al verse, de un momento a otro, pegada al amplio pecho de Zachary, y más cuando su característico olor almizclado llegó a sus fosas nasales.

La cercanía de Zachary envolvió a Addison en una mezcla de emociones confusas. Por un lado, se sentía reconfortada por su presencia, pero por otro, se preguntaba qué podía significar su repentina aparición. A pesar de sus dudas, no podía negar la atracción que

sentía hacia él.

Zachary acarició suavemente la espalda de Addison con sus dedos, lenta y suavemente. Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de complicidad y deseo, haciendo que el corazón de Addison latiera aún más rápido contra sus costillas mientras su respiración se aceleraba.

—Entiendo que estés ocupada, pero necesitaba hablar contigo. Llevo días esperando y no puedo sacarte de mi cabeza, Addie —confesó Zachary con voz rasgada mientras acortaba la distancia que separaba sus rostros milímetro a milímetro.

El aliento cálido de Zachary rozó la piel de las mejillas de Addison en una suave caricia, enviando escalofríos por su espalda, a través de su espina dorsal. Se encontró atrapada en un torbellino de emociones mientras luchaba por mantener la compostura a duras penas.

—Zachary, ¿no deberíamos hablar antes de… ya me entiendes? —murmuró Addison, tratando de apartarse ligeramente.

Zachary dudó, pero finalmente se apartó de su cuerpo y la soltó.

—Podemos hablar si así lo deseas —comenzó él mientras se cruzaba de brazos y clavaba su mirada en el rostro femenino—, pero creo que es fácil de resumir: a pesar de que nunca nos hemos llevado bien y que chocamos continuamente, algo ha surgido entre nosotros. Y no sé tú, pero yo me veo incapaz de luchar contra esta pasión que amenaza con consumirme y que me roba el sueño cada noche desde que regresaste.

Ella lo observó con una mezcla de sorpresa y cautela, sus ojos buscaban algún indicio de sinceridad en las palabras recién pronunciadas. Sus labios entreabiertos parecían a punto de articular una respuesta, pero se contuvo antes de que pudiera escapar cualquier sonido. Sabía, en lo más profundo de su ser, que las palabras finales de Zachary eran verídicas, que algo profundo y poderoso estaba floreciendo entre ellos, y que ya no tenía sentido negarlo más.

Finalmente, con un suspiro resignado, ella dejó caer sus defensas.

—Tienes razón —admitió Addison con una voz apenas audible, sintiendo cómo las barreras que había construido a su alrededor se derretían ante la verdad revelada—. He estado tratando de negarlo, pero la atracción que siento por ti... es abrumadora . Aunque me asusta, también me encuentro deseando entregarme a ello.

Una sonrisa iluminó el rostro de Zachary, y sus ojos brillaron con una intensidad especial, pero necesitaba asegurarse de que no había malinterpretado sus palabras.

—¿Y eso significa...? —preguntó Zachary, incitando a Addison a completar la frase por él.

Ella se mordió el labio inferior, batallando contra las últimas dudas que la acosaban. Sin embargo, al final, se dejó llevar por la corriente de emociones que la envolvía, y con un suspiro resignado, asintió.

—Significa que vale la pena intentarlo, sea lo que sea esto —respondió ella con una sonrisa temblorosa, permitiendo que sus sentimientos se manifestaran libremente por primera vez.

Con movimientos lentos y cuidadosos, Zachary se acercó nuevamente a Addison, aguardando pacientemente a que ella tomara la iniciativa. Por unos instantes, pareció que Addison vacilaba, pero finalmente dio un paso, y luego otro, hasta situarse frente a él. Detuvo su avance a escasos milímetros de distancia de su cuerpo, elevando su rostro hasta que sus miradas

se encontraron.

Una corriente eléctrica pareció recorrer la distancia entre ellos mientras sus ojos se conectaban en un lenguaje silencioso. Addison alzó su mano con delicadeza, sintiendo la imperiosa necesidad de acariciar las mejillas de Zachary. Al hacerlo, sus dedos rozaron suavemente su piel áspera por la incipiente barba de varios días, provocando una sutil sensación de cosquilleo. Con un gesto decidido, su dedo índice exploró los labios sugerentes y atractivos de Zachary, descubriendo su suavidad y la promesa que encerraban.

El tiempo pareció detenerse en ese momento, y el mundo exterior se desvaneció, dejando solo el palpitar acelerado de sus corazones y la atracción palpable entre ellos. Zachary cerró los ojos instintivamente, sumergiéndose en la experiencia con una intensidad abrumadora, mientras su corazón latía con emoción. Las suaves manos de Addison acariciaban su rostro, comenzando por sus mejillas y deslizándose lentamente hacia abajo a lo largo de su cuello.

Cuando los dedos de Addison alcanzaron el primer botón de su camisa, Zachary soltó un bufido, un sonido que recordaba al rugido de un toro antes de embestir a su enemigo. Sin poder contenerse, tomó el rostro de Addison entre sus manos ásperas, atrapando sus labios con los suyos en un beso apasionado. La intensidad del momento era abrumadora, y Zachary se dejó llevar por la ardiente conexión que compartían, entregándose por completo al deseo que le consumía.

Los besos se volvieron más profundos y ardientes, mientras Zachary y Addison se entregaban por completo. Cada caricia, cada roce de sus labios, alimentaba el fuego que ardía entre ellos, avivando la pasión. Zachary deslizó sus manos por la espalda de Addison, sintiendo la suavidad de su piel bajo sus dedos, mientras ella se deshacía de su camisa, dejando su amplio y musculado pecho al descubierto.

El sonido del viento que se colaba por las rendijas del granero se mezclaba con sus susurros entrecortados y el crujir del heno bajo sus pies. Estaban inmersos en su propio mundo, un lugar donde solo existían ellos dos, donde el tiempo se había detenido y las preocupaciones se desvanecían.

Zachary contuvo el aliento cuando sintió las yemas de los dedos de Addison deslizándose por su pecho con suma lentitud. Cada roce, cada caricia, enviaba una corriente eléctrica directamente a su corazón, haciendo que su respiración se volviera más agitada. Pero fue cuando sus dedos atraparon su pezón derecho y comenzaron a pellizcarlo que Zachary tuvo que contener un jadeo y apartarse del beso que compartían. Con el corazón martilleando contra su pecho, se encontró con la mirada divertida y traviesa de Addison.

—Eres muy mala —logró balbucear con esfuerzo, su voz rasgada por la excitación.

—¿De verdad? —cuestionó ella, enarcando una ceja mientras inclinaba la cabeza y comenzaba a lamer la zona agraviada, provocando otro jadeo involuntario de Zachary.

Aquello fue el punto de inflexión para él. Cuando la cálida y húmeda lengua de Addison rozó su pezón, sintió como si estuviera cayendo por un precipicio. Con movimientos rápidos y decididos, la tomó por los brazos y la apartó, poniendo fin a esas tortuosas caricias. Luego agarró la punta de la camiseta negra de tirantes que cubría el cuerpo de la joven y se la quitó por la cabeza, dejándola frente a él solo con un sujetador negro cubriendo su pecho. Durante varios minutos, que parecieron segundos, permaneció quieto, con la mirada clavada en la joven.

—Eres jodidamente preciosa —confesó sin percatarse.

—¿De verdad? —cuestionó Addison entre confusa y avergonzada.

—Sí, y lo sabes, pero quiero ver qué más tienes que mostrar —replicó Zachary antes de comenzar a desvestirla con suma pericia, lo que denotaba su práctica. Luego hizo lo propio con su propio cuerpo, quedando ambos desnudos, con sus ropas a sus pies.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zachary—. ¿Piensas dejar que lo haga yo todo? —inquirió, enarcando su ceja derecha.

Addison tardó unos minutos en reaccionar, en entender la pregunta que le había hecho, pero no había podido evitar distraerse cuando Zachary había dejado caer una a una cada prenda que lo cubría hasta quedar completamente desnudo ante ella. Finalmente, con un gesto decidido, Addison avanzó hacia Zachary, dejando que sus manos exploraran cada centímetro de su piel. Zachary se estremeció ligeramente ante su tacto, y un escalofrío de placer recorrió su espalda cuando sus dedos se deslizaron con delicadeza por su pecho y su abdomen hasta atrapar su dura masculinidad.

—No, por supuesto que no —pronunció Addison, con una sonrisa traviesa bailando en sus labios—. Solo estaba admirando la vista antes de disfrutar de lo que pareces ofrecerme tan gustosamente.

Zachary soltó una risa suave, contagiado por el encanto de Addison, antes de replicar a sus palabras.

—Entonces creo que es mi turno de explorar —susurró Zachary, con su cálido aliento acariciando la piel de Addison.

El corazón de Addison latía con fuerza en su pecho mientras Zachary la guiaba con maestría, explorando cada rincón de su ser con una devoción ardiente. Cada caricia, cada beso, era un tributo al deseo compartido que los consumía, llevándolos hacia un éxtasis indescriptible.

Mucho tiempo después Zachary era consciente de la latente tensión de la suave piel de su verga, que estaba excitada y lista para llegar al clímax. Y aunque estaba disfrutando mucho del cuerpo femenino, no podría aguantar mucho más tiempo sin correrse.

Con urgencia, Zachary aferró la cintura de Addison con ambas manos y la elevó para tumbarla nuevamente sobre la lona que cubría parcialmente el capó del coche. Colocó las manos sobre sus rodillas y la obligó a separar las piernas antes de posicionarse entre ellas. Sin dejar de besarla, colocó la punta de su masculinidad en la entrada de ella y, con una potente embestida, penetró en su interior, conteniendo el aliento cuando sintió la cálida humedad que lo abrazaba.

—¡Dios! —exclamó sin poder evitarlo, mientras cerraba los ojos y se mordía el labio inconscientemente.

Addison sintió cómo se deshacía cuando notó la dureza de él en su interior, y cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba. Había contenido el aliento cuando él la embistió con virulencia, y tuvo que morderse el labio inferior para evitar un grito cuando mil sensaciones la asaltaron. Nada comparado con cuando Zachary comenzó a mover lentamente sus caderas, entrando y saliendo de su interior con suavidad y lentitud. Addison apretó los dientes, aferrando con los dedos la lona azul bajo su cuerpo, pero cuando ya no pudo más, enlazó sus pies a la altura de los tobillos y apretó el trasero de Zachary para obligarlo a incrementar el ritmo.

—Lo quiero todo de ti —confesó con fervor—. Y lo quiero ya —exigió.

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de Zachary al escuchar sus palabras. Aferrando su cintura, se posicionó para comenzar una intensa cabalgada.

—Tus deseos son órdenes —exclamó antes de comenzar a moverse sobre su cuerpo hasta que ambos alcanzaron el clímax a la vez.

—¡Ahh! —un grito desgarrado escapó de los labios de Addison antes de dejarse caer sobre el capó con el cuerpo laxo.

Zachary, por su parte, cayó sobre el pecho de Addison y colocó su frente sobre su hombro derecho mientras intentaba ralentizar los alocados latidos de su corazón.

—Ha sido algo… impresionante —confesó con voz ronca.

—Lo sé —replicó Addison, algo más recuperada, aunque no sabía a dónde les llevaría lo que acababa de suceder.

Ambos se quedaron recostados sobre el capó del viejo coche, con sus cuerpos aún entrelazados, recuperándose del torbellino de emociones que habían compartido. El aroma a heno y madera impregnaba el aire del granero, envolviéndolos en un aura de intimidad.

CAPÍTULO 20

El sonido rítmico de los grillos creaba una melodía suave que rompía el silencio de la noche. En el oscuro cobijo del granero, Zachary y Addison permanecieron tumbados en un estado de quietud, donde el tiempo parecía detenerse. Sin embargo, conforme la fresca brisa nocturna empezaba a enfriar sus cuerpos, Zachary se separó con cuidado de la joven, sintiendo el dolor que la dura superficie del capó del coche había dejado en su piel.

—¿Ya te vas? —la voz de Addison sonaba dubitativa, sus ojos azules oscurecidos por la penumbra del lugar, su rostro reflejaba una mezcla de emoción y vulnerabilidad.

Zachary se volvió para encararla, y al hacerlo descubrió las mejillas sonrosadas de Addison y el cabello castaño claro que caía desordenado sobre sus hombros en una cascada ondulada. Se sintió hipnotizado por el brillo intenso en sus ojos azules. Durante unos instantes, se perdió en la profundidad de su mirada, pero sacudió la cabeza de lado a lado para despejar la desorientación que lo había bloqueado y se obligó a hablar.

—No, todavía no —contestó a su pregunta—. Creo que antes deberíamos hablar, ¿no crees? —preguntó, sintiendo la necesidad de entender qué pasaba por la mente de la mujer que había logrado desestabilizarlo.

No era un santo, y afirmar lo contrario sería una gran mentira, pero en lo que respectaba a su vida privada, solía ser discreto. Más aún en un lugar como Serene Fall, donde los chismes abundaban. Por ese motivo, solía buscar sus aventuras amorosas fuera del pueblo.

—Puede que tengas razón —dijo Addison mientras se incorporaba, adoptando una postura sentada, con las rodillas elevadas, para cubrir su cuerpo. No es que se avergonzara de su aspecto, pero en ese momento se sentía cohibida—. ¿Por qué no nos vestimos antes? —propuso.

—Sí, será lo mejor —respondió Zachary, rompiendo el contacto visual que mantenían. Comenzó a recoger las prendas dispersas por el suelo y le acercó su ropa a Addison, quien la cogió agradecida.

Después de vestirse en completo silencio, Zachary y Addison se encontraron mirándose con una mezcla de incomodidad y curiosidad. Había una atmósfera tensa entre ellos, cargada de emociones y preguntas pendientes.

—Bien, empezaré yo —dijo Zachary al ver que Addison parecía incapaz de hablar—. La verdad es que me siento tan confuso como tú —murmuró suavemente mientras elevaba su mano y acariciaba la mejilla femenina con los dedos—, y a pesar de eso, estoy seguro de que quiero repetir cómo me has hecho sentir una y mil veces. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan vivo… —confesó con emoción—. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que quiero estar contigo, pase lo que pase.

Addison escuchaba atentamente cada una de las palabras de Zachary, sumida en un mar de pensamientos turbulentos. Por un lado, estaba abrumada por la intensidad del momento que acababa de vivir con él. No era la primera vez que compartía intimidad con un hombre, pero sí era la primera vez que alguien había logrado hacer vibrar su cuerpo, su alma y su corazón de esa manera. Había sentido la mayor conexión que había experimentado en

su vida con alguien, y ese alguien no era otro que Zachary Bale, el hombre con el que llevaba más de media vida discutiendo.

Sin embargo, también se sentía invadida por la incertidumbre y el miedo a lo desconocido. No sabía qué significaba todo eso para su futuro, que, por otro lado, se tornaba incierto. Tras un breve momento de reflexión, Addison tomó aire y se obligó a encontrar las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos.

—Zachary... —empezó con voz suave, pero firme—. Lo que hemos compartido ha sido increíble, y no puedo negar que siento una conexión muy especial contigo. Pero también tengo miedo, miedo a lo que pueda suceder entre nosotros...

—¿Teniendo en cuenta que siempre acabamos peleando? —concluyó Zachary la frase por ella—. Entiendo a qué te refieres, y no sé si estamos preparados para lo que podría venir, pero... eres la primera mujer con la que quiero intentarlo. Quiero ver a dónde nos lleva esto, contigo a mi lado.

Las palabras de Zachary resonaron en el aire, cargadas de vulnerabilidad y determinación.

—Yo también quiero intentarlo. Pero ahora mismo tengo un montón de problemas que no sé cómo voy a resolver. Ni siquiera sé qué haré, si regresaré a Dallas o me quedaré aquí —confesó con sinceridad aplastante.

Zachary asintió comprensivamente con un gesto de cabeza, mostrando empatía hacia las preocupaciones de Addison.

—Entiendo, Addie. No te preocupes por eso ahora. Tómate el tiempo que necesites para resolver tus asuntos. Y no hace falta que te diga que estoy aquí para apoyarte en lo que necesites. Cuando todo esto acabe, solo entonces, volveremos a hablar sobre la posibilidad de un nosotros —respondió Zachary con calma y seguridad.

—Gracias, Zachary. Significa mucho para mí saber que puedo contar contigo —expresó Addison, con gratitud y emoción latente en su voz.

Zachary se acercó a ella y la abrazó, pegándola a su pecho suavemente, transmitiéndole su apoyo y afecto en ese gesto simple pero significativo.

—Juntos superaremos cualquier obstáculo que se nos presente —dijo con voz dulce, sellando su compromiso con un cálido beso sobre la coronilla de la joven.

En las sombras de la noche, en el umbral de la puerta, permanecía Dakota, quien había sido testigo involuntaria de la última parte de la conversación. Su corazón latía con fuerza mientras escuchaba las palabras sinceras y llenas de promesas entre Zachary y su hermana.

A medida que la brisa nocturna acariciaba su rostro, Dakota se preguntaba qué significaba todo eso para su propia vida. Una mezcla de emociones la invadió: felicidad por ver a Addison encontrar una conexión tan especial con otra persona, aunque se tratara de su antiguo peor enemigo, y una envidia que sabía que no era sana, porque podía emponzoñar su corazón.

Había atravesado muchas dificultades junto a su hermana, quien siempre había sido su mayor apoyo, y la sola idea de que Addison decidiera quedarse en Serene Fall la atemorizaba. Sin embargo, una determinación silenciosa se encendió en su interior. Haría todo lo posible para apoyar a Addison en su camino hacia la felicidad, sin importar los desafíos que se le presentaran en su propia vida. Amaba a su hermana y quería que fuera feliz, aunque eso significara alejarse de ella.

Con un suspiro resignado, Dakota decidió permitir que la noche absorbiera sus pensamientos y emociones mientras se daba la vuelta y regresaba a la casa. Sabía que el amanecer traería consigo nuevas oportunidades y desafíos, y estaba lista para enfrentarlos. Necesitaba convertirse en una nueva persona, alguien capaz de valerse por sí misma y de superar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Quería ser un ejemplo para su pequeña Selene.

***

Rancho Parker,
dos días después

El suave tintineo de cristal resonaba en el tranquilo salón cuando Dakota entró, su rostro iluminado por una sonrisa cansada pero tranquila. Addison estaba sentada en el sofá, con una copa de vino blanco en la mano, esperando pacientemente a su hermana para abordar el delicado asunto de la herencia de su padre. Habían recibido una llamada del señor Morrison dos días antes, advirtiéndoles que no podían demorarse más en tomar una decisión, ya que el plazo para aceptar la herencia estaba a punto de expirar. Por más difícil que fuera, no podían posponer por más tiempo aquella crucial conversación.

Dakota se acercó con paso ligero, sintiéndose aliviada al dejar a la pequeña Selene dormida en su habitación. Se dejó caer en el sofá junto a Addison, aceptando la copa que su hermana le tendía con una expresión de agradecimiento.

—Addie —dijo Dakota tras dar el primer sorbo—, no sabes cuánto necesitaba esto —confesó.

Addison le dedicó una sonrisa comprensiva y pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermana en un gesto de apoyo silencioso. Juntas compartieron un momento de tranquilidad, permitiendo que el peso del día se disipara lentamente.

Después de un momento, Addison rompió el silencio, su tono era sereno pero decidido.

—Creo que es hora de hablar sobre la decisión que tenemos que tomar con respecto a la herencia de papá. El señor Morrison nos ha dado cita para dentro de un par de días —recordó Addison la situación a su hermana.

Dakota asintió, consciente de que era hora de enfrentar la realidad.

—Estoy de acuerdo —expresó Dakota finalmente—. Es el momento de abordar este asunto de frente y decidir qué es lo mejor para ambas y para Selene.

—Bien, pues comencemos —afirmó Addison con ímpetu mientras cogía una de las copias del testamento que les había entregado el abogado en su primera visita—. Los bienes son los siguientes: el rancho, el taller y diez mil dólares. Antes de decidir cómo repartirlos, debemos determinar si vamos a aceptar la herencia o no —continuó Addison—. ¿Tú qué quieres hacer? —preguntó expectante.

—Creo que sería una estupidez rechazar la herencia —contestó Dakota—. Sé que nuestra relación con papá no era la mejor, pero creo que en el fondo él nos quería a su manera, y querría que sus bienes fueran para nosotras.

—Puede que tengas razón —aceptó Addison las palabras de su hermana, aunque no pudo evitar sentirse culpable por no contarle lo que había descubierto sobre los negocios ilícitos de su progenitor. Sabía que, si su hermana se enteraba, se pondría furiosa y rechazaría la herencia, por

eso había preferido ocultarlo. Era su obligación como hermana mayor proteger a Dakota y a su sobrina e intentar que tuvieran un futuro mejor, aunque eso supusiera aceptar la herencia de su padre—. He pensado en una opción, a ver qué te parece —expresó Addison.

—Dispara —dijo Dakota, instándola a hablar.

—Se me había ocurrido que tú te quedaras parte del dinero del banco y el rancho. Michael me habló de un posible comprador. Con eso podrías abrir tu propio negocio en Dallas, e incluso comprar un pequeño apartamento —propuso Addison.

—¿Y tú? —preguntó Dakota algo confusa, sin estar segura de que la propuesta de Addison fuera la más justa para su hermana. Tenía la sensación de salir beneficiada en la repartición y eso no le gustaba.

—Bueno, yo había pensado quedarme con la otra mitad del dinero y el taller —contestó Addison a su pregunta.

—¿Eso quiere decir que te vas a quedar en Serene Fall? —quiso saber, imprimiendo cierta cautela en su voz. Parecía que tras aquella pregunta había más incógnitas.

—No exactamente… puedo alquilar el negocio o venderlo —se apresuró a negar Addison, aunque tampoco podía contarle a su hermana la verdadera razón por la que quería quedarse con el taller. No quería que Dakota se viera involucrada en los asuntos turbios de su padre, y mucho menos teniendo en cuenta que tenía que hacerse cargo de Selene. Al fin y al cabo, si algo salía mal, ella no tenía a nadie. No había mucho que perder.

—Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Piensas quedarte en Serene Fall, teniendo en cuenta que te has enredado con Zachary Bale, o vas a regresar a Dallas conmigo? —insistió Dakota, enseñando todas sus cartas.

Addison, que no esperaba las palabras de su hermana, se quedó unos minutos con la boca abierta antes de ser capaz de reaccionar.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó exaltada.

—Porque os vi el otro día del granero —confesó Dakota con una sonrisa divertida al ver la expresión espantada de su hermana.

El rubor ascendió velozmente por las mejillas de Addison mientras intentaba calmar los frenéticos latidos de su corazón al ser descubierta por su hermana.

—Oh, bueno, eso que viste fue... —balbuceó Addison, sin encontrar las palabras adecuadas para explicar la situación.

—No tienes que decir nada si no quieres, Addie. Solo quiero que seas feliz, ¿lo eres? —preguntó Dakota con ternura, colocando una mano reconfortante sobre el brazo de su hermana.

—Creo que sí —confesó Addison con cierta timidez—. Aunque me cueste admitirlo, creo que me he enamorado de Zachary —pronunció por primera vez.

—¡Oh, Addie! No sabes cuánto me alegro, aunque debo confesar que nunca hubiera imaginado que acabara surgiendo algo entre tú y Zachary Bale —confesó Dakota con sinceridad.

—Yo tampoco —replicó Addison, mientras dejaba escapar un suspiro cargado de emociones encontradas.

Dakota sonrió, genuinamente feliz por su hermana, pero al mismo tiempo, una punzada de preocupación se abrió paso en su corazón. La idea de que Addison pudiera decidir quedarse en Serene Fall para siempre, dejándolas a ella y a Selene en Dallas, la inquietaba. Sin embargo, al instante reconoció que esa preocupación era egoísta.

Dakota sacudió la cabeza, despejando esos pensamientos de su mente. Lo más importante era el bienestar de Addison y si encontraría la felicidad en Serene Fall. Además, sabía que

siempre encontrarían la manera de mantenerse conectadas, independientemente de dónde estuvieran físicamente.

—Lo más importante es que estés feliz, Addie —dijo Dakota con una sonrisa sincera—. Y si eso significa quedarte aquí con Zachary y seguir a tu corazón, entonces estaré encantada de apoyarte en eso.

Addison le devolvió la sonrisa, agradecida por el apoyo incondicional de su hermana. La idea de tomar una decisión definitiva sobre su futuro era abrumadora, pero saber que tenía el respaldo de Dakota le daba la fuerza para seguir adelante.

—Gracias, Dakota —dijo Addison, con gratitud en su voz—. Significa mucho para mí.

Las dos hermanas se abrazaron, compartiendo un momento de conexión y complicidad que reafirmó el vínculo especial que las unía. Juntas, estaban listas para enfrentar cualquier desafío que el futuro les deparara.

CAPÍTULO 21

Serene Fall

Addison apenas había pegado ojo después de la conversación que había protagonizado con su hermana la noche anterior. No había sido fácil tomar una decisión respecto a la dichosa herencia que compartían, pero una vez que la habían tomado, estaba lista para enfrentar las consecuencias. Aún no había compartido su decisión respecto al taller con nadie más que su hermana y era plenamente consciente de que su decisión la ponía en peligro respecto a Peter Morgan. Sabía que tarde o temprano él reclamaría la supuesta deuda de su padre, pero estaba dispuesta a cruzar ese puente cuando llegara el momento.

Inmersa en la tediosa tarea de revisar facturas y hacer inventario, Addison estaba concentrada en su trabajo cuando Patrick entró en el despacho sin anunciarse, acercándose a ella con una mirada inquisitiva.

—Addison, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó Patrick con una expresión seria en el rostro.

Addison asintió y lo invitó a sentarse antes de preguntar:

—¿Qué sucede, Patrick?

—Se trata del señor Morgan. Faltan dos días para que se cumpla el plazo que te dio, y el jefe empieza a impacientarse al ver que no te pones en contacto con él —advirtió Patrick, visiblemente preocupado por la situación.

—¿No crees que eso es asunto mío? —respondió Addison, molesta. Patrick era un buen mecánico y tenía habilidades para tratar con los trabajadores, pero parecía tener la costumbre de entrometerse donde no lo llamaban.

Patrick frunció el ceño, como si estuviera considerando sus palabras antes de responder con cautela:

—Por supuesto, pero solo intento darte un consejo. Conozco a Morgan desde hace varios años y es un tipo más peligroso de lo que puedas pensar. Habrá graves consecuencias si ignoras sus demandas —le advirtió.

—Lo entiendo, y agradezco tu consejo, pero no estoy dispuesta a ceder ante sus amenazas. No dejaré que me manipule ni me someta a sus caprichos, como hacía con mi padre.

Patrick la miró durante un momento, evaluando sus palabras antes de asentir con resignación.

—Está bien, Addison. Solo espero que sepas lo que estás haciendo y que estés preparada para lo que pueda venir.

Después de la conversación con Addison, Patrick se levantó del escritorio con un gesto frustrado. Sus palabras habían sido rechazadas y su preocupación había caído en oídos sordos. Con un suspiro de exasperación, se dio la vuelta y salió del despacho sin decir una palabra más mientras Addison le veía alejarse con paso firme y evidentemente contrariado.

—Qué le vamos a hacer —dijo Addison en voz alta antes de volver a centrarse en los papeles del taller.

Patrick, por su parte, salió por la puerta trasera del edificio que daba a un estrecho callejón. El aire fresco de la tarde le ayudó a calmar los nervios. Sin embargo, la molestia seguía presente en su mente mientras caminaba hacia un rincón apartado. Allí sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Con dedos hábiles, marcó un número conocido y esperó mientras sonaba el tono. Cuando finalmente alguien respondió al otro lado de la línea, la tensión en su voz era palpable.

—¿Violet? —dijo con una mezcla de ansiedad y determinación—. Tenemos un problema, tenemos que hablar.

—¿Es sobre Morgan? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—No, es sobre Addison. Me temo que nos va a meter en un problema —confesó Patrick mientras oteaba a su alrededor para asegurarse que nadie le escuchaba.

—Está bien, en un par de horas donde siempre —dijo la voz antes de cortar la llamada.

***

Unos días después

Dakota miraba nerviosamente a Selene, quien jugaba con sus juguetes en el suelo de la sala de estar. La idea de dejar a su pequeña con una niñera por primera vez la llenaba de ansiedad. Se mordió el labio inferior, indecisa, mientras revisaba mentalmente todas las posibles situaciones que podrían suceder en su ausencia.

—¿Estás segura de que estará bien? —preguntó a su hermana, situada a su lado, con voz temblorosa.

Addison se acercó a ella y colocó un brazo reconfortante sobre sus hombros.

—Dakota, no va a pasar nada malo. Confía en mí, hemos encontrado a la mejor niñera posible. Selene estará bien, te lo prometo —afirmó Addison con rotundidad.

Aunque apreciaba las palabras de Addison, Dakota no podía evitar sentirse nerviosa. Era verdad que cuando ella estaba trabajando en la pastelería, Selene tenía que quedarse en la guardería, pero dejarla con una adolescente en casa era una cosa muy diferente.

—Pero ¿y si se lastima o se siente mal y no podemos llegar a tiempo? —intentó rebatir.

Addison le sonrió con dulzura antes de contestar a su pregunta.

—Primero: estaremos de vuelta antes de que te des cuenta. Y segundo; sé que Selene está en buenas manos. Brianna me ha recomendado a su hermana vehementemente. Al parecer, Hailey Duncan es una jovencita responsable y cuidadosa. A menudo se hace cargo de sus sobrinos y otros niños del pueblo. Y si algo sucediera, hipotéticamente, cualquiera de los Duncan estaría aquí en menos de cinco minutos. Recuerda que su rancho está al sur.

Dakota suspiró, sintiendo un nudo en su estómago, pero sabía que Addison estaba en lo cierto.

—Está bien tienes razón, perdona por ser tan hipocondriaca —se disculpó Dakota avergonzada.

—No pasa nada, cielo —replicó Addison con una sonrisa.

En ese momento, el estruendo de un motor cortó la monotonía del ambiente, y Addison salió al exterior mientras Dakota permanecía vigilando a la pequeña, absorta en su mundo y

ajena al bullicio que rodeaba a su madre. Minutos más tarde, Addison reapareció acompañada por una muchacha de largo cabello castaño, que casi rozaba su cintura, y unos ojos verdes cautivadores.

—Buenos días, siento haber llegado tarde, pero mi hermano Jared ha tenido un percance con una vaca —se disculpó Hailey, visiblemente avergonzada por el retraso.

—Cielo, no te preocupes, solo has llegado cinco minutos tarde —la tranquilizó Addison con amabilidad—. Esta es Dakota —la presentó, notando cómo su hermana no podía apartar la mirada de la joven.

—Encantada —dijo Hailey algo cohibida, pero cuando desvió su mirada y descubrió a la pequeña Selene jugando con sus bloques, una sonrisa tierna se dibujó en sus labios—. Oh, es monísima —afirmó mientras se dirigía hacia donde estaba la niña y se arrodillaba a su lado.

—¿Te sientes más tranquila? —preguntó Addison cogiendo su bolso, que reposaba sobre el sofá.

—Sí, vamos —dijo Dakota resignada, siguiendo a su hermana hacia la puerta.

El viaje a Hidden Valley transcurrió sin contratiempos, con Dakota y Addison compartiendo momentos de conversación y reflexión mientras avanzaban por la sinuosa carretera que las conducía hacia su destino. El paisaje se transformaba gradualmente a medida que se adentraban en el valle, con colinas ondulantes y exuberantes campos verdes que se extendían a su alrededor.

Entraron en el bufete con cinco minutos de margen antes de la cita, y el señor Morrison las recibió personalmente con un gesto amable antes de guiarlas hasta su despacho, situado al fondo del pasillo.

—Señoritas Parker, es un placer volver a verlas —dijo el señor Morrison, invitándolas a tomar asiento frente a su mesa.

Dakota y Addison siguieron sus indicaciones con gratitud antes de comenzar a hablar.

—Apreciamos su paciencia, señor Morrison —respondió Addison con tono suave—. Queremos disculparnos por la demora en el asunto de la herencia de mi padre, pero no ha sido una decisión fácil —confesó con sinceridad.

El señor Morrison asintió y abrió una carpeta sobre su escritorio, revisando algunos documentos antes de dirigirles una mirada comprensiva.

—No se preocupen por mí, entiendo que estos acuerdos llevan su tiempo. Lo importante es que estén seguras de su elección.

—Lo estamos —afirmaron ambas al unísono.

—Entonces, procedamos —dijo el señor Morrison mientras colocaba unos documentos frente a las hermanas.

Dakota y Addison examinaron los documentos extendidos ante ellas, observando cómo las palabras impresas en el papel parecían trazar el nuevo destino de ambas. Después de un momento, firmaron, sellando así el acuerdo. El señor Morrison les ofreció una sonrisa de aprobación mientras recogía los papeles y estampaba su propia firma en los mismos.

—Bueno, pues parece que todo está en orden. En unos días recibirán la documentación a su nombre y serán libres de decidir qué hacer con su herencia —anunció el hombre mientras cerraba la carpeta y les ofrecía su mano primero a Addison y luego a Dakota.

Minutos después, ambas salieron del edificio con una extraña sensación recorriendo sus cuerpos y se detuvieron frente a la fachada del edificio que acababan de abandonar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dakota, siendo la primera en romper el silencio.

—Creo que deberíamos ir a tomar un café —propuso Addison, tomando las riendas de la situación—. Necesito un poco de cafeína para pensar con claridad.

—Me parece buena idea —replicó Dakota con una sonrisa cómplice.

CAPÍTULO 22

Serene Fall

Dakota había pasado la tarde haciendo varios recados en el pueblo mientras Addison se quedaba al cargo de Selene. Después de comprar algo de ropa nueva a la pequeña, que había crecido bastante en las últimas semanas, se dirigió al supermercado y luego a correos. Su última parada fue en la acogedora cafetería Keller. Entró a última hora de la tarde y se sentó en una de las mesas situadas al fondo del local mientras Louise Keller, la propietaria, se acercaba con una taza de café en la mano junto a una porción de tarta de chocolate, su preferida.

—Dakota, ¡qué sorpresa verte por aquí!—comentó Louise con alegría—. ¿Puedo sentarme? —preguntó con cautela.

—Por supuesto —exclamó Dakota con una sonrisa amable. No podía negar que le encantaban las charlas que solía compartir con Louise.

Suponía que debían ser muy parecidas a las que podían tener una madre y una hija, aunque ella nunca pudo conocer a la suya. Ella murió cuando era una niña que apenas había aprendido a andar.

—Hace tanto tiempo que no te pasabas por aquí —comentó Louise con la mirada clavada en su rostro.

—Sí, es cierto, pero la verdad es que he estado muy liada —se excusó Dakota algo avergonzada.

—No pasa nada, mi niña, es normal, y más teniendo en cuenta que ya eres madre —dijo Louise extendiendo su mano para aferrar la de la joven. Y no pudo evitar sonreír al descubrir la sorpresa en su rostro—. ¿Acaso pensaste que ibas a engañarme? —añadió con cierto humor.

—No, por supuesto que no —logró balbucear Dakota con esfuerzo—. No te dije nada porque no quería dar explicaciones a todo el mundo… —se excusó, algo avergonzada.

—Y mucho menos decirnos que el padre de Selene es Darrel Mayers, ¿verdad? —cuestionó Louise arqueando su ceja derecha—. Tranquila —dijo elevando la mano, que antes había aferrado los dedos de la joven, cuando descubrió el desconcierto en su rostro—, seré una tumba. Nunca me ha gustado meterme en asuntos ajenos —añadió.

—Gracias —dijo Dakota sintiéndose aliviada.

—Y ahora, cambiando de tema, ¿cómo te ha tratado la vida desde la última vez que estuviste aquí?

Dakota suspiró pesadamente antes de acodarse sobre la mesa y apoyar la barbilla sobre sus manos enlazadas.

—Ha sido un poco complicado últimamente. Hace unos días, Addison y yo aceptamos la herencia.

—¿Y eso quiere decir que vais a regresar a Dallas? —preguntó Louise con la pena latente en su voz.

—Pues la verdad es que no lo sé —confesó Dakota con sinceridad—, lo que sí es

cierto es que no nos queda mucho tiempo más. En mi caso se me acaba el permiso que pedí y debo regresar, aunque aún no sé qué haré con la herencia de mi padre.

Louise inclinó la cabeza en señar de comprensión.

—Entiendo lo difícil que puede ser. Pero ¿sabes, Dakota?, siempre has sido una persona fuerte y decidida. Estoy segura de que tomarás las decisiones adecuadas.

Dakota sonrió débilmente, gratificada por las palabras de la mujer.

—Gracias, Louise. Significa mucho para mí escuchar eso.

Permanecieron en un silencio cómodo unos minutos más, mientras Dakota disfrutaba del sabor de la tarta y la amargura del café.

—Escucha, Dakota —dijo Louise rompiendo el silencio—, he estado pensando mucho en el futuro de esta cafetería. He llegado a un punto en mi vida en el que siento que es hora de descansar, y para eso tengo que traspasar el negocio a alguien más joven y con energía fresca. Tras lo que me acabas de comentar, he pensado que tú serías la persona ideal para dicha tarea.

Dakota miró a Louise con la sorpresa dibujaba en su rostro.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó entre cautelosa y emocionada.

Louise asintió con un gesto de cabeza y una sonrisa genuina adornando sus labios. Podía ver la emoción en el rostro de la joven, que enseguida se le contagió.

—Absolutamente. Cuando pienso en alguien que podría llevar este lugar al siguiente nivel, tu nombre siempre viene a mi mente —confesó—. Recuerdo lo talentosa y laboriosa que eras cuando trabajabas aquí, y creo que serías perfecta para hacer crecer este negocio.

Dakota se tomó unos minutos para reflexionar sobre la proposición inesperada que le acababa de hacer Louise.

—Es una propuesta tentadora —respondió finalmente—, realmente lo es —confesó con la intención de ser completamente sincera—. Pero con todo lo que está pasando en mi vida en este momento, no estoy segura de estar lista para comprometerme con algo tan grande.

Louise asintió comprensivamente con un gesto de cabeza.

—Lo entiendo. Tómate tu tiempo para pensarlo. Pero quiero que sepas que esta oportunidad siempre estará aquí para ti.

—Gracias, Louise, te prometo que lo pensaré —aseveró rotunda.

La conversación continuó mientras Louise y Dakota compartían un momento de complicidad y apoyo mutuo en medio de la tranquilidad de la cafetería Keller, que estaba a punto de cerrar.

Poco después, Dakota salió del acogedor refugio que ofrecía la cafetería Keller tras la agradable charla. Cuando había entrado en el local no pensó que saldría con más cosas en las que pensar y que podrían suponer un cambio drástico en su vida, pero así era, y suponía que eso desembocaría en una nueva noche de insomnio con la cabeza trabajando a mil revoluciones.

Cuando salió, fue recibida por un aire fresco y húmedo que anunciaba la inminente llegada de la lluvia. Al levantar la vista, observó cómo las primeras gotas comenzaban a salpicar el suelo, mientras las nubes se arremolinaban en el cielo, oscureciendo cada vez más el horizonte. Lo que antes era una lluvia apenas perceptible, ahora ganaba en intensidad, formando charcos en el pavimento y empapando rápidamente las aceras.

Un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de que no había llevado consigo un

paraguas. Con un suspiro resignado, se apresuró a caminar por la acera mojada, buscando refugio bajo los escasos aleros de los edificios. El sonido de sus pasos resonaba en el silencio de la calle desierta, acompañado por el constante tamborileo de la lluvia sobre el pavimento.

De repente, recordó que había estacionado su coche varias calles más allá, cerca de la oficina de correos. Maldiciendo su mala suerte, aumentó el ritmo de sus pasos, sintiendo cómo el agua empapaba su ropa y su cabello. Pero su situación empeoró cuando la lluvia se transformó en granizo, golpeándola con fuerza. Después de dudar unos instantes, decidió buscar refugio en el primer edificio que encontró, el cual resultó ser el ayuntamiento. Apresuradamente se refugió bajo el abrigo de la entrada, agradeciendo encontrar un lugar seco y protegido de la tormenta que arreciaba fuera.

Mientras Dakota se refugiaba del furioso chaparrón bajo el techo del ayuntamiento, el sonido de una puerta a sus espaldas la sobresaltó. Volvió la cabeza y se encontró con Darrel, que permanecía quieto en la entrada con una expresión de evidente sorpresa.

—¡Dakota! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Darrel sorprendido.

—Estaba haciendo unos recados, y cuando regresaba a mi coche comenzó la tormenta. No tengo paraguas —se justificó Dakota a regañadientes, sintiéndose cohibida por la presencia de Darrel después de su último encuentro en el rancho.

—Entiendo, pero entra rápido antes de que acabes empapada —la urgió mientras sostenía la puerta para que ella la traspasara.

Dakota dudó, pero finalmente accedió a su petición y entró en el edificio, que apenas estaba iluminado a esa hora tan tardía. Darrel la guio hacia una sala de espera donde un cálido aire proveniente de un aparato de climatización proporcionaba un respiro del frío de la lluvia.

—Siéntate aquí —solicitó Darrel cortésmente—. Voy a buscar algunas toallas para que puedas secarte —añadió con determinación, antes de desaparecer por las amplias puertas de madera de nogal.

Dakota se sentó en el banco indicado por Darrel, y poco a poco la calidez volvió a sus dedos entumecidos. Aunque se sentía cohibida por la presencia de Darrel y la incomodidad del recuerdo de su último encuentro, no podía negar que apreciaba su amabilidad y preocupación por su bienestar.

Después de unos minutos, Darrel regresó con un par de toallas blancas dobladas entre sus manos y una sonrisa reconfortante en sus labios.

—Aquí tienes, deberías secarte antes de pescar un constipado —aconsejó.

Dakota tomó las toallas con gratitud y comenzó a secarse el cabello y la ropa empapada. Sin embargo, notó que Darrel no apartaba la mirada de ella, lo que la hizo sentir incómoda y nerviosa.

—Gracias —dijo, tratando de romper el silencio incómodo que se había instalado entre ellos.

Darrel asintió, pero no dijo nada, sus ojos seguían fijos en ella, como si estuviera hipnotizado con su presencia.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo? —preguntó Dakota, notando la mirada intensa que él tenía clavada en su persona.

Darrel parpadeó, como si estuviera saliendo de un trance.

—Sí, sí, estoy bien —contestó a la pregunta de Dakota, sintiéndose avergonzado al

percatarse de su actitud poco apropiada mientras apartaba la mirada de ella con celeridad.

Dakota asintió, desviando la mirada de Darrel, consciente de la tensión palpable que flotaba a su alrededor.

El silencio volvió a caer sobre ellos, solo interrumpido por el suave zumbido del aire acondicionado y el tintineo de la lluvia que seguía cayendo afuera. El ambiente cargado de emociones y recuerdos parecía envolverlos mientras Dakota continuaba secándose el cabello. A pesar de los intentos de ambos por ignorar la atracción que existía entre los dos, esta parecía pesar en el aire, como si el tiempo no hubiera hecho mella en los sentimientos que compartían.

Darrel luchaba internamente con sus emociones, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza ante la presencia de Dakota. La necesidad de expresar lo que sentía era abrumadora, y sin poder contenerse más, dio un paso adelante y fijó sus ojos en ella con intensidad antes de hablar.

—Dakota, no puedo fingir por más tiempo —confesó Darrel—. Hay algo que necesito hacer—, murmuró con su voz cargada de emoción.

Dakota, al escuchar su voz a tan corta distancia levantó la mirada hacia él, y sus ojos se encontraron en un momento de complicidad silenciosa. Por dentro, el deseo de corresponder al beso de Darrel ardía en su pecho, pero las dudas y los miedos la mantenían paralizada.

Darrel, ajeno a las dudas de Dakota, se inclinó hacia delante, acortando la distancia entre ellos y capturó los labios de ella en un beso apasionado y desgarrador que erizó toda su piel.

Dakota se dejó llevar por la intensidad del momento mientras su corazón martilleaba contra su pecho cuando sus labios se encontraron. A pesar de que correspondió al beso gustosa, en su interior se desató una batalla. Por un lado, ansiaba la calidez y el amor que emanaban de Darrel, pero por otro, las dudas y los recuerdos dolorosos la atormentaban.

En un instante de claridad, Dakota se apartó suavemente, rompiendo el beso y separándose de él con un gesto de confusión en su rostro.

—Lo siento, Darrel. No puedo... no puedo hacer esto ahora —murmuró, su voz era apenas un susurro.

Darrel la observó con tristeza, su expresión reflejaba dolor, lo que provocó que Dakota sintiera el escozor de las lágrimas que comenzaron a recorrer sus mejillas. Sin embargo, las apartó con sus dedos furiosamente.

—Lo siento, no quise... no quería presionarte —se excusó—. Solo quería que supieras...

—Darrel, por favor, no digas nada más. Lo siento —rogó Dakota con voz temblorosa antes de apartarse de él.

Se sentía abrumada por la confusión y la angustia que la embargaban. En un movimiento brusco, giró sobre sí misma, dándole la espalda a él, y caminó hacia la puerta sin mirar atrás, buscando desesperadamente alejarse del momento que acababa de vivir.

Sus pasos resonaban en el suelo mojado mientras corría por las calles, con cada latido de su corazón retumbando en sus oídos. La lluvia seguía cayendo implacable, como si el cielo reflejara el caos que reinaba en su mente.

Finalmente, llegó a su coche, respirando agitadamente mientras metía la llave en la cerradura y se subía al asiento del conductor. Se sentó allí por un momento, tratando de

recuperar el aliento y calmar el torbellino de emociones que la invadía.

Con un suspiro pesado, Dakota se obligó a enfrentar la realidad de lo que acababa de suceder. Sabía que no podía huir para siempre de sus sentimientos por Darrel, ni de las difíciles decisiones que tendría que tomar ahora que sabía que seguía amando a ese hombre. Pero necesitaba un momento lejos del tumulto emocional que la invadía.

Con determinación, encendió el motor y se alejó lentamente, dejando atrás el ayuntamiento y la tormenta que había dejado su corazón sumido en el caos. A medida que avanzaba por las calles empapadas, una sensación de calma comenzó a envolverla, brindándole un breve respiro en medio de aquella tormenta.

CAPÍTULO 23

Rancho Parker

La lluvia golpeaba con fuerza los cristales de la ventana mientras Addison arropaba a Selene en su camita, con cuidado para no despertarla. La pequeña respiraba suavemente, sumida en un profundo sueño, ajena a la tormenta que se había desatado en el exterior de la casa. Addison sonrió con ternura, ajustando el edredón alrededor de su sobrina antes de darle un beso en la frente y salir de la habitación con pasos silenciosos.

El sonido amortiguado de sus pies contra la moqueta de las escaleras la condujo al despacho de su padre. La luz tenue de la lámpara de escritorio apenas iluminaba el despacho, creando sombras danzantes en las paredes mientras se sumergía en sus pensamientos.

Con un suspiro pesado, se sentó en la vieja butaca y deslizó sus dedos sobre el pulido escritorio de roble, apreciando la rugosidad de la superficie bajo sus yemas. Mientras tanto, fuera, la noche envolvía la casa en un manto de silencio, solo interrumpido por el suave murmullo del viento. En ese oasis de calma, Addison encontraba un refugio que le permitía reflexionar sobre su vida y las decisiones que se avecinaban. Por un lado, anhelaba vender el taller y dejar atrás todos los recuerdos y malas decisiones de su padre. Por otro, se le presentaba la posibilidad de quedarse en Serene Fall y seguir con el negocio familiar, lo que significaría dejar de lado a Peter Morgan. Sin embargo, esta idea había surgido tras descubrir que se había enamorado de Zachary Bale.

Estaba sumida en esos pensamientos, cuando se sobresaltó al escuchar un sonido inquietante que venía del exterior. Se levantó de la butaca con cautela, y, tras dudar unos segundos, salió del despacho. Sus pasos resonaban en el suelo de madera del pasillo mientras se dirigía hacia la puerta de la entrada. La lluvia seguía golpeando con furia contra los cristales, pero por encima de ese estruendo, identificó un ruido distinto, como si alguien estuviera golpeando la puerta.

Con precaución, giró el picaporte y abrió, revelando la figura empapada de Zachary Bale parado en el umbral. Tenía el cabello oscuro pegado a la frente por la lluvia, y sus ojos negros reflejaban determinación.

—Zachary, ¿qué haces aquí? —preguntó Addison, desconcertada ante su presencia.

—Addison —dijo Zachary, su voz apenas audible a causa del rugido del viento y la lluvia—. Lo siento por aparecer así, pero necesitaba verte —confesó.

El corazón de Addison dio un vuelco al verlo allí, frente a ella, con la tormenta como telón de fondo. Se sintió abrumada por una mezcla de emociones, sin saber qué decir o cómo reaccionar ante la inesperada presencia del hombre que no había salido de su cabeza durante días.

—Por favor, pasa —le invitó cuando al fin fue capaz de reaccionar.

—Gracias —replicó Zachary, agradecido.

—Creía que podría ser Dakota —comentó Addison mientras caminaba hacia el salón de la vivienda, seguida de cerca por Zachary. Podía sentir su intensa mirada oscura clavada

en su espalda—. Se fue hace un par de horas a Serene Fall a hacer unos recados y ya debería haber regresado —confesó con evidente preocupación.

—Quizás ha decidido esperar a que escampe —replicó Zachary, intentando tranquilizarla mientras se quitaba el sombrero empapado y lo colgaba sobre una de las sillas colocada junto a una mesa redonda situada en una esquina de la estancia.

—Sí, puede ser —respondió Addison distraídamente, girándose para enfrentar a Zachary ahora que estaban en el salón—. Bueno, tú dirás, ¿Qué es lo que querías? —preguntó intrigada.

—Quería saber cómo estás —respondió él—. No he sabido nada de ti desde la otra noche, cuando hicimos el amor —le reprochó.

Addison sintió cómo sus mejillas se coloreaban al escuchar su reprimenda, sintiendo el peso de las palabras de Zachary resonar en el aire.

—Zachary...— murmuró, luchando por encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía—. Lo que sucedió entre nosotros... fue especial y único —admitió con sinceridad, evitando su mirada mientras jugueteaba nerviosamente con el borde de su jersey.

Zachary se acercó un paso más, hasta que quedaron frente a frente. Luego colocó el dedo índice bajo su barbilla y la obligó a elevar el rostro hasta que sus miradas se encontraron.

Addison descubrió una intensidad abrumadora cuando sus ojos chocaron con los oscuros de él.

—No sé para ti, pero para mí lo que sucedió entre nosotros la otra noche fue algo más que especial —confesó en un susurro, con su voz cargada de emoción contenida.

El silencio llenó la habitación, solo interrumpido por el suave murmullo de la lluvia golpeando contra los cristales. Addison sintió una mezcla de miedo y anticipación arremolinarse en su interior, como si estuviera en el borde de un precipicio, a punto de dar el salto hacia lo desconocido.

—Zachary...—replicó, dispuesta a ser valiente—. La verdad es que yo tampoco puedo dejar de pensar en ti. He necesitado estos días para saber lo mucho que significas para mí —admitió con voz temblorosa, sus ojos azules brillando con una intensidad que dejó sin aliento al vaquero.

El corazón de Zachary se aceleró mientras sus propias emociones amenazando con desbordarse.

—Addison, yo... —comenzó a decir, pero las palabras se atascaron en su garganta, incapaz de expresar la profundidad de lo que sentía.

En un impulso repentino, se inclinó hacia delante y capturó los labios femeninos en un beso suave pero apasionado. Fue como si el mundo entero se desvaneciera a su alrededor, dejándolos solos a ellos dos y el calor ardiente de su incipiente amor.

Cuando finalmente se separaron, sus respiraciones entrecortadas se mezclaron en el aire cargado de electricidad. Zachary acarició su mejilla con ternura infinita.

—No sé cómo ha sucedido, pero creo que te amo, Addison —susurró Zachary con extrema suavidad.

Una sonrisa temblorosa se formó en los labios de la joven al escuchar sus palabras, que resonaron en su corazón como una melodía suave y reconfortante.

—Y yo a ti, Zachary —confesó en un murmullo, sintiendo cómo el peso de sus palabras se elevaba de sus hombros, dejándola libre para amar sin reservas ni temores.

En medio de la tormenta que rugía fuera, Addison y Zachary se aferraron el uno al otro con fuerza, conscientes de que juntos podrían enfrentar cualquier desafío que la vida les deparara. El estruendo del viento y la lluvia golpeando contra las ventanas creaba una sinfonía caótica que contrastaba con la calma que encontraban en el abrazo mutuo.

Después de varios minutos de silencio, Zachary rompió el abrazo y clavó su mirada en el rostro de Addison, su expresión era una mezcla de ternura y avidez. Y aun así se dispuso a hacer lo correcto.

—Es tarde, creo que debería marcharme ya —susurró, aunque en su interior deseaba quedarse allí para siempre, junto a la mujer a la que había entregado su corazón sin remisión.

Addison encontró su mirada, y en ese instante, un torbellino de emociones la inundó. Pero entre todos esos sentimientos, el anhelo fue el que destacó con más fuerza, reflejándose en sus ojos suplicantes.

—Zachary, por favor, no te vayas —le rogó en un susurro.

—¿Es eso una invitación? —preguntó Zachary, con su voz cargada de cautela y esperanza.

La respiración de Addison se volvió más profunda mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para responder a su pregunta. No podía permitir que se marchara en medio de la tormenta, consciente del peligro que eso implicaba. Aunque la verdadera razón por la que no quería que se fuera era el deseo que comenzaba a caldear su cuerpo. Con determinación, levantó la mirada para encontrarse con los ojos oscuros de Zachary antes de darle la respuesta que él esperaba.

—Sí —respondió finalmente, con su voz en apenas un susurro—. Es una invitación. Quédate esta noche, Zachary. Quédate aquí, conmigo.

El alivio se reflejó en los ojos de Zachary al escuchar sus palabras. Una sonrisa tímida curvó sus labios y con pasos vacilantes se acercó a ella. Con un gesto suave, elevó su mano y acarició su mejilla.

—Gracias, Addison. No hay otro lugar en el que preferiría estar que a tu lado —confesó con voz cargada de emoción.

Addison no dijo nada, simplemente le devolvió la sonrisa y tomó su mano para guiarlo fuera del salón, en dirección a las escaleras que los llevarían a su dormitorio. Una vez allí, cerró la puerta tras ellos, envolviéndolos en una intimidad compartida y la promesa de una noche que podría cambiarlo todo.

Mucho tiempo después, la atmósfera en la habitación estaba cargada de un silencio lleno de significado después de compartir ese momento íntimo. Zachary, con la mirada perdida en el techo, mientras acariciaba el hombro de Addison haciendo círculos con el dedo, rompió el silencio con una pregunta que pesaba en su mente desde hacía tiempo.

—¿Qué piensas hacer ahora que ya has aceptado la herencia de tu padre? ¿Te irás a Dallas, o te quedarás en Serene Fall?

La suave voz de Zachary resonó en la habitación, cargada de preocupación y expectativa, mientras planteaba la pregunta que había estado corroyendo su mente. Se sentía vulnerable después de haberse abierto acerca de sus sentimientos por ella, y la sola idea de que se marchara ahora que finalmente la había encontrado, le aterraba.

Addison, acurrucada a su lado, sintió un nudo en la garganta al escuchar la pregunta. La incertidumbre pesaba en el aire mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

Sabía que su decisión tendría un impacto significativo, no solo en su propia vida, sino también en la relación que había comenzado a florecer entre ellos. Cerró los ojos por un momento, tratando de organizar sus pensamientos en medio de la turbulencia emocional que sentía, y, finalmente, encontró la fuerza para responder.

—¿Sabes? —comenzó, su voz era apenas un susurro lleno de emoción—. La verdad es que he estado reflexionando sobre ello desde que firmé esos papeles... Y aunque aún no sabía de tus sentimientos, ya estaba considerando la idea de quedarme en Serene Fall. Hay algo en este lugar que me hace sentir... diferente.

La habitación se sumió en un silencio cargado de significado mientras las palabras de Addison se desvanecían en el aire. Zachary la miró con atención, captando cada matiz de emoción en su expresión. Había esperado ansiosamente su respuesta, pero escucharla confirmaba sus más profundos deseos.

Con un suspiro de alivio, Zachary le acarició suavemente la mejilla, deseando expresarle todo el cariño y amor que sentía por ella.

—Gracias al cielo por eso. Aunque debo confesarte que si hubieras decidido regresar a Dallas, te habría seguido como un perrito faldero —confesó con un toque de humor en la voz.

Una risa suave escapó de los labios de Addison ante la imagen que evocaba la broma de Zachary. La tensión que había rodeado la conversación se disipó, reemplazada por una sensación de ligereza y conexión compartida.

—Oh, cielo, creo que serías el perrito faldero más encantador que haya existido —respondió juguetona.

Zachary clavó sus ojos en el rostro femenino y no pudo evitar sonreír divertido ante su respuesta. Sin embargo, esa sonrisa se desvaneció al recordar los demás asuntos pendientes que ella tenía.

—¿Y qué piensas hacer respecto al taller? —preguntó, evidentemente preocupado.

—Pienso seguir con el negocio familiar —contestó Addison con determinación—. Aunque primero tendré que deshacerme del socio de mi padre.

—Ese Peter Morgan es peligroso —le advirtió Zachary.

—Lo sé, pero no pienso continuar con los negocios ilícitos de mi padre —replicó con firmeza.

—Y yo te ayudaré, ni por asomo pienses que te voy a dejar sola en este asunto —afirmó Zachary con resolución.

El rostro de Addison se iluminó con gratitud al escuchar las palabras de Zachary, sintiendo una mezcla de alivio y fortaleza al saber que no tendría que enfrentarse sola a Peter Morgan y sus peligrosos negocios.

—Gracias, Zachary. Significa mucho para mí saber que puedo contar contigo —respondió con su voz cargada de emoción y afecto.

—Nunca lo dudes, Addison. Estoy aquí para ti en todo momento —aseguró Zachary, transmitiendo con su mirada el compromiso que sentía hacia ella.

Y así, en esa habitación iluminada por la suave luz de la luna, que se filtraba a través de las cortinas, Addison y Zachary se sumergieron en un abrazo dulce y cálido, uniendo sus corazones en un vínculo que prometía resistir cualquier desafío que el destino les deparara. Sabían que mientras estuvieran juntos, serían capaces de superar cualquier obstáculo.

CAPÍTULO 24

Al día siguiente

Addison descendió las escaleras hacia la acogedora cocina, preparada para enfrentar un nuevo día. Un sonoro bostezo escapó de sus labios, recordándole que apenas había pegado ojo aquella noche por culpa de Zachary, aunque una sonrisa se dibujó en sus labios al rememorar los momentos compartidos.

Cuando llegó, el aroma del café recién hecho flotaba en el aire, envolviéndola en una sensación reconfortante y familiar. Se detuvo en seco al ver a su hermana Dakota de pie junto a la cafetera, con una taza entre las manos y una expresión pensativa en el rostro.

Dakota levantó la mirada al notar la presencia de Addison y le dedicó una sonrisa suave.

—Buenos días. ¿Quieres un poco de café? —preguntó, extendiéndole una taza con gesto amable.

—Gracias —contestó Addison, aceptándola.

Permanecieron en un cómodo silencio durante varios minutos, pero cuando Addison detectó la preocupación en el rostro de su hermana, no dudó en preguntar.

—¿Te encuentras bien?

Dakota suspiró, jugueteando con la cuchara dentro de su taza antes de responder a su hermana.

—La verdad es que no he dormido demasiado esta noche —confesó con sinceridad.

—¿Se despertó Selene? —indagó Addison, rezando para que su encuentro amoroso con Zachary no hubiera sido demasiado ruidoso.

—No, la peque durmió del tirón toda la noche.

—¿Entonces?

—He estado pensando en lo que quiero hacer, si regresaré a Dallas o al final me quedaré en Serene Fall —confesó Dakota, con un deje de preocupación en su voz.

La expresión de Addison se suavizó, comprendiendo cómo se podía sentir su hermana. Ella misma había dudado sobre qué hacer, pero ya había tomado una decisión al respecto.

—Yo ya sé lo que quiero —confesó Addison, y, como esperaba, su hermana giró su rostro y clavó su mirada en ella.

—¿De verdad? —preguntó Dakota con nerviosismo. Aunque ambas habían acordado tomar la decisión más favorable individualmente, sin dejarse coaccionar la una por la otra, la sola idea de separarse de su hermana le hacía sentir que se abría una dolorosa grieta en su corazón—. ¿Y qué has decidido? —preguntó al ver que Addison no soltaba prenda.

—Quedarme en Serene Fall —contestó Addison, sintiéndose liberada—. Espero que no te enfades conmigo —añadió preocupada.

Dakota se acercó a ella y puso una mano reconfortante sobre su hombro antes de acallar sus temores.

—Enfadarme contigo, ¡ni hablar! —respondió con voz tranquilizadora—. Sé que has

tomado la decisión que consideras mejor para ti, y eso es lo más importante para mí.

El peso de la preocupación se alivió en los hombros de Addison al escuchar las palabras de su hermana. Se sintió agradecida por su comprensión y apoyo incondicional.

—Gracias, Dakota. Que respetes mi decisión significa mucho para mí —dijo con sinceridad, devolviéndole la sonrisa.

La conversación se detuvo por un momento, pero luego Dakota cambió de tema, con una mirada traviesa en los ojos.

—Por cierto, esta madrugada vi salir de tu habitación a Zachary Bale. ¿desde cuándo os acostáis? —preguntó Dakota con una ceja levantada, provocando que el rubor subiera a las mejillas de Addison.

—Solo ha ocurrido un par de veces —respondió Addison algo cohibida.

—¿Y tiene que ver en tu decisión de quedarte? —siguió indagando, interesada.

—Sí, me he enamorado de él —confesó Addison.

—¡Oh, vaya! Eso suena serio —exclamó Dakota sorprendida.

—Sí, lo es —replicó Addison—. Creo que es la primera vez que entrego mi corazón. Zachary se ha enredado en mi piel.

Dakota contuvo un grito de emoción y se llevó una mano a la boca para contenerse. Luego, con una sonrisa traviesa, confesó:

—Eso es maravilloso. Pero te sorprendería saber lo que me sucedió a mí anoche.

—¿Qué? —preguntó Addison interesada.

—Cuando salí de la cafetería de la señora Keller comenzó lo peor de la tormenta y yo tenía el coche aparcado bastante lejos. Cuando empezó a granizar decidí refugiarme en la puerta del ayuntamiento… y entonces la puerta se abrió y apareció Darrel. Me invitó a entrar para guarecerme de la lluvia —relató Dakota aceleradamente.

—¿Qué? —boqueó Addison incrédula mientras clavaba su mirada en el rostro sonrojado de su hermana—. ¿Y qué hiciste? —preguntó preocupada.

—Pues acepté. Fue muy amable, me trajo unas toallas para secarme y charlamos —contestó Dakota, desviando su mirada para encontrarse con la de su hermana.

—¿Y qué más? —preguntó Addison con sospecha. Conocía demasiado bien a Dakota como para no saber que ocultaba algo.

Dakota, sintiendo la mirada inquisitiva de su hermana sobre ella, se removió incómoda antes de continuar.

—Bueno, después de un momento, Darrel... me besó —confesó con voz apenas audible, sintiendo el rubor subir a sus mejillas.

La expresión de sorpresa y preocupación en el rostro de Addison fue evidente. Sabía lo enamorada que había estado Dakota de Darrel en el pasado, y cómo había terminado su relación con él, destrozada y llena de dolor. Temía que su hermana volviera a sufrir.

—¿Estás bien, Dakota? —preguntó Addison con cautela—. ¿Cómo te sentiste al respecto? —añadió, su tono era una mezcla de preocupación y curiosidad.

Dakota se mordió el labio inferior, tratando de encontrar las palabras adecuadas para describir la tormenta de emociones que había experimentado en ese momento.

—Fue... complicado. Por un lado, había una parte de mí que ansiaba ese beso, pero por otro, había demasiado dolor y confusión en mi corazón como para dejarme llevar completamente —explicó con sinceridad.

—Lo entiendo —dijo Addison con empatía—. Debe haber sido difícil para ti. Pero

¿qué pasó después? —preguntó, inclinándose hacia delante con interés.

Dakota suspiró, recordando cómo se había sentido al salir corriendo del ayuntamiento, alejándose de Darrel y de sus propios sentimientos.

—Después... salí corriendo. Necesitaba alejarme de allí, de él, de todo. Llegué a mi coche y me marché sin mirar atrás —confesó, su voz temblaba al recordar lo sucedido.

—Lo siento, Dakota —dijo Addison colocando una mano sobre el hombro de su hermana con la intención de reconfortarla—. Debe haber sido muy difícil para ti, pero piensa que quizás ese beso sea una señal.

—Puedes ser, pero necesito tiempo para asimilar todo lo que está sucediendo en mi vida —expresó con voz cansada.

Sabía que tenía mucho en qué pensar, muchas decisiones difíciles por tomar. Pero por ahora, solo quería sentirse reconfortada por la presencia de su hermana, que siempre había sido su apoyo.

***

Taller mecánico Parker,
Serene Fall

En el bullicioso taller, Patrick se hallaba absorto en la revisión de algunos albaranes cuando su teléfono empezó a vibrar sobre la mesa. Con un suspiro, lo cogió y miró la pantalla para descubrir que se trataba de Peter. Sabía que una llamada suya nunca traía buenas noticias. Con un gesto rápido, contestó y llevó el teléfono a su oído.

—¿Sí, Peter? —preguntó Patrick, preparándose para lo que vendría a continuación.

Y como esperaba, lo que escuchó fue un torrente de furia que cayó directamente sobre él.

—¡Maldita sea, Patrick! Estamos jodidos y ni siquiera te has enterado.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Patrick con cautela.

—Uno de mis hombres me acaba de informar de que las hijas de Markus Parker han firmado la aceptación del testamento —gritó Peter, evidenciando su enfado y preocupación.

Patrick sintió cómo la tensión se apoderaba de su cuerpo. Sabía que esto significaba problemas, grandes problemas.

—Lo siento…

—¡Déjate de disculpas! Tenemos que actuar rápido. Si a Addison se le ocurre vender el negocio, todo se irá al traste. No tengo tiempo para buscar un nuevo taller, y menos aún cuando tenemos un pedido muy importante que atender en un par de semanas. No puedo fallar a mis socios o acabaré con mis pies en un bloque de cemento.

—Comprendo —dijo Patrick escuetamente—. ¿Qué debo hacer?

—En unos días vendrán Reno y sus chicos. Necesito que les busques un sitio y que los atiendas. Ellos se encargarán de hacer entrar en razón a las chicas, cosa que tú no has logrado —le reprochó Peter directamente.

—Entendido, jefe. Me ocuparé de ello de inmediato —respondió Patrick antes de que la línea se cortara y solo escuchara un pitido hueco.

Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho, Patrick fue consciente de que la situación se estaba volviendo cada vez más peligrosa. Las hijas de Markus habían firmado la

aceptación del testamento, y la paciencia de Peter se había agotado. La llegada de Reno y sus hombres solo podía significar una cosa: en pocas horas, la vida de las hermanas Parker se transformaría en una tormenta de proporciones catastróficas.

La situación se estaba complicando rápidamente, y necesitaba orientación. Con manos temblorosas, marcó el número de su contacto en el departamento. Después de unos segundos de espera angustiosa, la llamada fue respondida por su superior, que estaba al tanto de su identidad como agente infiltrado.

—¿Sí, Patrick? ¿Qué sucede? ¿Por qué me llamas? Es peligroso —preguntó una voz potente al otro lado de la línea.

—Sullivan, tenemos un problema. Las hijas de Markus Parker han firmado la aceptación del testamento, y Peter está furioso. Quiere tomar medidas drásticas al respecto.

—¿Qué clase de medidas? —preguntó Sullivan con evidente preocupación.

—Ha llamado a Reno Murdock —confesó Patrick, sintiendo el peso del peligro que se cernía sobre ellos.

—Comprendo —Hubo un breve silencio antes de que la voz de Sullivan respondiera, llena de calma y determinación—. Tranquilo. Mantén la calma y sigue mis instrucciones. ¿Cuándo llegará Reno?

—En unos días, no tengo muchos más datos —confesó Patrick—, pero Peter me ha encargado que le busque un sitio a Reno y su gente. Debo coordinar su llegada.

—Bien, eso juega a nuestro favor —dijo Sullivan mientras su cabeza trabajaba a toda velocidad—. Quiero que mantengas la vigilancia sobre Peter y sus hombres. Mientras tanto, movilizaré a nuestro equipo de respuesta rápida para que esté listo para intervenir si la situación se complica más de la cuenta. Mantenme informado de cualquier cambio en la situación —ordenó Sullivan.

—Entendido, jefe. Haré todo lo posible para mantener las cosas bajo control —respondió Patrick con determinación antes de colgar.

Llevaba infiltrado en esa organización demasiado tiempo, pero parecía que todo acabaría antes de lo que había pensado. La muerte de Markus y la aparición de sus hijas había precipitado las cosas, y no podía evitar sentirse aliviado por ello.

CAPÍTULO 25

Afueras de Serene Fall

El bosque se sumía en la oscuridad de la noche, apenas iluminado por la débil luz de la luna que se filtraba entre las ramas de los árboles. Richard Edmond, alias Patrick Richmond, avanzaba con cautela entre los senderos naturales, sintiendo la fresca brisa nocturna acariciar su rostro. En su mente, repasaba una y otra vez las indicaciones que Sullivan le había dado para su encuentro con el *sheriff* Mayers.

Finalmente, divisó la figura de Liam Mayers entre los árboles, recortada por la luz intermitente de una linterna que sostenía en una mano. Mayers lo miró con seriedad mientras se acercaba. Su expresión reflejaba preocupación.

—Patrick… perdón, señor Edmond, he recibido su mensaje, ¿ha sucedido algo? —preguntó Liam directo, como era su costumbre.

Patrick inhaló aire profundamente antes de responder a su pregunta, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—*Sheriff* Mayers, necesito su ayuda. Me temo que la situación ha empeorado desde la última vez que nos vimos —confesó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Liam preocupado, con su mirada clavada en el rostro de Richard.

Richard respiró hondo antes de comenzar a relatar los eventos recientes, desde la propuesta que le había hecho Peter Morgan a Addison y Dakota, pasando por la aceptación de la herencia y por último el rechazo de las jóvenes a la oferta de Peter y sus posibles consecuencias. En un par de días, a más tardar, Reno Murdock y sus hombres estarían en Serene Fall. Por eso necesitaba su ayuda, tenía que encontrar un lugar donde instalar a la banda de Murdock, que no solo sirviera de refugio para los maleantes, sino que también estuviera alejado de la buena gente de Serene Fall cuando estallara la operación en la que estaba infiltrado.

Liam escuchaba su relato en silencio, asimilando cada palabra con una expresión grave en su rostro. Cuando Richard terminó de hablar, asintió, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Entiendo. No puedo intervenir directamente en este asunto, pero puedo ayudarle en lo que me pide. Conozco una granja abandonada en las afueras del pueblo que podría servir. No está muy lejos de aquí. Vamos, le mostraré el camino —dijo Mayers, levantándose y guiando a Richard hacia la oscuridad del bosque en dirección a su *pick-up*.

A medida que avanzaban por los senderos boscosos, el silencio de la noche se intensificaba, solo interrumpido por el crujir de las ramas bajo las ruedas del vehículo. Tras varios minutos llegaron a una pequeña pradera iluminada por la luz plateada de la luna. Al final del camino se alzaba la granja, una estructura antigua y deteriorada que parecía haber sido olvidada por el paso del tiempo.

El tejado de tejas rotas se inclinaba hacia un lado, las paredes de madera estaban cubiertas de musgo y enredaderas, y las ventanas vacías parecían ojos oscuros que

observaban en silencio el paso de los años. A pesar de su estado de abandono, la granja aún conservaba un cierto encanto melancólico, como si contara historias del pasado a través de sus ruinas.

Liam bajó de la *pick-up* y caminó hacia el tosco edificio. Se volvió hacia Richard, su rostro iluminado por la luz pálida de la luna.

—Este es el lugar. Espero que esta granja sirva para su propósito. Está lo suficientemente alejada del pueblo como para pasar desapercibida, y parece lo bastante resistente para albergar a la banda de Murdock —dijo, evaluando la estructura con ojos expertos.

Richard asintió, impresionado por la elección del *sheriff*. A pesar de su aspecto desolado, la granja ofrecía el refugio seguro que necesitaban para llevar a cabo su plan y la intimidad requerida.

—Creo que es perfecto —respondió Richard oteando distraídamente a su alrededor —. Le mandaré las coordenadas a mi superior para que pueda empezar a organizar el operativo —comentó, desviando su mirada hacia la oscuridad del bosque.

—¿Puedo hacer algo más? —preguntó Liam servicial.

—No, *sheriff* Meyers, ya ha hecho suficiente. No quiero que se involucre más de lo necesario. Morgan y sus hombres son peligrosos —advirtió Richard.

Liam asintió, pero su preocupación por la seguridad de las hermanas Parker vibraba en su interior. Sabía que Darrel, su hermano mayor, seguía albergando sentimientos por Dakota a pesar de los años que habían transcurrido, y la idea de que estuviera en peligro lo atormentaba.

—Señor Edmond, ¿puedo pedirle un favor? —preguntó Liam con cierta cautela.

—Sí, claro —respondió Richard intrigado.

—Cuide de las hermanas Parker, especialmente de Dakota. Mi hermano Darrel está… profundamente enamorado de ella —confesó, seguro de que Richard sabría ser discreto—. Si algo llegara a pasarle no sé de qué sería capaz mi hermano —dijo Liam, con voz cargada de preocupación.

Richard asintió con un gesto de cabeza, sintiendo el peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros.

—Lo tendré en cuenta. Haré todo lo posible para proteger a las hermanas Parker y asegurarme de que no les pase nada —aseguró Richard con determinación.

—Gracias, señor Edmond. Confío en usted. Y si necesita algo más, no dude en avisarme —ofreció Liam con una sonrisa amable.

—Lo tendré en cuenta, *sheriff* Meyers. Gracias por todo —respondió Richard mientras le tendía su mano para estrechar la del otro.

Con un peso adicional en su corazón por la preocupación de Liam y la responsabilidad que había asumido, Richard siguió al *sheriff* hasta el vehículo, decidido a cumplir con su misión y proteger a todos. Aunque también se sentía aliviado. El fin de aquella misión parecía más cercano y más pronto que tarde podría volver a su vida en Texas.

***

Rancho Bale

Addison mantenía la mirada fija en la pantalla de su teléfono, absorta en el botón verde de llamada junto a una larga fila de números. Su dedo se acercaba y alejaba intermitentemente.

—¿Estás segura de hacer esa llamada? —preguntó Zachary, situado a su lado en el sofá. Su voz denotaba preocupación.

—¿Tengo otra salida? —cuestionó Addison con una media sonrisa, elevando la mirada para encontrarse con la de él.

—Supongo que no —contestó Zachary mientras extendía su mano y aferraba a Addison para darle las fuerzas que parecía necesitar. Entendía que llamar a Peter Morgan no era fácil, pero aquel día se cumplía el plazo que le había dado aquel hombre para aceptar su propuesta—. Venga, tú puedes —la alentó.

Con un suspiro profundo, Addison apretó el botón finalmente y llevó el teléfono a su oído. El tono de marcado sonaba interminablemente, aumentando la tensión en el cuerpo de Addison. Finalmente, la llamada fue respondida con una voz firme al otro lado de la línea.

—¿Sí? —preguntó Peter Morgan. Su tono era impaciente.

—Señor Morgan, soy Addison Parker —anunció ella con determinación.

—Ah, eres tú. ¿Qué quieres? —preguntó Peter con voz molesta—. ¿Informarme de que tu hermanita y tú ya habéis aceptado la herencia? —añadió con sarcasmo—. Pues ya lo sabía.

Addison sintió que su boca se secaba, y por un momento fue incapaz de hablar. No había esperado que Morgan se enterara tan pronto de la situación.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Peter divertido—. Déjalo, ahora eso da igual. Quiero que me digas si pensaste en mi propuesta, el plazo concluye hoy.

—Sí, hemos tomado una decisión —replicó Addison con valentía—. Y no queremos hacer negocios con usted. Lo más seguro es que vendamos el negocio —dijo Addison, tirando un farol. Quizás así el señor Morgan dejaría de tener interés en el negocio y se marcharía.

El silencio al otro lado de la línea estaba cargado de tensión, como si Peter estuviera conteniendo su furia. Cuando finalmente habló, su tono era helado, cargado de ira reprimida.

—¿Cómo te atreves a rechazar mi oferta? —espetó Peter, su voz resonando con una furia apenas contenida—. ¿Es que no te ha quedado claro todo lo que te juegas en esto, niña?

Addison se mantuvo firme, aunque podía sentir el peso de la ira de Peter.

—Entendemos las implicaciones, señor Morgan, pero creemos que es lo mejor para nuestra empresa y nuestra familia —respondió ella, tratando de mantener la calma a pesar del torrente de emociones que la embargaban.

—No sabes lo que has hecho, Addison. Has sellado tu destino y el de tu hermana. Si crees que puedes jugar conmigo, te equivocas. Prepárate para las consecuencias de tu estupidez —advirtió él con una frialdad que envió escalofríos por la espalda de Addison.

—Estamos dispuestas a asumir lo que venga, señor Morgan. Pero no le tenemos miedo —declaró con valentía, aunque su voz temblaba ligeramente.

—Ya veremos quién es el que se ríe al final, Addison Parker —siseó Peter antes de cortar la llamada bruscamente.

El silencio que siguió fue ensordecedor, pero Addison se sentía más decidida que nunca. Sabía que habían desatado la ira de Peter Morgan, pero estaba dispuesta a luchar por

lo que creía correcto, y su libertad, sin importar las consecuencias.

—¿Estás bien? —preguntó Zachary con cautela.

Addison asintió con un gesto de cabeza, intentando tranquilizarlo.

—Sí, estoy bien. Ha sido duro, pero era necesario —respondió, tratando de mantener la compostura a pesar del remolino de emociones que la envolvía.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Zachary preocupado. Peter Morgan era un hombre peligroso.

Addison inhaló profundamente antes de responder, sintiendo el peso de la conversación aún sobre sus hombros.

—No estaba contento, eso seguro. Parece decidido a tomar represalias —explicó Addison, tratando de no dejar entrever su propia preocupación.

Zachary apretó los labios y clavó su mirada en el rostro de Addison con intensidad. Había sospechado que algo así ocurriría, pero ya no había vuelta atrás. Fuera como fuera, se prometió a sí mismo que no permitiría que Peter Morgan ni nadie hiciera daño a Addison y su familia.

—Estaremos bien, Addison —le aseguró mientras cogía sus manos nuevamente y se las llevaba a los labios—. No permitiré que nada os ocurra, ni a ti, ni a Dakota, ni a Selene —dijo con sus ojos reflejando su determinación de protegerlas.

Una mezcla de gratitud y determinación inundó el corazón de Addison al sentir el apoyo incondicional de Zachary.

Fue entonces cuando la figura de Michael apareció en la puerta del salón, con una sonrisa divertida iluminando su rostro al ver la postura cariñosa de la pareja sentada en el sofá.

—Perdón por la interrupción —se disculpó Michael, y como esperaba, dos pares de ojos se clavaron en su persona—. Joder, todavía no me acostumbro a veros juntos —confesó sin poder contenerse.

—¿Qué quieres? —preguntó Zachary con voz molesta.

—La cena ya está lista, mamá quiere que estemos sentados a la mesa en cinco minutos —contestó Michael.

—¿Y Tricia y Lucien? ¿Ya han llegado? —preguntó Zachary.

—Sí, están en la cocina —contestó Michael.

Zachary asintió y su expresión se suavizó mientras se ponía de pie, extendiendo una mano para ayudar a Addison a levantarse del sofá.

—Bien, vamos entonces. No queremos hacer esperar a nadie —dijo, dirigiendo una mirada reconfortante a Addison.

Ella asintió, agradecida por su apoyo, y juntos se encaminaron hacia el comedor, con Michael siguiéndoles de cerca.

Al llegar al comedor, encontraron a Tricia y Lucien ya sentados a la mesa, intercambiando sonrisas y charlando animadamente. La atmósfera era cálida y acogedora, y Addison sintió un destello de gratitud por poder compartir un momento como aquel con la familia Bale, que la habían acogido como a una más cuando se habían enterado de su relación con Zachary.

CAPÍTULO 26

Unos días después

La oscuridad envolvía la noche mientras un par de vehículos se deslizaban sigilosamente por las serpenteantes carreteras que llevaban a Serene Fall. En la parte delantera, Richard lideraba la marcha en su todoterreno, con Reno y sus hombres siguiéndole de cerca, todos ellos con las luces apagadas para pasar desapercibidos. Finalmente, llegaron a una antigua y sombría granja, oculta entre la espesura del bosque. Reno y sus hombres salieron de sus vehículos, observando con cautela el entorno que los rodeaba.

—¿Es aquí, Patrick? —preguntó Reno con voz fría.

Richard asintió con seriedad y cierta cautela, Reno era conocido por ser un hombre sin escrúpulos y sabía que debía tener cuidado.

—Sí, esta es la granja. Es un lugar aislado y discreto, perfecto para pasar desapercibidos —respondió Patrick, manteniendo su tono neutral.

Reno gruñó en respuesta, desviando la mirada hacia la construcción mientras evaluaba su nuevo refugio. Sin decir una palabra más, se dirigió hacia la entrada principal de la casa, seguido de cerca por sus hombres.

Richard les siguió, y ya en el interior les mostró las habitaciones y las comodidades que había preparado para ellos.

—He organizado todo lo mejor que he podido —confesó Patrick al ver la mirada escéptica de Reno cuando abrió la nevera—. Pero si necesitáis algo más, no dudes en decírmelo —añadió intentando agradar.

Reno asintió con indiferencia, sin mostrar ninguna emoción en su rostro.

—Gracias. No te preocupes, no necesitaremos tu ayuda —respondió Reno, con desdén en su voz.

Tras asegurarse de que él y su equipo estaban instalados en la granja, Richard se acomodó en su todoterreno y tomó la carretera en dirección a su modesto apartamento en Serene Fall. Antes de llegar, activó el intermitente y se detuvo en el arcén para sacar el teléfono de su bolsillo. Marcó el número de Liam, el cual había memorizado previamente para no dejar nada al azar, y esperó con expectación a que contestara.

Después de unos segundos, la llamada fue respondida.

—*Sheriff* Mayers —respondió Liam con evidente malestar dada la hora tardía.

—Mayers, soy yo —expresó Richard escuetamente.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz de Liam al otro lado de la línea, mostrando preocupación por la urgencia en la voz de Richard.

—Reno y su equipo acaban de llegar, ya están instalados en la vieja granja, como planeamos. Todo ha salido según lo previsto, pero debemos ser cautelosos. Es un hombre muy peligroso, no podemos subestimar su capacidad para causar problemas —explicó Richard.

—Entiendo. Informaré a mis hombres, les pediré máxima discreción y que si ven a alguien desconocido no se le acerquen. Aunque estaremos alerta y listos para actuar si fuera

necesario. Mantenme informado de cualquier cambio en la situación y no dudes en pedir ayuda si la necesitas —respondió Liam dispuesto.

Richard asintió con un gesto de cabeza, aunque su interlocutor no podía verle, y agradeció el apoyo que Mayers le brindaba.

—Gracias, *sheriff* Mayers, es agradable poder confiar en alguien —confesó con sinceridad.

—Llámame Liam —replicó el aludido al otro lado de la línea—, por favor, y no te preocupes, estoy deseando poder ayudar en lo que se pueda, al igual que mis hombres.

—Gracias, hablamos —dijo Richard antes de colgar la llamada.

Durante unos minutos permaneció quieto, con las manos en el volante, pero finalmente giró la llave para arrancar el motor y prosiguió por su camino en dirección a Serene Fall.

Liam, por su parte, estaba absorto en sus pensamientos cuando la puerta se abrió suavemente y Harper, su esposa, entró en la habitación. El suave sonido del roce de la madera al cerrarse captó la atención de Liam, quien levantó la vista para encontrarse con su mirada preocupada.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó ella con voz suave.

Liam luchó por dibujar una sonrisa en su rostro, pero sabía que no podría ocultarle su inquietud por mucho más tiempo. Harper parecía tener la habilidad de leer su mente, incluso cuando él intentaba ocultarle algo. Ella era su roca, su apoyo más sólido. En otras circunstancias le habría contado todo. Sin embargo, en esta ocasión, quería protegerla del peligro que acechaba en las sombras.

—No te preocupes, cariño. Solo estoy pensando en algunas cosas del trabajo. Ya sabes que odio el papeleo, y últimamente tengo la impresión de que estoy esposado al escritorio —comentó divertido pero evitando la mirada penetrante de su mujer, clavada intensamente en su rostro.

Harper frunció ligeramente el ceño al notar la tensión en los hombros de Liam y la evasión en su respuesta. Reconoció de que estaba ocultando algo, pero también comprendió que había momentos en los que uno necesitaba su espacio y tiempo, y estaba dispuesta a dárselo.

—Bueno, si necesitas hablar de algo, estoy aquí para ti —dijo Harper con voz suave, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de Liam.

Liam asintió, agradecido por el gesto de apoyo de su esposa.

—Gracias, cariño. Lo aprecio mucho —respondió, sintiendo un atisbo de alivio al tener a Harper a su lado, incluso si no podía compartir completamente sus preocupaciones con ella.

La joven se sentó sobre sus rodillas, notando la tensión de su cuerpo, y, con una sonrisa comprensiva, comenzó a masajearle suavemente sus hombros, buscando aliviar su carga.

—¿Qué tal un masaje relajante? —preguntó Harper con voz suave, notando cómo los músculos de Liam cedían poco a poco bajo sus manos expertas.

Liam suspiró profundamente, dejando escapar un leve gemido de placer.

—Eso suena celestial —respondió, cerrando los ojos y dejándose llevar por los cuidados de su esposa.

Harper continuó el masaje con dedicación, aplicando la presión justa en los puntos de tensión y dejando que el estrés se desvaneciera con cada movimiento. Por un momento, el mundo exterior pareció desaparecer, dejando solo el amor y la conexión entre ellos.

***

Rancho Parker,
al día siguiente

La tenue luz de la luna se filtraba a través de las cortinas entreabiertas del dormitorio de Dakota. Debería estar durmiendo, sin embargo, su mente estaba lejos de encontrar la calma. No dejaba de pensar en Darrel. Inquieta, se revolvió entre las sábanas, incapaz de conciliar el sueño y, finalmente, con un suspiro resignado, decidió abandonar la cama.

Con movimientos silenciosos para no despertar a Addison ni a Selene, Dakota se deslizó fuera de la cama. Se colocó ropa adecuada para correr y se puso unas zapatillas deportivas antes de dirigirse a la cocina. En la mesa, dejó una nota para Addison, explicándole que no podía dormir y que saldría a correr un rato para despejar la mente. Le pidió que cuidara de Selene mientras tanto.

El aire fresco del amanecer la envolvió de inmediato, y el suave murmullo de la naturaleza le dio la bienvenida. Comenzó a correr por el camino polvoriento del rancho, dejando que el ritmo constante de sus zancadas le ayudara a liberar la tensión acumulada. Con cada respiración, sentía cómo las preocupaciones se desvanecían.

El viento soplaba suavemente a través de los campos mientras Dakota avanzaba por el angosto camino. Cada paso resonaba en la tierra húmeda, llenando el aire con el sonido rítmico de su respiración agitada. Sus pensamientos estaban enredados en las dudas sobre cómo proceder respecto al asunto de confesarle o no a Darrel que era el padre de Selene, pero aún no había tomado una decisión al respecto. Esperaba que el ejercicio la ayudara a despejar su mente y encontrar respuestas a las preguntas que se hacía.

Mientras tanto, en las afueras del pueblo, Darrel conducía su coche por la carretera solitaria que llevaba al rancho Parker. Sus pensamientos también estaban atrapados en el pasado, en las oportunidades perdidas y las palabras no dichas. Había decidido que era hora de enfrentar sus demonios, de ser sincero y confesarle a Dakota que aún la amaba y que no podía vivir sin ella, sin importarle que ella lo rechazara, y con la esperanza de que no fuera así. Después de todo, cuando la había besado, ella había respondido al gesto, y eso tenía que significar algo, o al menos eso esperaba.

Dakota llevaba un buen ritmo de carrera, pero se detuvo abruptamente al notar la presencia de un coche que se acercaba. Dudó durante unos segundos, sin saber muy bien qué hacer. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que se trataba del coche de Darrel, se quedó sin aliento por un instante. Una mezcla de emociones la invadió mientras lo veía detenerse frente a ella.

Darrel bajó del vehículo y se acercó a Dakota con paso decidido, y cuando estuvo a su altura, su mirada buscó la de ella. El aire estaba cargado de tensión, y más cuando sus miradas se encontraron. Ambos parecieron regresar a aquella noche tormentosa de unos días antes, en el ayuntamiento, el lugar donde habían compartido un beso intenso y lleno de significado. Darrel había ido hasta allí dispuesto a abordar el asunto.

—Dakota —murmuró Darrel finalmente, rompiendo el silencio que los envolvía—. Necesitamos hablar sobre lo que sucedió entre nosotros la otra noche —dijo con voz firme y decidida que no admitía replica.

Dakota bajó la mirada, sintiendo el peso de la intensidad en las palabras de Darrel. Sabía que no podía seguir evitando la conversación, pero también temía lo que podría significar admitir la verdad: que aún lo amaba, y más aun teniendo en cuenta que Darrel aún no sabía de la existencia de Selene. ¿Qué pasaría cuando se enterara de que le había ocultado que era padre? ¿La odiaría? ¿La rechazaría? Y la pregunta más importante, ¿podría ella soportar nuevamente el dolor de perderlo?

—No creo que sea una buena idea, Darrel. Lo que pasó la última vez... fue un error —respondió Dakota, su voz temblorosa a causa de la incertidumbre.

Darrel se acercó a ella, tomando su rostro entre las manos y obligándola a encontrarse con su mirada.

—No fue un error, Dakota. Fue real. Lo que siento por ti es real —declaró Darrel con una pasión ardiente en sus ojos.

Dakota sintió un nudo en la garganta ante las palabras de Darrel, sus defensas comenzaron a desmoronarse ante la fuerza abrumadora de lo que sentía por él. Aun así, se aferraba a su resistencia, temerosa de lo que significaría rendirse, sabiendo que podría perderlo antes de haberlo recuperado.

—No puedo, Darrel. No puedo permitirme... —empezó a decir Dakota, pero fue interrumpida por los labios de Darrel sobre los suyos.

El beso de Darrel fue suave pero lleno de determinación, como si quisiera transmitirle toda la intensidad de sus sentimientos a través de ese contacto. Dakota se sintió abrumada por la oleada de emociones que la invadió, el deseo de rendirse y entregarse a lo que sentía chocando contra el muro de sus propios miedos y dudas.

Por un instante, se permitió perderse en el calor de ese beso, en la familiaridad reconfortante de los labios de Darrel contra los suyos y se dejó llevar, permitiéndose amar al hombre al que había entregado su corazón mucho tiempo atrás.

Cuando se separaron, sus miradas se encontraron, cargadas de entendimiento. En ese instante, sin necesidad de palabras, asumieron al fin lo que sentían el uno por el otro, dejando atrás las dudas y los miedos que habían estado separándolos durante tanto tiempo.

—Te amo, Dakota —susurró Darrel, con voz llena de sinceridad y afecto.

—Y yo a ti —respondió ella con una sonrisa temblorosa y su corazón lleno de esperanza.

En el silencio de ese momento mágico, el mundo pareció detenerse a su alrededor. Entre susurros de amor y miradas cargadas de complicidad, Darrel y Dakota encontraron la certeza que tanto ansiaban. Se abrazaron con fuerza, como si quisieran fusionar sus almas en un solo ser, dejando que el amor que los había mantenido unidos a lo largo de los años los envolviera por completo.

CAPÍTULO 27

Unos días después

Addison cerró la puerta de entrada tras de sí y suspiró pesadamente. Había sido un día largo en el taller. Se había pasado horas organizando las herramientas y revisando los proyectos en curso, decidida a dejar su marca en el negocio que ahora era suyo. La sensación de empoderamiento la embargaba mientras tomaba decisiones y trazaba planes para el futuro. Pero a esas horas, estaba ansiosa por relajarse en la comodidad de su hogar.

Al adentrarse en la cocina, Addison se vio envuelta en una oscuridad inesperada, lo que la llevó a fruncir el ceño con sorpresa. A esa hora, lo habitual habría sido encontrar a Dakota preparando la cena. Después de dejar su bolso y descalzarse, Addison ascendió por las escaleras hacia el piso superior.

Con una curiosidad creciente, avanzó por el pasillo de la segunda planta y se detuvo frente al dormitorio de su hermana. Al empujar la puerta, se encontró con Dakota de pie frente al espejo, arreglándose meticulosamente.

—Buenas noches, hermanita —exclamó Addison, y, como esperaba, Dakota pareció sobresaltarse al escuchar su voz—. ¿Por qué te estás arreglando tanto? —preguntó, entornando los ojos con una medio sonrisa en los labios—. ¿Me he perdido algo? —añadió.

Dakota se volvió hacia su hermana con una sonrisa nerviosa, tratando de ocultar su incomodidad.

—Oh, hola, Addison —respondió, intentando sonar despreocupada—. Solo me estaba preparando para... hum, salir un rato.

—Comprendo, pero no me habías comentado nada —señaló Addison.

—Lo sé —replicó Dakota algo cohibida—. Ha sido algo que ha surgido a última hora. Espero que no te importe tener que quedarte con Selene. Ya le he dado de cenar y la acosté hace una hora.

—¿Has quedado con Darrel? —preguntó Addison con una sonrisa divertida al notar el rubor en las mejillas de su hermana. Sabía que las cosas entre Dakota y Darrel estaban cambiando desde que se habían besado en el ayuntamiento. Incluso se comunicaban a diario.

—Sí —afirmó Dakota—. Y esta noche pienso confesarle la verdad sobre Selene —añadió rotunda.

—¿Estás segura? —preguntó Addison con evidente duda.

—No, pero tengo claro que no puedo comenzar una relación con Darrel con mentiras de por medio.

—Pero… puede que no te perdone por ocultarle a Selene —rebatió Addison, preocupada por el bienestar de su hermana.

—Lo sé, pero no puedo ocultarle eternamente que es nuestra hija, ¿no crees? —respondió Dakota, con determinación en sus palabras.

Addison reflexionó sobre las palabras de su hermana, comprendiendo la importancia de la honestidad en una relación. Aunque estaba preocupada por las posibles repercusiones de revelarle la verdad a Darrel, sabía que Dakota estaba tomando la decisión correcta. Se

sentía orgullosa de Dakota.

—Sí, lo entiendo —respondió Addison finalmente, apoyando a su hermana—. Es importante que seas honesta con él, incluso si es difícil. Estoy aquí para ti, pase lo que pase.

Dakota asintió, agradecida por el apoyo incondicional de su hermana.

—Gracias, Addison —dijo Dakota—. Significa mucho para mí.

—Estoy segura de que todo va a salir bien, no hay de qué preocuparse —respondió Addison con una sonrisa reconfortante—. Ahora ve y disfruta de tu cita. Te deseo lo mejor.

Mientras tanto, el motor del coche ronroneaba suavemente. Darrel esperaba con impaciencia a que Dakota saliera de la casa. Finalmente, la puerta se abrió y ella irrumpió en el porche.

Dakota llevaba consigo una mezcla de nerviosismo y emoción. Sus ojos se encontraron con los de Darrel y una sonrisa tímida curvó sus labios mientras se acercaba al vehículo. Darrel salió del coche para abrirle la puerta con galantería, y en ese instante, sus miradas se cruzaron en un momento cargado de significado.

—Estás preciosa —dijo Darrel, su voz sonando cálida y llena de emoción contenida.

—Gracias —respondió, con una sonrisa tímida y expectante.

—¿Vamos? —preguntó él, abriendo la puerta del acompañante para que Dakota entrara en el coche.

—Sí, vamos —replicó Dakota, siguiendo sus indicaciones.

Durante los primeros minutos de viaje, reinó un silencio cómodo, cada uno sumido en sus propios pensamientos y emociones. Finalmente, Darrel lo interrumpió.

—Dakota, hay algo que necesito decirte. Desde que desapareciste hace tres años, he estado... perdido, confundido y sobre todo, dolido. Me gustaría saber qué sucedió, por qué te fuiste.

Dakota se mordió el labio inferior, sintiendo el peso de las palabras de Darrel. Había anticipado aquella conversación, sabiendo que tarde o temprano tendrían que enfrentar el pasado, pero había esperado que fuera en el restaurante.

—Lo siento, no fue mi intención causarte ningún dolor —respondió Dakota, su voz temblando por la emoción reprimida—. Simplemente me asusté y hui como una cobarde.

—Comprendo —replicó Darrel sin apartar la mirada de la carretera—, y no te culpo. Por aquel entonces, yo no estaba en mi mejor momento. Estaba obsesionado con las elecciones —recordó—, y no me comporté demasiado bien contigo. Estaba estresado e irascible. Lo que sucedió también fue culpa mía, y de lo que más me arrepiento es de no haberte seguido hasta Dallas. Yo también fui un cobarde —admitió.

Dakota se volvió hacia él, sorprendida por su confesión, y clavó la mirada en su perfil antes de ser capaz de replicar a sus palabras.

—Gracias por tu sinceridad —dijo finalmente, con su voz cargada de emoción—. No fue fácil para mí tampoco. Te eché de menos más de lo que puedo expresar con palabras.

Darrel desvió la mirada hacia ella, capturando su expresión con atención.

—Yo también te eché de menos, Dakota. Más de lo que puedas pensar —confesó.

En ese momento, un instante de complicidad los envolvió, como si el peso del pasado se disolviera lentamente. Con una promesa suspendida en el aire y el auspicio de un nuevo comienzo, se brindaron la oportunidad de sanar las heridas pasadas y abrir la puerta hacia un futuro juntos.

***

Rancho Parker

Addison estaba sumida en la apacible rutina de preparar la cena, envuelta en el seductor aroma de las especias que impregnaban el aire. Sus manos expertas se deslizaban con destreza entre los ingredientes, tejiendo una sinfonía culinaria en la cocina. De repente, un crujido agudo rompió el silencio, haciendo que Addison se sobresaltara y su corazón latiera con fuerza.

Dejó la cuchara que sostenía y se quedó inmóvil por un instante, sus sentidos alerta ante el sonido desconocido. Otro ruido, más definido esta vez, resonó desde el exterior, como si algo golpeara suavemente contra la ventana. La tensión se apoderó de ella, haciendo que se le erizara la piel mientras agudizaba su atención.

Con paso cauteloso, se acercó a la ventana y se asomó hacia afuera, buscando descifrar el origen del sonido en la oscuridad. Aunque su mirada curiosa apenas podía penetrar la negrura de la noche, todo parecía tranquilo a simple vista. Sin embargo, una sensación de inquietud se apoderó de ella y sus instintos se pusieron en alerta máxima.

En el exterior, oculto entre las sombras, se encontraba Reno junto a su equipo. Los pasos sigilosos de los hombres resonaban apenas en la noche, mientras se movían hacia la casa donde se encontraba su objetivo.

Reno, con su mirada fría y calculadora, lideraba silenciosamente el grupo. La adrenalina corría por sus venas mientras avanzaban. Se acercaron más y más a la puerta trasera, listos para ejecutar su plan con precisión quirúrgica. La oscuridad de la noche era su aliada, ocultando sus intenciones mientras se preparaban para llevar a cabo la acción que cambiaría el destino de todos los involucrados en aquel asunto. Tenía ordenes concretar por parte de Peter Morgan y no pensaba fallarle.

En ese instante, el sonido de pasos resonó desde el porche, cada uno más cerca, aproximándose inexorablemente a la puerta trasera. Addison contuvo el aliento, su corazón latía con fuerza en su pecho mientras la tensión se intensificaba con cada segundo que transcurría. Sin advertencia alguna, la puerta se abrió de golpe, revelando la presencia intimidante de un grupo de hombres cubiertos por pasamontañas.

Instintivamente, Addison retrocedió, su mente luchando por comprender la situación aterradora que se desarrollaba ante sus ojos. ¿Quiénes eran esos hombres y qué querían de ella? Antes de poder articular una sola palabra, uno de los hombres, claramente el líder del grupo, se acercó con paso firme y habló con voz áspera y autoritaria.

—Somos amigos de Peter Morgan. Hemos venido para hacerte entrar en razón —dijo. Su voz fría resonó en la cocina, que permanecía en completo silencio.

Las palabras amenazantes hicieron que el corazón de Addison se hundiera, su mente luchaba por procesar lo que estaba sucediendo. Antes de que pudiera responder, dos de los hombres se abalanzaron sobre ella, sujetándola con fuerza y atándole las manos a la espalda mientras ella forcejeaba en un intento desesperado por liberarse. Su mente estaba aturdida por el miedo y la confusión, pero la lucha resultó inútil contra la abrumadora fuerza de sus captores, y pronto se encontró sentada, atada y amordazada en una silla.

Repentinamente, el sonido de pasos pesados en la planta superior hizo que el corazón de Addison diera un vuelco, y sus peores temores se materializaron cuando escuchó el llanto

angustiado de Selene. Addison habría querido gritar, exigir a esos hombres que soltaran a la pequeña, pero la mordaza se lo impedía.

El hombre que parecía ser el líder se acercó a ella, agachándose a su altura antes de hablar con voz amenazante.

—Tienes cuarenta y ocho horas —pronunció con voz sombría—. Cuarenta y ocho horas para poner el taller mecánico a nombre de Peter Morgan, o pagarás las consecuencias. Y recuerda, cualquier intento de contactar a la policía o de resistirte solo empeorará las cosas para ti y para tu querida sobrina.

Con esas palabras oscuras y siniestras, Reno y sus hombres desaparecieron en la oscuridad, llevándose consigo a Selene y dejando a Addison atada y sola, con la angustia y el terror como compañeros de infortunio. El tiempo comenzaba a correr, y el destino de la pequeña Selene estaba en juego.

CAPÍTULO 28

Rancho Bale

Zachary se encontraba en el porche, con la mirada perdida en el vasto cielo estrellado que se extendía sobre él. A pesar de la belleza que se desplegaba ante sus ojos, su mente estaba en otro lugar, atrapada en los recuerdos de Addison. Sus pensamientos la buscaban con anhelo, a pesar de que solo habían pasado dos días desde la última vez que se habían visto.

Finalmente, se levantó del viejo sillón del porche y se encaminó hacia el establo, donde preparó a su caballo para emprender su andanza. Poco después, el sonido de los cascos golpeando el suelo marcaba el ritmo mientras se dirigía hacia el rancho Parker.

Llegó al rancho Parker con el corazón lleno de expectativas, listo para sorprender a Addison con su visita. Sin embargo, al acercarse a la casa y ver la puerta trasera entreabierta, una sensación de inquietud lo invadió. Con pasos cautelosos, avanzó hacia el lugar. Y entonces, al traspasar el umbral de la cocina, se encontró con el estremecedor espectáculo de Addison, atada y amordazada.

La sorpresa y el temor se reflejaron en los ojos de Zachary mientras corría hacia ella, con su corazón latiendo con fuerza contra su pecho. Con manos temblorosas, Zachary se apresuró a desatar las cuerdas que aprisionaban a Addison, sus movimientos eran frenéticos y precisos.

Cuando finalmente logró liberarla, Zachary envolvió a Addison en un abrazo reconfortante, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el suyo.

—Estás a salvo ahora —murmuró Zachary, su voz suave y reconfortante mientras la sostenía con ternura—. No sé qué ha pasado, pero estoy aquí para ti.

Durante un tiempo indeterminado, permanecieron así, abrazados, el silencio pesaba sobre ellos, cargado de preguntas sin respuestas. Pero llegado un momento, Zachary apartó a Addison de su pecho y clavó su mirada en su rostro ceniciento. Necesitaba respuestas, necesitaba entender qué había sucedido y por qué la había encontrado atada y amordazada. Estaba claro que todo aquel asunto tenía que ver con el maldito Peter Morgan.

—¿Estás bien? —preguntó con evidente preocupación.

—Sí, ahora mejor —contestó ella, intentando recuperar la compostura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zachary con cautela.

Addison, aún en estado de *shock*, luchaba por encontrar las palabras y recuperar el aliento.

—Vinieron... unos hombres. Se llevaron a Selene... —murmuró con voz temblorosa, señalando hacia el exterior de la casa.

El corazón de Zachary se detuvo en su pecho al escuchar las palabras de Addison. Un escalofrío recorrió su espalda mientras se daba cuenta de la gravedad de la situación. Sin vacilar, sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón y buscó con dedos temblorosos el número de uno de sus mejores amigos, Liam Mayers. Esperó su respuesta con impaciencia, deseando desesperadamente que Liam respondiera.

—¿Diga? —preguntó una voz potente al otro lado de la línea.

—Liam, soy Zachary —dijo con urgencia cuando finalmente escuchó la voz de su amigo al otro lado de la línea—. Ha ocurrido algo terrible. Unos desconocidos han secuestrado a Selene, la hija de Dakota.

Preocupado, el *sheriff* prometió que iría de inmediato al rancho antes de cortar la llamada. Zachary guardó su teléfono con un suspiro y volvió su atención a Addison.

—Liam viene en camino. Vamos a encontrar a Selene, lo prometo —dijo con determinación en sus ojos.

—Pero nos dijeron que no llamáramos a la policía —expresó Addison, visiblemente asustada.

—Lo entiendo, pero solo Liam sabe qué debemos hacer —intentó hacerla razonar—. Si te tranquiliza más, le diré que nos encontramos en el rancho de mis padres para no levantar sospechas.

—Sí, será lo mejor.

Zachary volvió a sacar su teléfono, esta vez optando por enviar un mensaje de texto a su amigo. Luego ayudó a Addison, cuyas piernas temblaban, a levantarse, y la ayudó a subir a su caballo antes de emprender una alocada carrera hacia el rancho de la familia Bale.

Cuando llegaron al rancho Bale, se encontraron con Michael, quien estaba absorto en la reparación de algunas tablas del granero. Al notar su presencia, Michael alzó la vista con curiosidad, pero su expresión se tornó grave al percibir la seriedad en el rostro de su hermano mayor.

—¿Qué sucede? —inquirió directamente.

—Han secuestrado a Selene, la hija de Dakota —respondió Zachary sin rodeos.

—¿Qué? —exclamó Michael incrédulo, su mente parecía inundada por una avalancha de preguntas—. ¿Cómo ha pasado? ¿Por qué?

—No tenemos tiempo para eso. Necesito que te ocupes de Addison mientras yo me reúno con Liam en la comisaría... —comenzó Zachary, pero antes de que pudiera terminar, Addison pareció despertar del letargo que la envolvía y se giró hacia Zachary con firmeza.

—De eso nada. No pienso quedarme aquí. Iré contigo —declaró con una voz que no admitía réplica—. Y ahora debería llamar a Dakota antes de que se entere por otra persona —añadió.

Zachary asintió con un gesto de cabeza y, sin decir una palabra más, sacó su teléfono y se lo entregó a Addison.

Los segundos parecieron eternos mientras aguardaba a que su hermana contestara. Finalmente, la llamada se conectó y la voz de Dakota resonó al otro lado de la línea. Addison inhaló profundamente antes de hablar, tratando de mantener la calma mientras compartía la devastadora noticia con su hermana.

Mientras tanto, Liam salió de la comisaria y tras cerciorarse de que nadie le seguía se metió en un callejón cercano, donde había quedado poco antes con Richard tras mandarle un mensaje porque necesitaba verle con urgencia. Cuando se encontraron, los dos hombres intercambiaron miradas serias antes de que Liam tomara la palabra.

—Richard, gracias por venir. Supongo que estás al tanto de lo sucedido.

—Sí —asintió Richard—. Estoy seguro de que habrán llevado a la niña a la granja. Ya he informado a mis superiores, y aunque preferirían continuar la operación para atrapar a un objetivo más importante, entienden que debemos actuar con rapidez. La vida de Selene

podría estar en peligro.

El aire nocturno se cargó de tensión mientras Liam y Richard intercambiaban palabras en voz baja, procurando no atraer atención no deseada. Una vez que acordaron una estrategia, se separaron en la oscuridad de la noche, cada uno cargando con el peso de la responsabilidad que habían asumido.

***

Serene Fall

Dakota y Darrel se encontraban en un rincón apartado y acogedor del Whispering Oaks Café. La atmósfera estaba impregnada de risas y conversaciones íntimas a su alrededor. Mientras disfrutaban de las delicias culinarias preparadas con esmero por el chef del establecimiento, Darrel compartía con Dakota las anécdotas de su día.

—El pobre chico simplemente no entendía nada de lo que le estaba diciendo. ¡Fue tan gracioso!— concluyó Darrel, con una sonrisa traviesa danzando en sus labios.

—Deberías haberlo grabado, habría sido un gran éxito en las redes sociales —bromeó Dakota, alzando su copa de vino.

Darrel asintió, elevando su propia copa para brindar.

—Por los momentos divertidos y las risas compartidas —propuso, con sus ojos centelleando de emoción.

—Darrel, quiero que sepas lo mucho que significas para mí —declaró Dakota, haciendo chocar su copa contra la de él—. Esta noche, esta cena...

—Y yo estoy agradecido cada día de que hayas regresado a mi vida —confesó él con intensidad latente en su voz.

Darrel se preparaba para seguir expresando sus sentimientos, pero en ese momento, la melodía del teléfono de Dakota irrumpió en el ambiente. La joven levantó la mirada con curiosidad y se disculpó con Darrel antes de sacar el teléfono para revisar la llamada entrante.

—¿Qué pasa, Addison?—, preguntó Dakota, con evidente preocupación en su voz. Conocía a su hermana lo suficiente como para saber que no la llamaría sin motivo, especialmente estando con Darrel.

La voz de Addison sonaba tensa al otro lado de la línea mientras explicaba lo ocurrido en el rancho y el secuestro de Selene. Un escalofrío recorrió su espina dorsal mientras el sudor frío perlaba su piel, y el teléfono estuvo a punto de resbalar de sus manos.

—Dakota, ¿qué te sucede?—, preguntó Darrel con preocupación, clavando su mirada en el rostro ceniciento de ella.

Dakota jadeó con esfuerzo, sus ojos reflejaban el temor que la embargaba. Intentó hablar, pero las palabras se atascaron en su garganta. Finalmente, logró encontrar la voz para articular una respuesta entrecortada.

—La han secuestrado —susurró Dakota, con la angustia palpable en cada sílaba que pronunciaba.

—¿De que estas hablando? —preguntó Darrel confundido.

—Ellos la tienen —replicó Dakota, con la mirada perdida.

—¿A quién tienen?

—A Selene, a nuestra hija —admitió, con una expresión de terror en sus rostro mientras notaba su cuerpo temblar como una hoja.

Darrel necesitó varios minutos para asimilar lo que acababa de escuchar. Selene era su hija. Esa frase resonaba una y otra vez en su mente, amenazando su cordura.

—¿Qué estás diciendo, Dakota? —susurró finalmente, con su voz impregnada de incredulidad y una furia apenas contenida.

El silencio se instaló entre ellos, cargado de sorpresa y tensión. Darrel la miró con ojos entrecerrados, esperando una explicación.

Dakota se sintió como si estuviera caminando sobre brasas al enfrentar la mirada furiosa de Darrel. Respiró hondo, sintiendo el peso de su revelación, y buscó desesperadamente las palabras adecuadas para explicarse.

—Lo siento, Darrel. No quería decírtelo así... —balbuceó.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Darrel, su tono era frío y cortante y su mirada reflejaba una mezcla de dolor y furia.

Dakota bajó la mirada, sintiendo cómo la culpa la aplastaba. Se mordió el labio inferior antes de responder, con voz apenas audible.

—Tuve miedo... Miedo de arruinarlo todo, de que te alejaras cuando descubrieras la verdad...—confesó, las lágrimas brotaban incontrolables y se deslizaban por sus mejillas lentamente.

Darrel la observó en silencio, y poco a poco la ira comenzó a disiparse. Su expresión se suavizó ante la vulnerabilidad de la mujer a la que amaba a pesar de todo. Se acercó a ella lentamente y la envolvió en un abrazo firme y reconfortante.

—No te voy a mentir diciéndote que lo entiendo —susurró Darrel contra su oído—. Pero ahora nuestra prioridad debe ser recuperar a Selene... a nuestra hija —pronunció con una emoción desconocida para él hasta entonces. Dakota se aferró a él, sintiendo un peso levantarse de sus hombros al tenerlo a su lado en ese momento, aunque sabía que tenían una conversación pendiente y que él tenía todo el derecho de estar enfadado—. ¿Dónde está tu hermana?

—En el rancho Bale —contestó Dakota, algo más repuesta.

—Debemos ir allí de inmediato —declaró Darrel con firmeza—. ¿Y mi hermano, está al tanto? —indagó.

—Sí, aunque de forma extraoficial. Esa gente le dijo a Addison que no llamara a la policía —contestó Dakota a su pregunta.

El trayecto hasta el rancho Bale fue tenso y lleno de ansiedad. Cada minuto que pasaba sin noticias de Selene parecía una eternidad para Dakota, que no podía evitar culparse por haberse empeñado en llevar a la niña a Serene Fall. Darrel, por su parte, conducía con la mandíbula tensa y las manos apretando con fuerza el volante.

Tras estacionar el coche, salieron y avanzaron hacia el porche, donde Michael, Zachary y Liam les aguardaban. Dakota, ansiosa por noticias de su hermana, preguntó de inmediato. Zachary señaló hacia la cocina, indicando que Selene se encontraba allí, y Dakota se apresuró hacia dentro con paso urgente.

Mientras tanto, Darrel se volvió hacia sus compañeros con una determinación palpable en su mirada.

—¿Cuál es la situación? —preguntó directamente.

—Lamentablemente, no sabemos hasta qué punto es grave —confesó Liam a su

hermano.

Darrel frunció el ceño, procesando la información.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Cuál es el plan?

—Por el momento, no vamos a hacer nada. Ese es el plan —respondió Liam con cautela. Conocía a su hermano y sabía que no se tomaría bien la noticia, pero esa era la situación.

—¿Qué? —exclamó Darrel, incrédulo—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —cuestionó, enarcando una ceja.

—Para nada. El asunto es más serio de lo que puedas pensar. Esos individuos son parte de una peligrosa organización... y tengo un contacto infiltrado que aún no me ha dado información. Hasta que no lo haga, no vamos a tomar acciones precipitadas —explicó Liam.

—¡Y una mierda! —estalló Darrel fuera de sí—. Esa niña es mi hija.

—¡¿Qué?! —cuestionó Liam, confundido por la sorpresiva confesión de su hermano mayor.

—Es una larga historia —replicó Darrel—. Ahora lo importante es recuperar a Selene lo antes posible, porque si no, no llegaré a conocer a mi hija —añadió antes de cubrirse el rostro con las manos.

Un momento de silencio se apoderó del grupo mientras Liam procesaba la impactante revelación. Sus ojos se abrieron con sorpresa al comprender la conexión entre Darrel y Selene. Al descubrir que tenía una sobrina de aproximadamente la misma edad que su hija Abigail, un recuerdo le hizo empatizar con su hermano.

—Entiendo... lo siento mucho, Darrel —murmuró Liam mientras aferraba el hombro de su hermano y le daba un apretón con los dedos.

Darrel levantó la mirada, revelando el dolor y la determinación en sus ojos.

—Tienes razón, Darrel, pero estoy seguro de que mi contacto no tardará en llamarnos y decirnos algo —afirmó Liam de forma segura.

—Liam, ¿confías en ese hombre? —preguntó Darrel, expresando sus dudas en voz alta.

Liam se tomó unos minutos antes de contestar a su pregunta.

—Sí, confío en él. Estoy seguro de que hará todo lo que esté en su mano para rescatar a tu pequeña.

—Espero que tengas razón —dijo Darrel, su voz cargada de ansiedad mientras se aferraba a la esperanza de que todo saldría bien.

Liam asintió, compartiendo la preocupación de su hermano, pero manteniendo una confianza firme en el plan que había trazado junto a Richard saldría bien.

CAPÍTULO 29

La noche era fría y el viento soplaba con ferocidad mientras Patrick se acercaba sigilosamente a la vieja granja. La luna se asomaba tímidamente entre las nubes, proyectando una luz tenue que apenas alcanzaba a iluminar su camino en la oscuridad. Con pasos cuidadosos, se deslizó entre los árboles que rodeaban la propiedad, procurando no llamar la atención de ninguna mirada indiscreta.

El corazón de Patrick latía con fuerza en su pecho, alimentado por la tensión de la situación. Con manos temblorosas, se acercó a la entrada trasera de la casa, aprovechando la oscuridad para pasar desapercibido ante cualquier posible vigilante. Con un leve crujido, giró la vieja manija de la puerta y se deslizó con cautela al interior, donde la oscuridad reinaba.

Cada paso que daba hacía eco en el silencio de la noche. Su respiración entrecortada resonaba en sus oídos, mezclándose con el susurro del viento en el exterior. Avanzó por el oscuro pasillo, sintiendo el peso de la incertidumbre en sus hombros.

Finalmente, se detuvo frente a la escalera que conducía a la planta superior. Inhaló profundamente, preparándose para enfrentar lo que pudiera encontrar más arriba, pero antes de que pudiera moverse, un murmullo de voces lo detuvo en seco. Sus sentidos se agudizaron mientras escuchaba atentamente, tratando de identificar la fuente del sonido.

Se arrastró hacia el borde de la escalera y se asomó con cautela. En la penumbra del salón, pudo distinguir las siluetas de dos hombres conversando en voz baja. Y entonces los reconoció: eran Peter Morgan y Reno. El corazón de Patrick golpeó con fuerza en su pecho mientras escuchaba.

—¿Cómo fue la cosa? —preguntó Peter, sacando un cigarrillo de la cajetilla que había obtenido del bolsillo de su chaqueta y se lo llevaba a los labios.

—Mejor de lo esperado, en casa solo estaba la tal Addison y la niña —contestó Reno a su pregunta.

—¿Y le diste mi mensaje? —indagó Peter antes de soltar a través de sus labios una voluta de humo.

—Sí, sabe que tiene un plazo de cuarenta y ocho horas o esa pequeña acompañará a su abuelo en el más allá —respondió Reno, que permanecía apoyado en el respaldo de un desgastado sillón de cuero.

—No toleraré demoras ni contratiempos esta vez —advirtió Peter, con tono firme y decidido.

—Entendido, jefe. Todo saldrá según lo planeado —aseguró Reno con confianza, aunque su voz temblaba ligeramente.

Patrick apretó los puños con fuerza, sintiendo la rabia y la impotencia arder en su interior al escuchar las palabras de Reno. Había indagado sobre él y sabía que no le temblaría el pulso a la hora de matar a aquella pequeña. Sabía que debía actuar con rapidez antes de que fuera descubierto.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho y la determinación ardiendo en su mirada, Patrick ascendió con sigilo por la escalera. Al llegar al piso superior, se encontró

con un hombre que custodiaba una habitación al final del pasillo. Con rapidez y destreza, Patrick se lanzó sobre él, sorprendiéndolo antes de que pudiera reaccionar. Con golpes precisos, lo dejó fuera de combate en cuestión de segundos, asegurándose de no hacer ningún ruido que pudiera alertar a los demás.

Con el camino despejado, se adentró en la habitación y su corazón se encogió al ver a Selene acostada en una cama, aparentemente dormida. La niña parecía tranquila, pero su rostro pálido revelaba el efecto de algún tipo de medicamento que le habían administrado.

Sin dudar, Patrick levantó con cuidado a Selene en sus brazos y con movimientos hábiles la envolvió en una manta, sosteniéndola cerca de su pecho para protegerla con su propio cuerpo mientras buscaba una salida.

El sonido de pasos apresurados resonó en el pasillo y no le quedó más remedio que dirigirse hacia la ventana más cercana. Sin mirar atrás, rompió el cristal y se deslizó por la abertura, llevando a Selene consigo, descendiendo por el lateral más oscuro y deslizándose por uno de los canalones.

Justo cuando estaba a punto de correr en dirección a la oscuridad del bosque, escuchó unas voces que lo hicieron detenerse.

—¡Inicio del operativo! Repito, ¡inicio del operativo!

En pocos segundos, la casa fue rodeada por un equipo de asalto.

Con Selene apretada contra su pecho, Patrick se adentró en la oscuridad del bosque, esquivando ramas y troncos caídos en su camino. El sonido de los pasos y las voces del equipo de asalto resonaban en la distancia.

El terreno irregular y la penumbra de la noche dificultaban su avance, pero estaba decidido a mantenerse en movimiento, buscando un refugio seguro donde pudiera ocultarse con la pequeña hasta que la situación se calmara.

Finalmente, divisó un pequeño refugio entre los árboles, una cueva natural oculta entre la maleza. Con un suspiro de alivio, Patrick se adentró en ella y depositó con cuidado a Selene en el suelo, asegurándose de que estuviera lo más cómoda y segura posible.

Media hora después, escuchó el sonido de ramas crujiendo y voces distantes que se acercaban. Sus músculos se tensaron. Con cautela, se levantó y se preparó para enfrentar un posible peligro. De repente, unas linternas iluminaron el interior. Las voces del equipo de rescate resonaron en la cueva.

—¡Agente Edmond, están a salvo! —exclamó uno de los miembros del equipo, visiblemente aliviado al encontrarlos sanos y salvos.

—Gracias a Dios que llegaron a tiempo —respondió Patrick con gratitud, dejando escapar un suspiro de alivio.

El miembro del equipo de rescate se acercó a Patrick con preocupación evidente en su rostro.

—¿Cómo está la niña? —preguntó, clavando su mirada en la pequeña al percatarse de que parecía inconsciente.

—Creo que la han drogado —respondió Patrick, con su voz llena de preocupación.

—Tenemos que llevarla al pueblo, tiene que recibir atención médica cuanto antes para asegurarnos de que está bien —declaró el hombre con tono urgente.

Mientras se alejaban del lugar, Patrick no pudo evitar sentir un profundo alivio por haber logrado sacar a Selene de la peligrosa situación en la que la pequeña se había visto envuelta.

Cuando llegaron al hospital, llamó a Liam para informarle de lo sucedido. Sabía que en breve la sala de espera estaría ocupada por la familia Parker y los Mayers.

***

El grupo llegó al hospital con la angustia marcada en sus rostros, preocupados por Selene y deseando tener alguna noticia sobre su estado. La sala de espera se cargó de tensión cuando Darrel, Dakota, Zachary, Addison y Liam entraron.

Entre el murmullo ansioso, Addison divisó a Patrick y su corazón se llenó de furia. Con pasos rápidos, se abalanzó hacia él, apenas conteniendo su ira.

—¡Tú! —exclamó, golpeando el pecho masculino con un dedo acusador—. ¿Qué has hecho con mi sobrina?

Patrick retrocedió sorprendido por la furia de Addison. Intentó hablar, pero sus palabras fueron ahogadas por la marea de acusaciones que llovían sobre él.

—¡Addison, cálmate! —intervino Liam, acercándose para separarlos.

Pero la muchacha estaba fuera de sí. Su mente se encontraba nublada por el miedo y la incertidumbre, y Patrick era el blanco de su ira en ese momento.

—¡No! —gritó Addison, apartándose de Liam—. Él es responsable de todo lo que ha pasado. No lo entiendes, Liam, este malnacido trabaja para Peter Morgan.

La tensión en la sala alcanzó su punto más álgido cuando Darrel se aproximó y sin previo aviso cogió por el cuello de la camiseta a Patrick y lo alzó.

—¡Como algo le llegue a suceder a mi hija, te juro que no lo cuentas!

—¡Maldita sea, Darrel, para! —exigió Liam, obligando a su hermano a soltar al hombre—. Patrick no tiene la culpa de nada…

—¡Y una mierda! Es la mano derecha de Morgan.

—No es quien creéis que es —insistió a punto de perder la escasa paciencia que le quedaba—. Se trata de un agente infiltrado en la organización de Peter Morgan. ¡Es gracias a él que hemos recuperado a Selene! —exclamó rotundo.

Las palabras de Liam resonaron en la sala de espera, dejando a todos atónitos. Los ojos de Addison se abrieron con incredulidad mientras absorbía la impactante revelación. Lentamente, la ira en su mirada se disipó, reemplazada por la confusión y la sorpresa.

Patrick aprovechó el momento para intervenir, explicando brevemente lo que había sucedido en la granja, aunque no podía contar mucho más, ya que era información confidencial que no podía revelar a civiles. Aun así, la verdad quedó al descubierto, y la sala de espera quedó sumida en un silencio lleno de asombro.

Con la situación aclarada, Darrel se acercó a Patrick y extendió la mano en un gesto de disculpa y gratitud. Patrick aceptó el gesto con humildad, comprendiendo su reacción, aunque era la primera noticia que tenía de que el alcalde de Serene Fall fuera el padre de la criatura.

CAPÍTULO 30

Dakota se encontraba en un rincón solitario de la sala de espera del hospital, perdida en sus pensamientos y abrumada por la angustia que la invadía. No había tenido ni un momento de paz desde que descubrieron que Selene había sido secuestrada. Cada segundo que pasaba sin noticias de su hija era una tortura para ella.

De repente, Darrel se acercó y tomó asiento a su lado. Su presencia le hizo sentir un poco de alivio en medio de la tormenta emocional que estaba experimentando. Sin embargo, sabía que había una conversación pendiente entre ellos, una que llevaba mucho tiempo esperando.

—Dakota, necesitamos hablar —comenzó Darrel en un tono serio.

Dakota asintió, notando un nudo en la garganta mientras se preparaba para enfrentar lo que fuera que Darrel quisiera discutir.

—Sé que esto no es fácil para ti, pero tenemos que hablar sobre Selene... y sobre mi recién descubierta paternidad —continuó Darrel, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Dakota bajó la mirada, sintiéndose abrumada por la culpa y la vergüenza. Sabía que había cometido un error al no contarle a Darrel sobre Selene antes, pero desde su llegada no había encontrado el momento adecuado para hacerlo.

—Lo siento, Darrel. No te lo dije antes porque... porque tenía miedo. Miedo de arruinarlo todo, de que te alejaras cuando descubrieras la verdad —confesó, con la voz temblorosa y las lágrimas amenazando con escapar de sus ojos.

—Dakota, entiendo que hayas tenido miedo, pero eso no justifica que me hayas ocultado la existencia de Selene. ¿Por qué lo hiciste? —preguntó con angustia, buscando el contacto visual con ella.

Dakota asintió con un gesto de cabeza. Estaba dispuesta a hablar, aunque no iba a ser fácil para ella contar lo acontecido varios años antes. Giró su rostro y dejó vagar su mirada por el amplio ventanal, desde donde tenía unas magníficas vistas de las montañas bañadas por el sol de la mañana.

—Cuando me miraste por primera vez, me sentí la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra. Creo que llevaba enamorada de ti desde más tiempo del que soy capaz de admitir. Al principio me sentí en las nubes, y que tú no quisieras hacer pública nuestra relación porque no querías un escándalo en plenas elecciones, lo entendí. Sabía que los años de diferencia entre nosotros eran un obstáculo para ti, y que además no querías ser padre... y de repente me vi embarazada. Durante interminables noches dudé sobre qué hacer, y finalmente decidí alejarme para que no te vieras forzado a nada. Y esa es toda la historia —concluyó con voz apagada.

Darrel la escuchó en silencio, asimilando cada palabra con pesar. Sus ojos reflejaban una mezcla de emociones: sorpresa, tristeza, pero sobre todo, una profunda comprensión hacia la mujer que había amado en silencio durante tanto tiempo.

—Dakota, lo siento... —murmuró Darrel, su voz llena de pesar y arrepentimiento—. No tenía ni idea de lo que estabas pasando... de lo que habías sacrificado por mí. No te culpo por haber tomado esa decisión, pero me duele saber que lo hiciste sola, sin mí a tu lado.

Dakota bajó la mirada, sintiendo el peso de sus palabras. Durante años había llevado ese secreto en lo más profundo de su corazón, sin atreverse a revelarlo por miedo al rechazo. Pero ahora que por fin lo había sacado a la luz, se sentía un poco más libre, aunque también más vulnerable que nunca.

—Darrel, no te culpo por nada. Tú tenías tu vida, tus sueños... y yo no quería ser un obstáculo para ti. Pero ahora que Selene está aquí, todo ha cambiado. Somos una familia, y debemos estar unidos por el bien de nuestra hija —dijo con decisión, levantando la mirada para encontrarse con los ojos de Darrel.

Darrel la miró con gratitud y amor, sintiendo que finalmente había encontrado su lugar en el mundo, junto a la mujer que siempre había amado. Se acercó a ella lentamente y la abrazó con ternura.

—Te amo, Dakota —susurró Darrel contra su cabello, sellando su amor con un gesto de afecto y complicidad.

Dakota se aferró a él con fuerza, sintiendo que por fin había encontrado la felicidad que tanto había anhelado.

—Yo también te amo —respondió a las palabras de él.

Y en ese momento, mientras el sol se alzaba en el horizonte y bañaba la sala de espera con su luz dorada, supieron que su amor era más fuerte que cualquier adversidad, y que podrían construir un futuro lleno de esperanza y felicidad juntos, con Selene.

***

Addison salió del hospital con la necesidad urgente de tomar aire fresco y despejar su mente. Se envolvió en su chaqueta, abrazándose a sí misma mientras dejaba que su mirada se perdiera en la plaza situada frente al hospital. El bullicio del ir y venir de las gentes de Serene Fall, quedó eclipsado por el ruido ensordecedor de sus propios pensamientos.

De repente, una voz masculina la sobresaltó.

—¿Addison? ¿Estás bien? —preguntó Zachary con evidente preocupación.

Addison parpadeó, recuperando la compostura al darse cuenta de que había estado en otro lugar hasta entonces. Elevó su rostro y se encontró con su mirada. Trató de forzar una sonrisa, aunque sabía que no lograría ocultar del todo su turbación.

—Sí, estoy bien. Solo necesitaba un poco de aire fresco —respondió, tratando de sonar convincente.

—Lo comprendo —replicó Zachary mientras elevaba su mano y apartaba un mechón del rostro de Addison—. Todo lo que ha pasado ha sido una completa locura. Pero piensa que lo importante es que Selene está bien.

—Sí, aunque aún no ha despertado —rebatió Addison.

—Lo sé, pero el médico ha dicho que lo que le dieron fue un tranquilizante y que despertará en unas horas. Todas las demás pruebas que le han realizado han salido bien. No ha sufrido ningún daño.

—Pero nada de esto habría pasado si no me hubiera empeñado en negarme a los requerimientos de Peter Morgan. Todo lo sucedido es culpa mía —añadió mientras bajaba la cabeza para clavarla en la punta de las botas de Zachary.

—No, Addison, escucha —dijo Zachary, atrapando su barbilla con dos dedos para obligarla a elevar su rostro y encontrarse con su mirada—. Solo has hecho lo que tenías que

hacer: negarte a participar en negocios ilegales. Has sido muy valiente al no dejarte intimidar por ese mafioso, y estoy muy orgulloso de ti.

—Te agradezco tus palabras, pero ¿y si algo hubiera salido mal? ¿Y si Patrick, o como quiera que se llame ese agente, no la hubiera encontrado a tiempo? No puedo dejar de pensar en todas las cosas terribles que podrían haber sucedido.

—Addison, no puedes vivir atormentándote con lo que podría haber pasado. Lo importante es que tu sobrina está a salvo, y que hiciste lo correcto al mantener tus principios. Lo demás es solo especulación.

Mientras hablaba, Zachary tomó las manos de Addison entre las suyas con firmeza, buscando transmitirle su apoyo inquebrantable.

A pesar de esas palabras reconfortantes, Addison aún se sentía inquieta. Sin embargo, el simple contacto de su mano le proporcionaba cierta calma en medio de la tormenta de emociones que la embargaba.

Durante un tiempo indeterminado, los dos permanecieron allí, en silencio, compartiendo el peso de la situación mientras observaban el ir y venir de sus vecinos. Entonces, en un momento de vulnerabilidad, Zachary encontró el coraje para compartir algo que había cambiado en su interior.

—Addison, cuando te encontré atada y amordazada, algo dentro de mí... —vaciló, buscando las palabras adecuadas—. Me di cuenta de lo mucho que significas para mí, que no puedo dejar de pensar en ti —confesó, su sonó voz temblorosa mientras revelaba sus sentimientos.

El corazón de Addison se aceleró mientras absorbía sus palabras, y un brillo de emoción brilló en sus ojos.

—Zachary, yo... —comenzó a decir Dakota, pero las palabras se atascaron en su garganta, abrumada por la intensidad del momento.

—No, déjame terminar —rogó él mientras colocaba un dedo sobre los labios de la joven—. No sé cómo ha sucedido, pero creo que te amo —confesó con extrema suavidad.

Una sonrisa temblorosa se formó en los labios de Addison al escuchar sus palabras, que resonaron en su corazón como una melodía suave y reconfortante.

—Y yo también te amo, Zachary —confesó a su vez, sintiendo cómo el peso de sus palabras se elevaba de sus hombros, dejándola libre para amar sin reservas ni temores.

Mientras Addison y Zachary se miraban con complicidad, el susurro de un movimiento interrumpió su momento íntimo. Cuando sus rostros se giraron se sorprendieron al encontrarse con Dakota, cuyos ojos brillaban por la emoción.

—¡Chicos! —exclamó la joven, apenas conteniendo su emoción—. ¡Selene se ha despertado!

El corazón de Addison dio un vuelco de alegría y alivio, y sin decir una palabra, corrió hacia el interior del hospital, seguida de cerca por Zachary y Dakota. Cuando llegaron a la habitación, encontraron a la dulce niña de dos años sentada en su cama, con una expresión soñolienta pero curiosa en su rostro. Sus ojos se iluminaron al ver a Addison, quien se acercó con los brazos abiertos.

—¡Selene, cariño! —exclamó, con la emoción inundando su voz—. ¿Cómo estás, mi pequeña?

—*Ben*, tía Addie —contestó la pequeña con su lengua de trapo mientras extendía los brazos hacia ella, quien la tomó en un abrazo cálido y amoroso.

—Gracias a Dios estás despierta, preciosa —susurró, sintiendo cómo toda la angustia se disipaba.

Zachary se acercó también, con una sonrisa tierna en los labios, mientras Dakota observaba con ternura el conmovedor reencuentro entre su hermana y su hija. En ese momento, el hospital se llenó de la dulce melodía de la risa de Selene, una señal de que el amor y la esperanza prevalecían a pesar de la vicisitudes de la vida.

FIN

EPÍLOGO

Rancho Parker,
Unos meses después

Addison y Zachary paseaban juntos por los vastos campos del rancho, disfrutando de la tranquilidad que ofrecía la naturaleza. El sol brillaba sobre ellos, pintando el paisaje con tonos dorados mientras el viento frío del otoño susurraba entre los árboles.

—Es increíble la paz que se siente aquí —comentó Addison, mirando a su alrededor con admiración—. Es difícil creer que hace solo unos meses estábamos atrapados en medio de una pesadilla.

—Por eso nunca me planteé irme de Serene Fall, del campo —confesó Zachary mientras apretaba suavemente la mano de Addison.

Caminaron en silencio por un momento, dejando que el aroma fresco llenara sus sentidos. Finalmente, Zachary se detuvo y la miró.

—Addison, hay algo que quiero decirte —comenzó, sintiendo cómo los nervios le revolvían el estómago—. Desde el momento en que regresaste y mis ojos se posaron en ti, supe que eras especial. Y a lo largo de estos meses, me he dado cuenta de lo mucho que significas para mí.

—Yo también siento lo mismo, y te he dicho un millón de veces que te amo. Ya no es una novedad —añadió con humor. Pero para su sorpresa, Zachary se arrodilló frente a ella y sacó una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta.

—Addison, ¿quieres pasar el resto de tu vida conmigo? —preguntó, abriendo la caja para revelar un hermoso anillo de compromiso.

Tardó unos segundos en ser capaz de hablar, asintiendo con una sonrisa radiante en sus labios.

—Sí, sí quiero —respondió finalmente con voz temblorosa, permitiendo que Zachary deslizara el anillo en su dedo.

Zachary sintió alivio al escuchar su respuesta, y, con ímpetu, se levantó y cogió a Addison entre sus brazos antes de girar sobre sí mismo. En ese momento, en medio de la serenidad del rancho, supo que ambos estaban destinados a estar juntos para siempre.

***

Serene Fall

Dakota observaba con una sonrisa radiante cómo Selene correteaba por el parque, riendo y jugando con su padre. Habían pasado tres meses desde el secuestro, y ver a Selene tan feliz y llena de vida era un bálsamo para el alma de Dakota. Darrel, con su gentileza y dedicación, había demostrado ser el mejor padre que Selene podía tener. Era amoroso, paciente y tierno. Y lo más importante, las amaba a ambas incondicionalmente.

Darrel echo una última mirada a Selene y luego caminó hasta el banco donde Dakota

se encontraba.

—Mira cómo corre, como si nada hubiera pasado —comentó Dakota con un brillo de orgullo en los ojos, dirigiéndose a Darrel. Él asintió con una sonrisa cálida mientras observaban a Selene saltar de un lado a otro, con su risa resonando en el aire.

—Sí, es increíble lo fuerte que es. Aunque no me extraña, con la supermamá que tiene —respondió él con ternura, posando una mano reconfortante en el hombro de Dakota.

—¡Oh, vamos, Darrel, no digas eso! —replicó avergonzada.

—¿Por qué no, si es verdad? —dijo él, divertido—. Eres una mujer increíble, y ahora entiendo por qué nunca pude desenamorarme de ti. Además, en estos meses has demostrado ser una mujer excepcional. Has conseguido que la cafetería Keller haya aumentado la clientela, por no hablar de la pastelería anexa al local que has montado. Y a pesar de todo, siempre tienes tiempo para tu hija ni para mí. Eres increíble.

La sonrisa de Dakota se amplió ante las palabras de Darrel, sintiendo un cálido rubor en sus mejillas y como su corazón se caldeaba.

—Gracias, Darrel. No podría haberlo logrado sin tu apoyo —respondió con emoción latente en su voz.

En ese momento, Selene corrió hacia ellos con los brazos extendidos, buscando un abrazo. Dakota se agachó para levantarla en sus brazos, sintiendo la ligereza y la alegría de su hija.

—Mamá, papá, ¡mirad lo que he *encontado*! —exclamó Selene, mostrando un pequeño trébol de cuatro hojas entre sus dedos.

Dakota y Darrel intercambiaron una mirada llena de significado. Era como si Selene fuera un símbolo de su amor y de las segundas oportunidades que les había brindado la vida.

—Es hermoso, cariño. ¿Sabes qué significa? —preguntó Dakota con ternura.

Selene negó con la cabeza, con sus ojos curiosos fijos en los de su madre.

—Significa buena suerte. Y creo que hoy, más que nunca, estamos rodeados de ella —dijo Dakota con una sonrisa mientras se encontraba con la mirada de Darrel.

MAR FERNÁNDEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.
Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por "El jardín de las mentiras" de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.
Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

"Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor
y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con
palabras y frases que llegan al corazón."
Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, Instagram…
http://marfernandezmartinez.wixsite.com

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.
Atardecer contigo.
Viaje a los sentimientos.
Construyendo un amor.
Atrapado en tu recuerdo (Esencia Irlandesa).

Bilogía “Los chicos Bradford”

Atrapado en tu recuerdo.
Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”

Besos con sabor a lluvia.
Besos con sabor a esperanza.

Serie “Fast River”

La debilidad de Graig.
Un giro inesperado del destino.
La frontera del corazón.
Corazones esquivos.

Serie “White Valley”

Huyendo de mi destino.
Oscuros secretos en White Valley.
White Valley, un lugar para soñar.
Señor Rodeo.

Serie “Hidden Valley”

Latidos cautivos.
Honor de Conway.
Un abismo entre tú y yo.

Serie “Serene Falls”

Silencios perdidos.
Mi corazón susurra tu nombre.
Un refugio en Moonlight.
Enredado en tu piel.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a lavanda.

El corazón de Fiona.
Abrazando la tormenta.
Reflejos del pasado.
Una boda y cinco estados para enamorarme.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor.
Perdida en tus brazos.
El Halcón del Támesis.

Victoriana:

(Serie Libertinos)

Una apuesta desafortunada.
Conquistando a lady Helena.

Trilogía "Destino"
(Género western)

Dos hombres y un solo corazón.
La ingobernable señorita Peterson.
La impostora y el marqués.

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.
El viaje de su vida.
Forajida.
La decisión de Elaine.
Amor rebelde.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.